

TARA TAYLOR QUINN

Compañeros y amantes



e^{lit}

A45

COMPAÑEROS Y
AMANTES

Tara Taylor Quinn



HARLEQUIN®

Índice

[Compañeros y amantes](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

Sinopsis

Aquella niña necesitaba una madre... y su padre necesitaba una mujer.

Desde que su madre los había dejado, Kelsey Shepherd vivía con su padre, Mark, que además era el director de su colegio. Kelsey quería a su padre y echaba mucho de menos a su madre, pero no le gustaba el secreto que su madre le había pedido que guardara.

Meredith Foster, la profesora de Kelsey, parecía percibir que algo iba mal, y solía visitar a la niña. A Kelsey le gustaban aquellas visitas, así que se le ocurrió que quizá su padre y ella pudieran enamorarse, aunque se suponía que los directores y los profesores no debían besarse...

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Tara Taylor Quinn. Todos los derechos reservados.
COMPAÑEROS Y AMANTES, N° 558 - marzo 2011
Título original: A Child's Wish
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Sensaciones son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9862-1

Editor responsable: Luis Pugni

ePub X Publidisa

Capítulo uno

—Señorita Foster, ¿está sola? —oyó Meredith a través de los altavoces del aula.

Era la tarde del miércoles, una tarde que Meredith dedicaba a planificar las clases. Se encontraba en el aula de tercer grado y alzó sobresaltada la mirada de un problema de matemáticas escrito descuidadamente que estaba intentando descifrar.

—Sí, señor Shepherd —se dirigió a Mark hablándole de usted, como hacía siempre que había alguna posibilidad de que pudieran oírlos.

—¿Podría bajar a mi despacho?

El despacho del director era el único lugar en el que podían estar seguros de que nadie iba a interrumpirlos.

Meredith dejó caer el bolígrafo rojo con el que estaba corrigiendo los exámenes.

—Sí, señor Shepherd, ahora mismo voy.

Acababa de estropearse un hermoso día de mayo; Meredith volvía a tener problemas.

—Eres la mejor profesora que he tenido nunca, Meredith. Año tras año, tus alumnos superan la media de otros estudiantes del distrito.

—Lo sé, gracias.

—Y también eres la profesora que provoca la mayor parte de las llamadas de los padres.

Meredith estaba sentada en uno de los dos sillones que había frente a un viejo, pero immaculado, escritorio mientras el director permanecía de pie junto a la ventana que había tras él.

—Lo sé.

—Y son los padres los que nos pagan nuestro salario.

Meredith asintió, meciendo su larga cola de caballo al hacerlo.

—Algunos padres han solicitado una supervisión al consejo escolar.

Eso no debía de ser nada bueno.

—Y el ayuntamiento...

—Mark, ya me lo imagino —lo interrumpió Meredith—, ha llamado Barnett.

—Me llamó a casa ayer por la noche, cuando estaba cenando.

—Lo siento.

Aunque no estaba del todo segura de qué era lo que sentía. Por supuesto, haberle causado problemas. Y también que lo hubieran interrumpido durante la cena. Pero no lamentaba haberle dicho a la madre de Tommy que sospechaba que el padre de su hijo, del que estaba divorciada, lo maltrataba.

—No sólo has creado un problema que no necesitábamos, sino que, a raíz de tu conversación, los padres de Tommy han tenido una discusión terrible.

—¿Discusión que se supone debería haber evitado a costa de la seguridad de un niño de ocho años?

Cambió de postura y sintió que se le clavaba una astilla en la pierna. Si hubiera aprendido a estirarse la falda cuando se sentaba, como había estado urgiéndola a hacer su madre durante la mayor parte de su vida, aquello no habría ocurrido. Pero los largos pliegues de su colorida falda de algodón flotaban libremente a su alrededor.

—Eres la profesora de tercer grado, Meredith, no la psicóloga del colegio. A ti te corresponde hablar a los padres sobre problemas académicos, no sobre sospechas de las que no tienes pruebas o supuestas tendencias suicidas.

—¿Así que debo dejar que un niño se suicide? ¿O permitir que su padre continúe minándolo hasta que al final la criatura decida que no

tiene sentido continuar viviendo?

— ¡Tommy tiene ocho años!

— Es un niño de ocho años especialmente maduro.

— Existe un protocolo para este tipo de cosas. Hay profesionales que pueden ayudarte si sospechas que hay un problema, gente preparada para tratar con estas cuestiones tan delicadas.

— He hablado con Jean en dos ocasiones. Ella habló con Tommy y concluyó que no había ninguna necesidad de llamar a sus padres.

— Jean lleva cuatro años con nosotros. Ha estado preparándose durante casi diez años para ser psicóloga infantil y es una profesional con gran prestigio en su campo.

Posiblemente, pero Jean Saunders era una persona completamente racional. Si algo no le parecía lógico, si no encajaba en un patrón predeterminado, no existía.

— En este caso, creo que se está equivocando.

— ¿Qué te dijo ella?

— Que Tommy sufre los miedos y las culpabilidades propias de un hijo de padres divorciados. Que, como mucho, sus padres lo están utilizando para enfrentarse el uno al otro, cosa que es cierta.

— Meredith, eso no tienes forma de saberlo.

— Tommy está pensando en suicidarse —dijo suavemente—. Su padre lo ha convencido de que es el responsable de su divorcio.

Su padre era un hombre rico y poderoso, ocupaba el cargo de fiscal del distrito.

Mark la miró con los ojos entrecerrados.

— ¿Te ha dicho eso exactamente?

— No.

— ¿Y lo has oído decírselo a otros niños?

— No.

Mark se sentó al borde de la mesa, directamente frente a Meredith. Ella habría preferido que no lo hiciera. La proximidad de Mark hacía mucho más difícil la situación. Y aquello ya era

suficientemente complicado.

En días como aquél, encontraba tentadora la idea de olvidarse de Mark Shepherd y volver a su trabajo de secretaria. Pero, en realidad, no sabía lo que haría si no pudiera dedicarse a la enseñanza. Y tenía que pensar en Tommy y en otros niños como él.

—Llamaré al señor Barnett y le pediré disculpas —dijo.

Alzó la mirada hacia el hombre con el que le habría encantado salir si no trabajaran juntos y las relaciones entre profesores no estuvieran en contra de la política educativa del distrito... y si él le hubiera pedido alguna vez que lo hiciera.

—Y llamaré también a la señora Barnett, le diré que me he extralimitado y que se olvide de lo que le he dicho.

—Sabes tan bien como yo que no podrá olvidarlo.

Meredith se levantó; era sólo unos centímetros más baja que su jefe, de modo que sus ojos quedaron directamente frente a su boca. Frank, su ex prometido, medía lo mismo que Mark; ésa era una de las pocas cosas que todavía le gustaba de él.

—Eso espero, por el bien de Tommy. Y también que al final consiga alejarlo para siempre de su padre.

—Por supuesto, no vas a decirle nada de eso.

No, porque no le haría ningún bien a nadie que la despidieran y la alejaran de un niño al que podía ayudar. Pero iba a ser muy difícil.

—El padre de Tommy también la maltrataba a ella —contestó, enfrentándose a Mark—. Ésa es la razón por la que le resultó tan fácil creer que podía estar haciéndole lo mismo a su hijo.

—Por supuesto, eso no te lo ha dicho ella, sencillamente, lo sabes.

—No —sacudió la cabeza, haciendo tintinear sus pendientes—, me lo ha dicho ella.

—¿Has tenido un día muy duro?

Susan Gardener hundió la mano lentamente por el cabello de Mark. Algo que a Mark le encantaba que hiciera.

—Humm —contestó él con los ojos entrecerrados mientras se tumbaba a su lado en el sofá.

Había acostado a Kelsey una hora antes, se había asegurado de que la gata se quedara durmiendo acurrucada a los pies de la cama y por fin estaba comenzando a relajarse.

—Realmente, me admira tu capacidad para pasarte el día rodeado de niños sin volverte loco. Yo no tendría tanta paciencia.

—Yo no me pasaría el día mirando la garganta y la nariz de los demás —respondió Mark con una sonrisa.

Susan se echó a reír.

—Yo no me paso el día mirando la nariz de nadie —contestó Susan, tirándole suavemente del pelo—. Sólo lo hago un par de veces a la semana. Ahora, si quieres que hablemos de examinar oídos...

No, no quería, aunque admiraba el trabajo de Susan, que dedicaba su vida a sanar a los demás.

—Kelsey no estaba muy animada esta noche —comentó Susan.

—Ha sido muy maleducada —respondió Mark, frustrado con la actitud de su hija de nueve años.

Kelsey siempre había tenido un gran corazón y su capacidad para entender lo que ocurría a su alrededor superaba a la de los niños de su edad. Pero, últimamente, había ocasiones en las que se convertía en una persona a la que ni siquiera su padre reconocía.

—No le gusto.

—No eres tú —Mark volvió la cabeza hacia la mujer que tenía a su lado.

Susan era una mujer de pelo corto y oscuro y ojos grandes y luminosos. No se parecía en nada a la pelirroja de ojos verdes que le había hecho aquel día diez veces más difícil de lo que debería haber sido.

—Kelsey no está acostumbrada a compartirme.

—Pero si ya llevamos casi seis meses saliendo juntos.

—Sí, pero me ha tenido para ella sola durante casi tres años.

Susan bajó la mano desde su rostro hasta su cuello.

—Podría creerme lo que dices si todavía no tuvieras tres noches enteras a la semana para ella —dijo y sacudió la cabeza—. No se me dan muy bien los niños. Me gustan, pero no sé cómo relacionarme con ellos. No sé qué decirles.

—Basta con hablar con ellos —le explicó Mark, conmovido por su sinceridad—, son personas como las demás, aunque un poco más bajitas.

—No razonan como los adultos.

—Pero tú también has sido niña. Intenta recordar cómo eras entonces.

Susan suspiró y apoyó la cabeza en su hombro.

—Ni siquiera me recuerdo siendo niña. Mis padres me convirtieron en adulta desde antes de que tuviera cinco años.

Los padres de Susan eran mayores, Mark había tenido oportunidad de estar con ellos en varias ocasiones. Y ella había sido una especie de niña prodigio. Tenía cuatro años menos que Mark y ya estaba en la universidad de medicina cuando él todavía estudiaba en el instituto. No había tenido muchas oportunidades de hacer amigos de su edad, Mark lo sabía. Pero jamás había considerado la posibilidad de que aquella peculiar niñez le hubiera robado absolutamente la infancia.

—Trabajaremos en ello —se dijo, recordándose a sí mismo que tendría que pensar maneras de hacerlo.

Pero lo dejaría para el día siguiente. Aquella noche estaba cansado e inquieto. Deslizó el brazo por los hombros de Susan, disfrutando de su atlética belleza. Susan respondió con entusiasmo, alzando sus labios hacia él en busca de un beso.

No deberían acostarse. Mark nunca tenía relaciones sexuales en casa cuando estaba Kelsey. Pero aquella noche lo necesitaba más que muchas otras noches.

Susan abrió los labios y él deslizó la lengua en su interior,

deleitándose en la inmediata respuesta de la doctora. Hasta que se recordó a sí mismo que tenía que detenerse.

—A veces, ser padre es algo muy duro —dijo con un gemido.

—¿Has conseguido a alguien que se quede con ella mañana por la noche? —susurró Susan con voz ronca.

—Todavía no —el humor de Mark cayó en picado—, su niñera no puede venir porque es el baile de la primavera.

—Si no encuentras a nadie, estoy segura de que Meredith se quedaría con ella encantada.

—No —Mark lamentó la dureza de su respuesta nada más responder.

—Oh, oh —Susan retrocedió para mirarlo.

Mark no dijo nada. No podía. Meredith Foster era la mejor amiga de Susan. Había sido la propia Meredith la que los había presentado.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó Susan mirándolo preocupada.

Mark se lo contó rápidamente y no le hizo ninguna gracia ver que Susan retrocedía al cabo de unos segundos para decir:

—¿Sabes? Probablemente tenga razón.

—No, no lo sé.

Estaba cansado, malhumorado. Larry Barnett había estado despotricando contra él esa misma tarde. Su hija estaba insoportable. Necesitaba hacer el amor. Y Meredith era su chivo expiatorio.

—¿Cuántas veces la has llamado a tu despacho durante los últimos cuatro años?

—No tengo ni idea. En cualquier caso, demasiadas.

—¿Y cuántas veces estaba equivocada Meredith?

—Todas y cada una de ellas. Se extralimita en sus funciones, se disculpa y después la vida continúa. Es una profesora condenadamente buena, Suze, odiaría perderla, pero esta vez se está enfrentando a un hombre muy influyente y no sé cómo voy a arreglar la situación.

—Me refería a los niños, Mark —dijo Susan con la voz cargada de compasión.

Mark no estaba muy seguro de si la compasión tema como destinatario a Meredith o a él. Conociendo a Susan, probablemente los compadecía a ambos.

—¿Cuántas veces se ha equivocado con los niños? —insistió Susan.

—Es muy buena con los niños, eso nadie lo discute.

Susan se enderezó en el borde del sofá y lo miró.

—¿Y cuántas veces ha acertado en sus predicciones?

—Sinceramente, no puedo decírtelo. Pero eso es irrelevante. Cualquiera puede acertar en un cincuenta por ciento de los casos.

—Estoy dispuesta a apostar mi fondo de pensiones a que su porcentaje de aciertos se acerca más al ochenta o al noventa por ciento.

Mark lo dudaba seriamente, pero no podía demostrarlo. En cualquier caso, Meredith se estaba extralimitando en sus funciones y eso podía terminar costándoles el puesto de trabajo a los dos.

—¿Qué me dices de Amber McDonald?

—¿De quién?

Mark miró a Susan de reojo; al margen del tema de conversación por el que había optado, era una buena compañía. Se alegraba de que estuviera allí.

—De esa niña de la que se ocupó Meredith hace dos años. Un amigo de la familia estaba abusando sexualmente de ella y nadie sospechó nada hasta que Meredith lo denunció.

Amber McDonald se había convertido en Amber Walker. Su madre había vuelto a casarse y se había trasladado a otro estado. La última noticia que Mark tenía de ella era que se había apuntado a un grupo de exploradoras y estaba comenzando a socializar un poco.

—Amber debió de decirle algo.

—Se demostró que había sido amenazada y manipulada hasta tal

punto que ni siquiera fue capaz de hablar sobre ello después de que detuvieran a ese tipo.

Mark lo había olvidado. Aquél era un detalle nimio comparado con la angustia vivida por todo el mundo. Aquel acontecimiento había reafirmado en él la necesidad de proteger a su hija.

—Meredith lo notó, Mark —dijo Susan frunciendo el ceño—. Sé que es difícil comprenderlo, aceptar que tiene ese don, pero eso no significa que no sea real.

Mark se la quedó mirando fijamente sin saber qué decir. Sospechaba que Susan daba crédito a las fantasías de Meredith Foster, pero ella jamás se lo había dicho de manera explícita. De hecho, habían evitado el tema hasta ese momento.

Mark respetaba el derecho de Susan a creer en lo que quisiera, pero no iba a convencerlo. Aquello no tenía ninguna lógica.

—¿Alguna vez ha adivinado algo sobre ti sin que se lo hayas dicho? —le preguntó.

Tenía curiosidad por oír la respuesta, pero también esperaba poder demostrarle de aquella forma lo absurdo de su teoría. Meredith y Susan eran amigas desde que tenían quince años.

—Es algo que hace continuamente.

Mark la miró con los ojos abiertos como platos. Susan era doctora, por el amor de Dios, una científica.

—Diez minutos después de que Bud muriera, Meredith estaba en mi casa. Yo todavía estaba bajo el efecto de lo ocurrido, no había llamado a nadie. Y, sin embargo, allí estaba ella.

—Tú misma me dijiste que iba mucho a tu casa cuando tu marido estaba luchando contra la leucemia.

—Y es cierto. Pero siempre llamaba antes para ver si Bud estaba despierto. No quería quitarnos el poco tiempo que nos quedaba para estar juntos.

—Entonces, a lo mejor estaba por aquella zona.

Susan negó con la cabeza.

—Lo sabía, Mark. Ni siquiera llamó a la puerta. Utilizó la llave que yo le había dado, entró y me encontró al lado de la cama, llorando.

A Mark se le hizo un nudo en la garganta al ver los ojos de Susan llenos de lágrimas. Comprendía que necesitaba que la creyera, sufría por la angustia que aquella mujer había padecido y la quería lo suficiente como para intentar ahorrarle dolor.

La estrechó contra él y la abrazó mientras lloraba, dispuesto a hacer todo lo que pudiera para aliviar aquella tristeza que siempre la acompañaría. Habían pasado tres años y medio desde que Barbie los había abandonado a Kelsey y a él y, durante las horas sombrías, aquel dolor continuaba vivo.

—Esos hombres son malos.

Kelsey Shepherd se inclinó sobre el sofá para susurrárselo a su madre. Dos hombres de aspecto amenazador habían entrado por la puerta del garaje y estaban abriendo el refrigerador. Kelsey pensó que eran unos maleducados.

Barbie, su madre, sacudió la cabeza y sonrió.

—No, son buenos —le susurró en respuesta, y Kelsey se la quedó mirando fijamente.

¿Su madre estaría bien? Incluso después de haberla visto tantas veces, todavía no conseguía acostumbrarse a su pelo corto, a la falta de maquillaje y a su atuendo descuidado.

—Don, cariño, acércate a conocer a Kelsey —dijo su madre. Y le apretó a su hija la mano con tanta fuerza que casi le clavó las uñas en ella—. Kelsey, éste es Don.

El más grande de los dos hombres, el que tenía una barba que le cubría prácticamente la boca, se acercó hasta ellas.

—¡Hola! —la saludó, revolviéndole el pelo.

Kelsey quería apartarse, pero tenía miedo de que su madre se enfadara. Aquel día su madre no estaba muy bien. Tan pronto estaba contenta como se ponía de mal humor.

—Hola —saludó Kelsey por fin, inclinándose hacia su madre.

—Tú mamá me ha dicho que ya estás en cuarto.

—Sí, sí.

—¿Y te gusta tu profesora?

Lo que le gustaría era marcharse de allí.

—Sí, me gusta.

—¿Y sacas buenas notas?

—Sí.

¿De verdad vivía su madre con aquel tipo cuando podría vivir con su padre?

—Apuesto a que una niña tan guapa como tú debe tener muchos amigos.

Kelsey comenzaba a asustarse. Quería marcharse de allí. Pero su madre volvió a apretarle la mano, recordándole así que no había contestado.

—Sí.

Si no quisiera tanto a su madre, jamás volvería allí. Esperaba que su madre no volviera a obligarla a hacerlo. Prefería que se vieran en su coche, aunque fuera viejo, tuviera los asientos rotos y oliera tan mal.

Don se humedeció los labios, se agachó para darle un beso a su madre y deslizó un dedo por la cintura de su pantalón.

Justo cuando Kelsey empezaba a levantarse, Don se incorporó y volvió a salir por la puerta del garaje. Kelsey esperaba oír el sonido de un motor, tenía la esperanza de que se marchara, pero no se oía nada.

Su madre le soltó la mano para darle un beso y un abrazo, como solía hacer cuando se acostaba. Kelsey estuvo a punto de secarse la cara. No quería tener ninguna clase de contacto con la saliva de aquel tipo.

—¿Te acuerdas del cuento del cachorro que solíamos leer? —le preguntó su madre, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí —Kelsey todavía conservaba aquel cuento.

—¿Te acuerdas de que estaba roto y pintado por fuera?

Para Kelsey, era maravilloso que su madre se acordara todavía de aquel cuento. Y que fuera capaz de hablarle de aquellos momentos.

—Pues bien, así es como son Don y su amigo James. Parecen duros por fuera, pero por dentro, son los mejores.

—Tiene los dientes amarillos.

Su madre dejó de acariciarle la melena.

—Por culpa del café. Don conduce un camión y tiene que pasar muchas noches despierto.

—Papá también toma café.

Su madre no dijo nada. Cuando Kelsey nombraba a su padre, parecía dejar de escucharla, pero Kelsey no cesaba de intentarlo. Su madre la rodeó con los brazos y la estrechó contra ella con tanta fuerza que Kelsey se olvidó completamente de su padre. Si al menos pudiera recibir un abrazo de su madre cada día al volver del colegio...

—James tiene un hijo de tu edad —dijo su madre.

A Kelsey no le gustó que lo hiciera. Si su madre iba a continuar hablándole de aquellos hombres, preferiría no haber ido. ¿No se daba cuenta del castigo que iba a sufrir si su padre descubría que estaba allí? Su padre creía que estaba en casa de Josie y, por supuesto, ella iba a estar en casa de su amiga a la hora a la que su padre fuera a buscarla.

—El mes pasado. James se pasó toda la noche despierto para coserle a su hijo un traje que necesitaba para un campeonato de baile.

Kelsey asintió. Un padre que cosía. No estaba mal. Pero a ella no le gustaría tener un padre con un aspecto tan sucio como el de James.

Le hubiera gustado preguntarle a su madre si también el hijo de James llevaba tatuajes, pero temía ponerla de mal humor. A pesar de

los años que tenía, aquella faceta de su madre continuaba asustándola.

Capítulo dos

—Hola, Meredith. Mi padre ya me ha dicho que ibas a venir. ¿Podemos continuar cosiendo como la última vez?

Meredith le sonrió a aquella pequeña de pelo largo y oscuro. Normalmente, estaba muy seria, pero en aquel momento era todo sonrisas.

—Hola, Kelsey —la saludó Meredith mientras entraba—. Sí, he vuelto a traer los hilos y la lona y he pensado que podríamos hacer una mariposa para tu cuarto, ¿qué te parece?

—Genial. Ahora tengo un edredón nuevo —dijo la niña mientras cerraba la puerta—. Es de color morado con mariposas rosas, ¿quieres verlo?

¿Quería arriesgarse a encontrarse con Mark en el pasillo?

—Sí, pero antes me gustaría poder dejar esto —contestó, deslizando por el brazo la bolsa de lona vaquera que llevaba al hombro.

—Oh, claro, lo siento, me había olvidado.

—No tienes por qué disculparte, cariño.

Incluso desde antes de haberla tenido como alumna el año anterior, Meredith adoraba a aquella niña. Era mucho más sensible y responsable que otros niños de su edad.

Se dirigió a la cocina, donde realizarían su trabajo manual mientras veían en la televisión una película de Doris Day que Meredith le había comprado. La profesora dejó la bolsa en la mesa y esperó. En cuanto Mark se marchara, desaparecería toda la tensión.

—Me encantan tus vaqueros —dijo Kelsey, dejándose caer en una de las sillas de madera de la cocina—, yo también quería unos con

cuentas como éstos, pero mi padre dice que las cuentas se caen al lavar los pantalones.

Genial. Meredith tendría que mentir y decir que sí, que esos pantalones terminaban hechos una pena en cuanto los lavaban o decirle a la niña que su padre se equivocaba. Se agachó para acariciar a la gata, que pasaba una y otra vez entre sus piernas.

—¿Has vuelto a pelearte con mi padre? —preguntó Kelsey, arrugando la nariz mientras la miraba.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Os habéis peleado, ¿verdad? —Kelsey frunció el ceño—. Lo sé porque mi padre ha dicho que Susan te ha pedido que vinieras esta noche, y normalmente es él el que te lo pide, porque os veis en el colegio. Así que supongo que eso significa que habéis vuelto a discutir.

Meredith se sentó enfrente de Kelsey.

—Tu padre y yo no nos hemos peleado.

—Bueno, a lo mejor tú no, porque no te imagino peleándote con nadie. Pero seguro que mi padre te ha hecho enfadar.

—¿Se han dado cuenta otros niños del colegio, o tú eres especialmente inteligente?

—Creo que sólo me he dado cuenta yo porque vivo con él.

—Bueno —Meredith tomó aire y pidió ayuda al cielo—, a veces se me va un poco la mano cuando intento ayudar y tu padre no quiere que pierda mi trabajo.

—¿Cómo vas a perder tu trabajo? Él es tu jefe.

—Sí, pero él está a las órdenes del consejo escolar y si le dicen que me despida, tendrá que hacerlo.

—¿Y van a decírselo?

—No, cariño, no le van a decir que me despida —contestó Meredith con una alegre sonrisa—. Pero últimamente tu padre ha tenido muchas preocupaciones.

—Yo no estoy preocupado.

Meredith se levantó, dio media vuelta y vio a Mark en el marco de la puerta. Sus pantalones vaqueros y su camisa blanca de manga larga la distrajeron un momento, pero sólo un momento.

—Estás preocupado constantemente —respondió ella—. Por todo.

—Si estoy preocupado, es con razón —replicó con firmeza.

Meredith soltó una carcajada. Kelsey miraba fijamente a su padre, hasta que éste terminó sonriendo.

—Me voy a ir —dijo, apoyando la mano en la cabeza de su hija.

La niña asintió.

—Como mañana no hay colegio y estás con Meredith, puedes acostarte a las diez.

—Gracias.

—No abras...

—La puerta —terminó Kelsey con una sonrisa—. Ya sabemos las reglas, papá —respondió con cierta condescendencia.

—Entonces, dame un abrazo para que pueda desaparecer de una vez, que es evidente que lo estáis deseando.

A Meredith se le hizo un nudo en la garganta al ver a Kelsey abrazándose con fuerza a la cintura de su padre. Mark la retuvo durante unos segundos contra él, la soltó y miró a Meredith.

—No sé a qué hora llegaré.

Meredith no quería pensar en la razón, le resultaba embarazoso, pero, al mismo tiempo, se alegraba de saber que Susan tenía una relación íntima con él. Poco a poco, su mejor amiga estaba volviendo a la vida.

—Dale recuerdos a Susan de mi parte.

Tras despedirse con un asentimiento de cabeza, Mark se marchó.

Pero una hora después, Meredith todavía no había conseguido relajar los músculos de su estómago.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Kelsey mientras la niña intentaba seguir el patrón que Meredith había colocado en la mesa

frente a ella.

—Sí, estoy bien —contestó Kelsey, pasando la aguja por el lienzo con deliberada lentitud.

Meredith pensaba que se relajaría en cuanto Mark se hubiera ido. Se encontraba perfectamente antes de llegar a la casa. De modo que ¿qué sentido tenía aquella tensión? ¿Sería su radar interno? ¿Estaría percibiendo la tensión de otro?

O quizá fuera el hecho de que Susan y Mark estuvieran haciendo lo que se suponía que hacían los adultos cuando estaban juntos, mientras ella pasaba la noche del viernes cosiendo mariposas con una niña, lo que la ponía nerviosa.

—¿Josie y tú seguís siendo amigas?

Quizá las niñas estuvieran sufriendo las consecuencias de pasar demasiado tiempo juntas desde que Mark le permitía a Kelsey ir a casa de Josie todos los días después del colegio, a cambio de cuidar él a Josie durante las vacaciones.

—Sí, somos amigas íntimas.

A Meredith se le hizo un nudo el hilo, algo que odiaba.

—Estás utilizando una hebra demasiado larga —le advirtió Kelsey.

—Sí, lo sé. Me temo que se me da mejor enseñar que hacer las cosas yo —dejó la aguja y la tela sobre la mesa—. ¿Te apetece tomar algo?

—¿Un helado?

—Por supuesto. ¿Qué extraños sabores ha comprado tu padre esta semana?

—Barritas de caramelo y vainilla con nueces.

Meredith sacó tres cuencos y dos cucharas y abrió el cajón en el que estaba el cucharón para servir el helado.

—¿Tú que vas a tomar, jovencita? —preguntó mientras servía una enorme bola de vainilla para la gata en uno de los cuencos.

—Creo que el de barritas de caramelo nunca lo he probado.

—Entonces, yo también tomaré de ése.

—¿Tú crees que se puede juzgar a una persona de la misma manera que se juzga un cuento?

Eran las diez menos cinco y Meredith estaba arrojando a Kelsey en la cama.

—¿A qué te refieres? —preguntó Meredith, sentándose a su lado.

—Que un libro tenga mal aspecto no significa que la historia que cuente sea mala. Entonces, a lo mejor hay personas que tienen mal aspecto, pero que en realidad son buenas.

Meredith se obligó a concentrarse en la pregunta que le estaba haciendo la niña e intentó olvidarse de la creciente tensión que sentía en el estómago.

—Ésa no es una pregunta que pueda contestarse con un «sí» o con un «no», cariño —le dijo—. No, no se debería juzgar a las personas por su aspecto, pero también es cierto que las personas envían mensajes sobre sí mismas a través de su físico, mensajes que hay que saber interpretar, sobre todo cuando sales al mundo y comienzas a tener que tratar con desconocidos.

Kelsey asintió, pero parecía confundida.

—Por ejemplo, si ves a alguien que viste de forma descuidada, eso no significa que esa persona no tenga un buen corazón, ¿verdad? A lo mejor sólo significa que no tiene buen gusto.

—¿Y si lleva tatuajes?

—Hay muchas personas que llevan tatuajes —contestó Meredith—. Está de moda entre los estudiantes de instituto, y hay muchas madres que los llevan en los tobillos o en otros lugares del cuerpo. Ahora es algo que se acepta más que antes.

—Entonces, una persona que lleva tatuajes no tiene por qué ser mala, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Y si, por ejemplo, tiene un aspecto sucio y grasiento? A lo mejor eso sólo significa que ha estado trabajando en un garaje,

¿verdad?

—Podría ser. Pero a menos que puedas estar segura de que ha estado trabajando en un garaje, yo tendría cuidado con ese tipo de cosas. Una persona que no cuida la higiene, puede ser maravillosa por dentro, pero eso también puede ser una señal de que está pasando una mala racha y, por lo tanto, está desesperado. O también puede ser signo de que no tiene ningún respeto por el cuerpo humano y, en ese caso, harías bien en evitarlo.

Kelsey pareció relajarse, pero Meredith continuaba teniendo el estómago en tensión.

—¿Estás bien? —le preguntó Meredith.

Kelsey asintió mientras se tapaba hasta la barbilla.

—¿Te preocupa algo? —insistió Meredith.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí, es sólo que oí a alguien hablando de cómo había que juzgar a los demás y no lo entendí.

Gracias a Dios. Porque Kelsey Shepherd ya había tenido que sufrir demasiado en su corta vida. Y también su padre.

A las diez y diez, Meredith oyó que se abría la puerta del garaje. Inmediatamente, agarró su bolsa y apagó la televisión.

—Hola —la saludó Mark un minuto después, mientras dejaba las llaves en la bandeja de bronce que tenía en el mueble de la entrada.

—Hola —respondió Meredith, mirando las llaves, en vez de mirarlo a él.

—Ya sé que es tarde, ¿pero tienes un minuto?

—Claro.

Continuaba notando un nudo en el estómago, pero se había tumbado cuando Kelsey se había dormido y ya se encontraba mejor.

—¿Vamos al cuarto de estar?

Era extraño, pero Meredith no podía negarse.

La primera vez que había estado en el cuarto de estar de Mark,

tres años atrás, para asistir a una fiesta en la que celebraban la jubilación de uno de los directores del centro, la había impresionado la elegancia de su sencilla decoración en tonos dorados, castaños y verdes.

En vez de sentarse en el sofá, Meredith prefirió hacerlo en una silla de respaldo alto.

—¿Qué ocurre?

—Necesito que me ayudes con Kelsey.

—¿Qué le pasa? —aquella noche, la pequeña le había parecido contenta.

—Cuando está contigo, nada —la frustración de Mark era evidente.

—¿Contigo no está bien?

—No —sacudió la cabeza—. Parece que Susan no le gusta y no lo comprendo. Susan es amable, buena, y está deseando ser amiga de Kelsey.

—Lo sé.

—Estoy seguro de que es porque la molesta tener que compartirme, pero no sé qué hacer al respecto. Me he asegurado de que Kelsey y yo pasemos por lo menos tres noches a la semana solos y de que en las otras dos, esté incluida en los planes que haga con Susan.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—Me gustaría saber lo que piensas. En el colegio no puedo hablar de esto contigo, por supuesto, y casi siempre que te veo están Susan o Kelsey delante.

Afortunadamente. Porque Meredith no creía que Mark y ella pudieran pasar mucho tiempo a solas sin terminar peleándose.

—Supongo que me gustaría que, puesto que Kelsey parece adorarte, pudieras hablar con ella o algo parecido. Quizá puedas darme alguna idea sobre lo que tengo que hacer.

Meredith no sabía qué decir. Susan era su mejor amiga, le debía

lealtad hasta la muerte y no sabía si sería desleal hablar de ella a sus espaldas, aunque fuera para ayudarla.

Esperó hasta que sintió que sus dudas se desvanecían para ser sustituidas por una certeza en la que había aprendido a confiar mucho tiempo atrás.

—Susan nunca ha sabido tratar con niños —dijo cuando estuvo más tranquila—. Ella quiere ser amiga de Kelsey, pero no tiene nada que la guíe, ni siquiera el recuerdo de cómo podía llegar a ser amiga de alguien a esa edad. Eso la hace sentirse torpe e insegura e intenta forzar las cosas. Los niños intuyen inmediatamente que alguien no está siendo natural con ellos y responden poniéndose a la defensiva, la mayor parte de las veces de manera inconsciente.

Mark pensó en ello un momento, frotándose lentamente las manos. Tenía unas manos bonitas. Grandes. Meredith las había visto secar delicadamente muchas lágrimas, firmar documentos y aplaudir éxitos.

—Lo comprendo —dijo Mark por fin—, pero continúo sin saber qué hacer al respecto.

—Yo tampoco sé lo que puedes hacer —contestó ella—, salvo continuar haciendo lo que estás haciendo. Cuanto más os veáis, más fácil le resultará a Kelsey darse cuenta de que Susan es una buena persona y quizá así comience a confiar en ella. Y cuanto más la conozca Susan, más relajada estará con ella.

Y... No, Meredith se negaba a reconocer aquel sentimiento. ¿Qué más daba que hubiera estado imaginándose con Kelsey en otro lugar? Eso no era real. E, incluso en el caso de que lo fuera, tenía que ignorarlo.

—Y creo que ayudaría que, en vez de llamar a adolescentes para que se queden a cuidarla, me llamas a mí. O me dejaras llevármela a casa alguna noche. De esa forma no se sentirá abandonada.

—No puedo pedirte que hagas una cosa así. Tú tienes tu propia vida.

—No me lo estás pidiendo, me estoy ofreciendo yo. Y yo decido cómo quiero pasar mi vida.

—¿Por qué vas a hacer algo así por mí? Ni siquiera te gusto.

—Tampoco me disgustas. Y, además, lo hago por Kelsey y por Susan.

Mark asintió, y se relajó. Y cuando Meredith se dio cuenta de que se había relajado, aumentó su propia tensión. No quería saber más de lo que ya sabía sobre él. Sobre todo teniendo en cuenta los extraños sentimientos que estaba experimentando, y cuya fuente desconocía.

—Pensaré en ello —dijo—, gracias.

Había llegado la hora de marcharse. Meredith agarró su bolsa, se levantó y se dirigió hacia la puerta a toda la velocidad de la que era capaz sin que pareciera que estaba corriendo. Mark estuvo inmediatamente a su lado, alargando la mano hacia el picaporte, pero sin abrirla.

A Meredith no le gustaba lo que su cercanía le hacía sentir.

—Durante todos los meses que he estado saliendo con Susan, nunca te he oído decir que tuvieras una cita.

—¿Y?

—Me sorprende. Eres una mujer atractiva.

Y tenía treinta y un años.

—Gracias.

Se volvió hacia la puerta. Continuaba cerrada. Y Mark seguía posando la mano en el picaporte. Una mano fuerte, segura. Capaz. Diablos, Meredith nunca había pensado tanto en las manos de un hombre.

—¿Por qué no sales con nadie?

Meredith necesitaba salir de allí. Necesitaba espacio, paz.

—Creo que soy más feliz de esta manera.

—¿Eres lesbiana?

—¿Acaso importa?

—¡No, por supuesto que no! Pero ¿lo eres?

—No, desgraciadamente, no.

—¿Desgraciadamente?

Meredith se encogió de hombros.

—Me habría ahorrado muchos dolores de cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Estuve comprometida —no era algo de lo que le gustara hablar y, seguramente por respeto, tampoco Susan se lo había contado a Mark—. Frank era un hombre bueno, inteligente, ingenioso y atractivo. Se llevaba muy bien con mi madre. Yo confiaba en él.

Se interrumpió y tomó aire, como si estuviera luchando contra los recuerdos.

—Y supongo que tuvo una aventura —dijo Mark suavemente—, qué idiota —se apoyó contra la puerta.

—No, no tuvo ninguna aventura —replicó Meredith—. Ojalá la hubiera tenido. Habría sido mucho más fácil, porque entonces el problema habría sido suyo, no mío.

—¿Qué ocurrió entonces?

Mark cruzó los brazos sobre el pecho. Un pecho fuerte, firme.

—No apareció el día de la boda —la pesadilla de cualquier mujer—. La iglesia estaba llena. Mi madre se había gastado miles de dólares en flores, en el banquete, en los fotógrafos y en las invitaciones. Yo estaba allí, vestida de blanco, y todas mis amigas...

—¡Maldita sea!

—Estuve esperando durante dos horas —sonrió.

Mientras pudiera reírse al contar su historia, le quitaba el poder de hacerle daño.

—¿Averiguaste por qué te dejó?

Mark no la tocó, pero Meredith tuvo la sensación de que estaba deseando hacerlo. O quizá fuera ella la que deseaba que lo hiciera.

Asintió y alzó la barbilla.

—Me dejó una carta en la puerta de nuestro apartamento. Había

sacado todas sus cosas de allí mientras yo estaba esperándolo en la iglesia.

—El muy sinvergüenza. ¿Y qué decía la carta?

—Que por mucho que me quisiera, no se creía capaz de soportar toda una vida viviendo conmigo. Que soy demasiado intensa.

—¿Y eso qué significa?

—¿Necesitas preguntármelo? —respondió, alzando la mirada hacia él—. En eso estarías de acuerdo con él, Mark, soy demasiado intensa. Experimento ciertas sensaciones y actúo en consecuencia. Incluso en situaciones de las que debería salir huyendo. Pero ¿sabes una cosa? —comenzaba a sentirse un poco mejor—. No voy a hacer nada para evitarlo. No puedo, soy lo que soy. Soy una persona intensa, tal y como decía mi prometido. Percibo todo lo que hay a mi alrededor y me alegro de poder hacerlo. No puedo imaginarme la vida sin la profundidad, sin la magia que acompaña al dolor. Me gusta.

Ella misma se quedó estupefacta. Jamás había dicho nada parecido. Nunca había pensado conscientemente en ello. Ni siquiera lo sabía, de hecho.

La vida era maravillosa.

Capítulo tres

—¡Hola, papá!

El lunes por la mañana, Mark alzó la mirada del lavabo y descubrió los ojos castaños de su hija en el espejo. Llevaba unos vaqueros de talle bajo, unas zapatillas deportivas y una sudadera de color beige de manga larga. El pelo se lo había recogido en una cola de caballo. A Mark se le encogió el corazón al verla. Dios, cuánto quería a aquella niña.

—Hola, Kelsey.

—He dado de comer a Gilda.

—Buena chica, gracias —contestó él mientras levantaba la cuchilla—. ¿Qué quieres para desayunar? ¿Papilla de cereales o tortitas?

—Para hacer las tortitas se necesitan más cacharros, así que mejor papilla de cereales.

Mark se detuvo con la cuchilla a medio camino de su rostro y le sonrió.

—¿Qué importan los cacharros? No tienes que fregar.

—Lo sé.

Desvió la mirada desde la mano de su padre hasta el lavabo y lo miró de nuevo a los ojos, como había hecho durante la mayor parte de su vida. Aquel ritual era una de las mejores partes del día para Mark.

—Se me había olvidado decirte que ha llamado la madre de Lucy para invitarte a ir a jugar a su casa el viernes, después del colegio. Puedo pasar a buscarte de camino a casa, a no ser que prefieras quedarte a pasar la noche allí y vaya a recogerte el sábado por la mañana.

—No, gracias —comenzó golpear suavemente el armario con el pie.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mark—. A ti te encanta ir a casa de Lucy. Y hace un par de semanas que no la ves.

Kelsey y Lucy habían ido juntas a preescolar antes de que la familia de la segunda se hubiera mudado al otro extremo de la ciudad.

—Ya lo sé. Pero este viernes no quiero ir. ¿Me vas a obligar?

—No, Kelsey, por supuesto que no. Pero puedes decirme por qué no quieres ir —lavó la cuchilla de afeitar y la guardó en el armario—. ¿Ocurrió algo la última vez que estuviste allí? ¿Te has peleado con Lucy?

—No.

—¿Entonces por qué no quieres ir?

—Por nada. Solamente, prefiero no ir.

A punto ya de llamarla mentirosa, con lo que tampoco conseguiría nada, Mark decidió abandonar. Pero aquello no le gustaba.

—Date la vuelta, cariño. Voy a arreglarte la cola de caballo —le dijo, tirando suavemente de la sudadera—. Si estás segura de que eso es lo que quieres, llamaré a la madre de Lucy a primera hora de la mañana.

—¿Diga?

—Hola, mamá, soy yo —Meredith sujetaba el teléfono entre la barbilla y el hombro mientras desenvolvía la barrita de cereales que, junto al vaso de cola, constituiría su desayuno.

—¡Hola, Meri!

A Meredith se le cayó el corazón a los pies. Demasiada alegría. Había hecho bien en seguir el impulso y llamar. Sabía que había ocurrido algo malo.

Al cabo de cinco minutos tendría que salir hacia el colegio si quería llegar antes que los niños. Y con los de tercer grado, era lo mejor.

—Esta mañana me he levantado un poco preocupada por ti —le dijo mientras dejaba el vaso para colocarse la bolsa al hombro.

—Anoche fui al club de *bridge* y se me pinchó una rueda del coche —contestó su madre.

Evelyn Foster, científica y antigua empleada de Phillip's Petroleum, vivía en un agradable barrio de Florida.

—¿Llamaste al servicio de carreteras? —con el vaso de nuevo en la mano, se dirigió hacia la puerta—. Todavía tenías las ruedas en garantía.

—Sí, ya lo sé. He llamado y han venido a primera hora de la mañana.

—Humm. Entonces...

—No, todavía me siento incómoda. Vamos, mamá, llego tarde. Dime de una vez por todas lo que ha pasado.

Evelyn se echó a reír.

—¿Sabes lo difícil que es tener una hija a la que no puedes ocultarle nada?

—Mamá, tu hija ya es una mujer adulta. No tienes por qué esconderle nada. Vamos, dime lo que te ha pasado.

A esas alturas, Meredith ya estaba conduciendo su coche, un turismo descapotable.

—Estoy segura de que no es nada... —dijo Evelyn, en un tono tan animado que demostraba que no estaba tan segura—. Pero tengo que hacerme una biopsia del hígado.

Meredith frenó bruscamente.

—¿Qué?

—La semana pasada fui a hacerme el chequeo de todos los años y los análisis de sangre han planteado algunas dudas.

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Cáncer, cirrosis, hepatitis quizá.

Meredith dejó la barrita de cereales en el salpicadero, junto al refresco. Fijó la mirada en el parabrisas sin registrar nada,

limitándose a sentir.

Su madre viuda, sola, en Florida. Una mujer amable, de sesenta y un años. Activa.

Viva. Muy viva. Meredith asintió. Volvió a enfocar la mirada al oír que alguien tocaba el claxon detrás de ella. Tomó la barrita de cereales y pisó el acelerador.

—Todo va a salir bien, mamá —le dijo a su madre.

—¿De verdad?

Se le hacía duro distinguir el miedo en la voz de su madre. Durante toda su vida, Evelyn había sido el firme apoyo de Meredith. A veces, su único apoyo.

—Sí —le dijo, sonriendo aliviada.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé —respondió Meredith, dándole dos bocados a la barrita de cereales—. Pero siento que estás bien.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Bueno, yo ya sabía que no era nada serio —dijo Evelyn bruscamente. Pero inmediatamente añadió—: Te quiero, Meredith.

—Yo también te quiero, mamá.

Meredith colgó el teléfono y bebió un largo sorbo de refresco. Estaba cansada y el día apenas había empezado.

—Susan nos ha invitado a cenar esta noche en su casa. ¿Quieres ir?

Mark había estado preparando la pregunta durante toda la mañana. En aquel momento, estaban ya casi en el colegio.

—No.

—¿Y por qué no? Va a preparar pollo con pasta, y a ti te encanta cómo hace el pollo, ¿te acuerdas?

—No quiero ir.

—Pero los lunes por la noche cenamos con Susan...

—Eres tú el que tiene que cenar con Susan, no yo —replicó Kelsey

—. Yo nunca he dicho que quisiera cenar con ella.

Las cosas iban de mal en peor.

—Dime lo que te ocurre, Kelsey —dijo Mark—, ¿por qué no te gusta Susan? ¿Te molesta que pase tiempo con ella?

—No.

Mark desvió el coche hasta el arcén.

—¿Entonces qué te pasa? ¿Es porque no es tu madre?

—¡No!

—Dime cuál es el problema entonces.

Pero su petición no recibió respuesta. Ni siquiera un movimiento de cabeza.

—¿Por qué no te gusta? —volvió a preguntar.

No podía tratar con algo que no comprendía.

—Sí me gusta.

—¿Entonces por qué hablas tan poco con ella?

A Mark lo sorprendió la repentina dureza de su mirada. No sabía que su hija fuera capaz de albergar sentimientos tan negativos.

—Me trata como si yo fuera una marciana.

—No, no es cierto —contestó, e inmediatamente deseó haberse mordido la lengua—. Perdona, no pretendía desdeñar tus sentimientos.

Kelsey continuó con la mirada fija en el parabrisas.

—A Susan no se le dan muy bien los niños —dijo Mark—, pero es porque no los ha tratado mucho, no porque no le gusten. Además, ni siquiera tuvo oportunidad de ser niña. Pero le gustas, Kelsey, quiere conocerte y ser tu amiga.

—No, no es verdad.

—¿Por qué piensas eso?

—Lo pienso.

Era difícil no enfadarse con aquellas respuestas tan irracionales.

—Con la señorita Foster, con Meredith, no tienes ningún problema.

—¿Y?

—Y Susan y Meredith son amigas íntimas.

—¿Y?

Ni siquiera él lo sabía. Ése era el problema de aquella conversación. Pero era evidente que Kelsey no pensaba lo mismo que él. Hasta unos meses atrás, no tenían ningún problema para comunicarse. No entendía lo que podía haber pasado.

—Tú nunca hablas con Susan —intentó una forma de aproximación diferente.

Miró el reloj. Si se descuidaba, llegarían tarde. Pero bueno, él era el jefe.

—Ella tampoco me habla a mí.

Aquello era cada vez más frustrante.

—Pero tú no esperas a que Meredith te hable para hablarle.

La niña respondió encogiéndose de hombros.

—¿De qué soléis hablar? —preguntó Mark, sin muchas esperanzas de comprenderla.

—Ya soy mayor, papá, las chicas tenemos cosas de las que hablar.

Cosas. Por primera vez desde que había nacido, se sentía completamente incapaz de cuidar de su hija.

—¿Qué tipo de cosas?

—Ya sabes, cosas de mujeres.

Mark estuvo a punto de atragantarse. ¿Las niñas empezaban con ese tipo de cosas a los nueve años? Pero vio entonces la inseguridad que reflejaba la mirada de Kelsey. La niña estaba completamente perdida. Por lo menos tenían algo en común.

—No quieres contármelo.

—No.

—¿Pero estás bien?

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

Mark no tenía la menor idea.

—¿Alguna vez has intentado hablar con Susan sobre esas

«cosas»?

El silencio de Kelsey se hizo infinito.

Mark la miró pensando en todo lo que sabía sobre los patrones de conducta de los niños. E imaginó que, de momento, era preferible renunciar. Volvió a salir a la carretera y condujo en silencio durante el resto del trayecto.

Y lo primero que hizo al llegar al colegio fue llamar a la madre de Lucy para decirle que, al final, Kelsey no iría el viernes a su casa. Después llamó a Susan y canceló la cena de aquella noche. Como siempre, Susan se mostró muy comprensiva.

Meredith permanecía ante la puerta de clase, vestida con un jersey de cuello vuelto de color rojo y una falda de algodón de diferentes colores. Había elegido unos pendientes de oro con forma de herradura, una gargantilla y un brazaletes. Recibía a sus alumnos sonriendo mientras éstos entraban lentamente en el aula, saludando a gritos a sus compañeros.

—Buenos días, Erin, ¿cómo ha ido el fin de semana?

Erin era una pelirroja que, a pesar de ser una de las más pequeñas de la clase, era una de las más revoltosas. Si surgía algún problema, normalmente, allí estaba Erin.

—Ha sido aburridísimo —contestó Erin mientras golpeaba involuntariamente a Jeremy Larson con la mochila al pasar hacia su taquilla.

—¡Eh! —Jeremy le devolvió el empujón.

—¡Ya basta! —Meredith interrumpió cualquier posible respuesta

—. Jeremy, ¿cuál es la primera norma de esta clase?

El niño enrojeció y bajó la mirada. Después musitó algo.

—¿Perdón? —preguntó Meredith.

—Que no se pega —el niño se negaba a mirarla.

—¿Y qué más?

—No enfadarse.

Tampoco era eso exactamente, pero iba acercándose.

—¿Y crees que Erin te ha empujado a propósito? Jeremy se movió nervioso y clavó la barbilla en el pecho.

—No ha sido a propósito —intervino Erin al ver que Jeremy permanecía en silencio.

—¿Jeremy? —insistió Meredith sonriendo—. ¿Crees que lo ha hecho a propósito?

—No.

—Muy bien. Erin, ¿no tienes nada que decir?

—Que no lo he hecho a propósito.

Meredith reprimió una sonrisa.

—Eso ya lo has dicho. ¿Qué más?

—Lo siento —dijo en voz tan baja que apenas se la oía.

Meredith decidió aceptar la disculpa y volvió de nuevo a la puerta.

—¡Macy! ¿Cuánto tiempo llevas allí?

Macy, la secretaria de Mark, era una de las heroínas de Meredith. Una mujer de cincuenta años, serena e imperturbable, que rezumaba buen humor. Normalmente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Meredith con suavidad mientras se acercaba a ella.

—Te llaman a dirección —dijo con voz seria y la preocupación patente en su mirada.

Meredith miró hacia los altavoces.

—No he oído nada.

Macy negó con la cabeza.

—No, me ha enviado a mí. Se supone que tengo que quedarme mientras tanto con los niños.

—¿Quiere que vaya ahora mismo?

Macy asintió.

—¿Por qué? ¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó Meredith, intentando aliviar los nervios de su estómago.

Macy sacudió la cabeza y le apretó el brazo con cariño.

—No lo sé, pero a juzgar por su expresión, creo que es mejor que no lo hagas esperar.

Meredith dio un par de palmadas, les pidió a los niños que se sentaran y les dijo que Macy se quedaría a cargo de la clase.

Era la primera vez que Mark la llamaba tan seguidamente a su despacho.

Recorrió el pasillo a toda velocidad, haciendo todo lo posible para no preocuparse por algo que podía terminar no teniendo ninguna importancia. Pero, aunque le hubiera ido en ello la vida, no habría sido capaz de imaginarse por qué la llamaba Mark a aquella hora de la mañana. Como regla general, un profesor no debía abandonar su clase a menos que surgiera alguna emergencia.

Intentó recordar si había hablado con el padre de algún alumno últimamente. Si había dicho algo que pudiera haber provocado algún problema. Pero creía que no.

Pasó lista mentalmente a todos sus alumnos, rezando para que no hubiera habido ningún accidente, ni ninguna operación de emergencia durante el fin de semana; no quería que sus alumnos tuvieran que enfrentarse a ninguna desgracia.

Pero, aparte de Tommy Barnett, estaba segura de que todos sus alumnos habían llegado antes de que hubiera abandonado el aula. Y Tommy siempre llegaba cinco o diez minutos tarde.

Encontró a Mark de pie tras su mesa, asomado a la ventana. Los frondosos árboles de Bartlesville eran famosos por su exuberancia primaveral, pero Meredith estaba segura, a juzgar por la tensión que se reflejaba en los hombros y el cuello de Mark, de que no estaba disfrutando en absoluto de su belleza.

—¿Has leído el editorial de La República esta mañana? —preguntó Mark sin volverse.

—No.

El corazón le latía violentamente en el pecho. ¿Habría habido un accidente? El silencio de Mark se le hacía insoportable.

—No suelo leer el periódico, ni ver las noticias —dijo Meredith, por si acaso Mark pensaba que debía de estar informada del tema del que querían hablar—. Es demasiado deprimente.

Mark sacudió la cabeza, exhaló un sonoro suspiro y se volvió. Meredith no era capaz de interpretar su mirada, pero sabía que no estaba contento.

Y si no se equivocaba, estaba más enfadado que triste, y aquel desagradable sentimiento iba dirigido directamente a ella.

Mark alargó la mano hacia el periódico y se lo tendió.

—Léelo.

Capítulo cuatro

Editorial de La República

Familias en riesgo.

Profesora de escuela mete las narices donde no debe.

Larry Barnett, fiscal del distrito, recibió la sorpresa de su vida cuando su ex esposa lo llamó para decirle que tenía que hablar urgentemente con él sobre un asunto relacionado con su hijo de ocho años, Thomas. Este «asunto urgente» era un mensaje de la profesora de Tommy diciendo que el recientemente elegido fiscal estaba maltratando a su hijo. ¡Y basaba aquella acusación en una simple corazonada! Para empeorar la situación, la profesora en cuestión hizo tan dañina declaración después de que, una vez atendido el niño por la psicóloga del colegio, ésta última hubiera llegado a la conclusión de que el niño no sufría ninguna clase de abuso. El director del centro, Mark Shepherd, le aseguró a Barnett que tenía la situación controlada después de lo cual el fiscal recibió una disculpa. Pero ¿es suficiente una disculpa tras haber acusado falsamente a un hombre de hacer sufrir a su propio hijo? ¡A esa profesora habría que haberla despedido inmediatamente!

Meredith alzó la mirada, esperando que no se notara cómo le temblaba el labio inferior.

—No ha perdido el tiempo, ¿eh?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —preguntó Mark en un tono absolutamente controlado.

Meredith nunca lo había visto tan enfadado.

—Reynolds siempre está intentando provocar polémicas — incluso Meredith, que rara vez leía un periódico, había oído hablar de

él—. Todo el mundo sabe que no hay que tomarse lo que dice al pie de letra.

—Esta mañana he recibido más de cuarenta llamadas —dijo Mark.

—¿De quién? —preguntó Meredith, fingiendo una calma que no sentía.

—De padres que querían asegurarse de que sus hijos no estaban en la misma clase que Tommy Barnett.

Meredith comenzó a sudar frío.

—¿Y cuántos de ellos tenían a su hijo en mi clase?

—Uno.

¿Cuarenta llamadas y una sola de su grupo?

—Los padres me conocen y confían en mí —con una obvia excepción.

Mark dejó caer los brazos y suspiró.

—Sospecho que tienes razón —dijo con cierta vacilación.

Posó las manos en el escritorio y se inclinó hacia ella.

—Esto tiene que terminar, Meredith.

Meredith no dijo nada.

—Hablo en serio.

—Lo sé.

—No vuelvas a hacérmelo otra vez, por favor —le advirtió—. No quiero tener que despedirte.

—Lo sé.

Pero lo haría si se viera obligado a ello. Aun así, las amenazas no iban a detener sus corazonadas. Y no iba a ser capaz de aguantar en silencio viendo sufrir a un niño si sabía que podía ayudarlo.

—¿Puedo volver a mi clase?

—Sí, vete.

Meredith no esperó ni un segundo más, ni tampoco pretendía añadir una sola palabra. Pero cuando llegó a la puerta, se volvió.

—¿Mark?

—¿Sí?

—¿De quién ha sido esa llamada?

No la sorprendió recibir en respuesta una mirada cargada de frustración.

Tommy Barnett no apareció en el colegio aquel lunes. Pero sí su madre, que llegó a última hora de la tarde para borrar a su hijo de la escuela elemental Lincoln.

—Lo siento —le dijo a Mark, evitando mirarlo a los ojos.

—No se preocupe —respondió él—. Lo comprendo. Somos nosotros los que lo sentimos. Hemos defraudado a Tommy y hemos defraudado a su padre también.

Ruth Barnett alzó entonces la mirada, fijando en él unos ojos enormes y luminosos.

—No, a Tommy no lo han defraudado —dijo suavemente—. Adora este colegio y, especialmente, a la señorita Foster. Su profesora de segundo grado nos había dicho que sospechaba que era disléxico. Sin embargo, este año, tras pasar solamente seis meses con la señorita Foster, ya ha alcanzado el nivel de los demás. Algo lo estaba frenando, pero no era la dislexia. Espero que se dé cuenta de que tiene una profesora que es una joya.

A Mark lo sorprendió tanta pasión. Pero se dijo que las mujeres eran tendentes al apasionamiento. Lo que le resultó más difícil de aceptar fue su propio alivio. Él era el jefe de Meredith Foster, nada más. Si tenía que despedirla, lo haría.

—Tiene muy buenos resultados en clase —dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras.

Ruth lo miró con atención.

—Mi ex marido ha insistido en que el niño cambie de escuela. Larry Barnett es un hombre muy poderoso.

Mark asintió.

—Y no va a permitir que esto quede así.

Una confirmación de las sospechas de Mark con la que éste habría

preferido no contar.

—Pero, quizá con su apoyo, la señorita Foster no tenga que perder su trabajo.

A Mark no le pasó desapercibida la súplica que encerraba su voz.

—Lo que ha hecho la señorita Foster ha sido algo completamente inapropiado —era lo que le correspondía decir como director del colegio.

—Lo que ha hecho es posible que le haya salvado la vida a mi hijo.

Mark la miró entonces con atención.

—¿Está insinuando que podría ser cierto lo que dijo la señorita Foster?

La señora Barnett continuó rellenando formularios rápidamente.

—No estoy diciendo eso.

—Entonces, ¿qué insinúa?

—Nada, no insinúo nada.

—Señora Barnett, si sabe algo, debería hablar con alguien. Con la policía. Es posible que usted sea la única esperanza de Tommy.

—Soy perfectamente consciente de lo que tengo que hacer para mantener a mi hijo a salvo, señor Shepherd.

Era una mujer asustada, temerosa del poder de su marido.

Por otra parte, si Tommy negaba haber sido víctima de malos tratos, la psicóloga del colegio no tenía ninguna prueba y su madre no sabía nada, ¿con qué elementos de juicio contaban? Solamente con la intuición de una mujer. Aquello era una locura.

—Si, como usted misma ha dicho, su marido pretende continuar con el caso, nos sería de gran ayuda que expresara públicamente lo que piensa de la señorita Foster.

La señora Barnett escribía tan rápido que Mark dudaba de que estuviera teniendo tiempo de leer las preguntas del formulario.

—Es preferible que yo me mantenga al margen de todo esto.

¿Lo mejor para quién? ¿Para Tommy? ¿Para ella?

—¿Está procurando alejar a Tommy de su padre? ¿O, por lo menos hay alguien supervisando sus visitas?

—Evidentemente, no conoce a mi marido —respondió ella con una risa amarga—. Si intentara separarlos, encontraría la manera de alejar a Tommy para siempre de mí.

—Pero podría llevar el caso a los tribunales.

—Puede estar usted seguro de que, en ese caso, Larry se aseguraría de que el juez del tribunal le fuera favorable.

—Entonces, ¿por qué no se ha quedado él con el niño?

—Porque no le conviene. A Larry le gusta disfrutar de la vida. Hacerse responsable de un niño durante veinticuatro horas al día coartaría su libertad. Y quitarle un hijo a una madre podría restarle votos. Aun así, si hay alguna posibilidad de que la gente pueda creer lo que la señorita Foster dice, intentaría quedarse con la custodia sólo para consolidar su reputación.

—Entonces, si Barnett continúa teniendo acceso a su hijo, ¿qué repercusión puede haber tenido lo que ha hecho la señorita Foster en el bienestar del niño?

—Ha puesto a Larry sobre aviso.

Mark entrecerró los ojos y la observó atentamente, buscando en ella alguna señal de insinceridad. Pero no encontró nada.

—¿Larry Barnett está maltratando a su hijo?

—No que yo sepa.

Mark dejó el bolígrafo en la mesa, frustrado con aquel desastre. Nadie sabía nada, pero aun así, iban a sacar al niño del colegio, la reputación de Mark había sido puesta en evidencia en un periódico local y Meredith Foster podía perder su trabajo.

—¿Usted cree que lo está haciendo?

—Espero que no.

—Pero hay alguna posibilidad de que lo esté maltratando.

La señora Barnett se levantó.

—Ahora tengo que irme —dijo, dejando el formulario sobre la

mesa.

Mark también se levantó para acompañarla hasta la puerta.

—¿Barnett te pegaba, Ruth? —la tuteó de manera intencionada, diciéndose que aquel intento de manipular sus sentimientos estaba justificado por una buena causa.

—No, por supuesto que no. De verdad, ahora tengo que irme.

—¿Me llamarás si se produce algún cambio?

Ruth Barnett asintió y se marchó.

—¿Quieres más vino?

Meredith vaciló cuando su amiga le tendió la botella medio vacía.

—No debería, pero sírveme un poco más.

Susan le sirvió y se llenó después su copa.

—Gracias por venir, por cierto. Había dejado la pasta hecha esta mañana y ya sabes que me gusta comerla fresca.

—Eh, soy yo la que debería darte las gracias —contestó Meredith, relajándose por primera vez en el día—. Me cuesta creer que no te hayas enfadado con Mark después de que te haya dejado plantada en el último momento.

Susan se encogió de hombros.

—Ha sido por Kelsey y, teniendo en cuenta los antecedentes, teníamos muchas posibilidades de que no vinieran.

—Pero aun así, has preparado la pasta.

—Siempre hay que conservar la esperanza —Susan sonrió.

—Creo que estás más preocupada de lo que aparentas.

—A veces me da miedo que puedas adivinar tantas cosas de mí.

—Te conozco desde hace mucho tiempo.

—Y yo también a ti, pero tú puedes estar destrozada por dentro y yo no me entero hasta que no lo demuestras exteriormente.

Meredith, que tenía el cuchillo de la mantequilla en la mano, lo dejó caer.

—Lo siento.

—No, no lo sientas —Susan cerró la mano sobre la de Meredith y

la miró a los ojos—. Te necesito, Mer. Y cuando no puedo ver dentro de mí misma, me apoyo en ti para comprenderme.

—Yo no soy maga. Y no siempre tengo razón.

—Por supuesto que no. No siempre estás sintonizada. Yo también te quiero por muchas otras razones, pero ése es un gran don. Me gustaría que supieras lo importante que es, y creo, con todo mi corazón, que es tan real como tú misma.

A Meredith se le llenaron los ojos de lágrimas que ni siquiera intentó esconder. Habían sido unos días cargados de emociones, de acontecimientos que necesitaba ordenar y poner en perspectiva.

—Ahora cuéntame lo que te pasa —dijo unos segundos después—, ¿ha habido algún problema con Mark?

—No —Susan parecía segura, pero su mirada era indescifrable—. Es un gran hombre —continuó diciendo—, cariñoso, considerado, paciente, divertido e increíblemente *sexy*. Pero...

Meredith volvió a alargar el brazo hacia el cuchillo de la mantequilla y jugueteó nerviosa con él. No era una mojigata, pero no le hacía ninguna falta enterarse de lo que estaban haciendo Mark y Susan.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Es increíblemente *sexy*, pero no te excita?

¿Por qué diablos habría dicho eso?

—¡No es eso! —Susan sonrió—. En cuanto empieza a besarme, me entran ganas de acostarme con él.

Meredith se descubrió entonces desesperada por cambiar de tema. Y era extraño, teniendo en cuenta que Susan y ella eran amigas íntimas y siempre habían hablado abiertamente de cualquier tema. Pero no iba a preguntarse cuál era el problema. De momento, tenía demasiadas preocupaciones en su vida.

—El problema es el resto del tiempo —dijo Susan, bajando la voz—. Yo estoy deseando ver a Mark y pasar con él cuanto más tiempo mejor, pero es como si todavía no lo sintiera cerca. ¿Crees que tiene

sentido?

—Sí, no confías en la posibilidad de un futuro. Susan miró a su amiga con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y si nunca puedo llegar a hacerlo, Mer? Sé por experiencia que no puede haber garantías, que nada dura eternamente, que una buena mañana puedes levantarte como todos los días y, de repente, una llamada de teléfono puede acabar con todas tus esperanzas.

—El futuro de Bud ha desaparecido, pero no el tuyo. El tuyo sólo ha cambiado. Siempre y cuando estés viva, el futuro está garantizado.

—La otra noche, estando con Mark, mencioné a Bud.

—¿Y?

—Empecé a llorar.

—Mark fue comprensivo contigo, ¿verdad?

—Sí —la mirada de Susan se iluminó—, fue muy comprensivo.

—Tommy Barnett ha dejado el colegio hoy mismo.

—Maldición.

Las dos mujeres continuaban sentadas a la mesa. Hacía semanas que no pasaban tanto tiempo juntas. Hasta entonces, Meredith no había sido consciente de cuánto echaba de menos a su amiga. Susan era una de las pocas personas con las que se sentía completamente a salvo, con las que no tenía que esconder o disimular sus reacciones naturales, sus pensamientos.

—Mark me ha amenazado con despedirme si vuelve a producirse un «episodio» de ese tipo —pronunció la palabra «episodio» como si estuviera nombrando algo repugnante.

—En ese aspecto, está ciego como un murciélago, pero tiene buen corazón.

—Lo sé —Meredith asintió—, si no, jamás te lo habría presentado.

Susan se reclinó en la silla con la copa de vino en la mano y bebió lentamente.

—Pero me gustaría llevarme mejor con Kelsey.

También a Meredith. Sabía que le estaba pasando algo que se estaba perdiendo. Que todos desconocían.

Pensaba de vez en cuando en ello y era algo que la estaba volviendo loca.

—Ya se acostumbrará a ti —era lo único que podía decirle.

—¿De verdad lo crees?

Oh, no. Susan le estaba dirigiendo aquella mirada; quería que le dijera la verdad.

—Creo que es posible —contestó Meredith lentamente, intentando separar completamente lo que pensaba y lo que sentía.

—Yo estoy dispuesta a hacer lo que haga falta.

Sí, porque Mark significaba mucho para ella. Que era, exactamente, lo que Meredith quería para su amiga. Pero entonces, ¿por qué saberlo le producía tristeza y no alegría? Sería su propia situación la que la deprimía. Y si era así, tendría que hacer algo para cambiarla. Y pronto.

—¿Quieres ir a tomar un helado?

—¿De pastel de plátano?

La primera vez que habían compartido aquel sabor, todavía estaban en el instituto.

—Podríamos llevarle uno a Mark —si aparecían en su casa llevándole uno de sus helados favoritos, a lo mejor dejaba de desagradarle tanto.

—A Kelsey le encanta el de chocolate —dijo Susan.

—¿Lo ves? Ya estás aprendiendo a complacerla —empezó a quitar la mesa y, entre las dos, lavaron rápidamente los platos.

—Lo único que hace falta es prestar atención a esos pequeños detalles cuando estés con ella —le aseguró Meredith a su amiga mientras cruzaban la ciudad en el BMW plateado de Susan—. Kelsey es como todo el mundo, sólo necesita saber que la quieren.

—¿Te ha contado Mark que no ha querido ir a casa de su mejor

amiga esta tarde? Él ya había quedado con la madre de la niña y ha tenido que llamar para cancelar la cita.

—Últimamente Mark y yo no nos llevamos demasiado bien —dijo Meredith lentamente, pensando en Kelsey—. ¿Se ha peleado con Lucy?

—Aparentemente no.

—Le dije a Mark que no me importaría quedarme alguna noche o algún fin de semana con Kelsey, para que podáis pasar más tiempo a solas —añadió Meredith, intentando analizar sus propios sentimientos mientras hablaba—. A lo mejor podría quedarme con ella este fin de semana. ¿Crees que podrías inventar algún plan que pueda apetecerle a Mark?

—Quieres quedarte a solas con ella.

—Es una niña que me gusta.

—Estás preocupada y quieres ver si puedes averiguar algo.

Meredith no contestó. No tenía la menor idea de qué le pasaba a Kelsey Shepherd, y tampoco si había algo que justificara la sensación de que debía prestarle una atención especial. No sabía si estaba reaccionando de manera exagerada a todo lo sucedido durante los últimos días o si realmente la estaba guiando su intuición.

—Intentaré hacer algo para que os quedéis a solas —dijo Susan, y pisó el acelerador.

Capítulo cinco

—Creo que quiero quedarme con ella, Don.

Barbie Shepherd permanecía desnuda en brazos de su amante, esperando que éste no se enfadara y se quedara con ella hasta que se hubiera quedado dormida. Odiaba las noches. La oscuridad. La soledad...

—¿Quedarte con quién?

—Con Kelsey.

Cada vez que pensaba en los cuatro últimos días que su hija había estado en aquella casa, se sentía bien. Una vez que Kelsey había conocido a Don, y, lo más importante, que Don la había conocido a ella, no podría volver a ser feliz sin saberse una verdadera madre.

—¿Quieres decir que quieres que viva con nosotros?

—Exacto.

—A mí me parece bien.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Claro.

Don inclinó la cabeza y lamió su seno, haciéndole cosquillas con la barba. Después se sentó y alargó la mano hacia los cigarrillos que dejaba siempre en la mesilla.

—Soy su madre, tengo mis derechos.

—Por supuesto que los tienes. Fuiste tú la que la llevaste en tu vientre durante nueve meses —contestó Don tras encenderse el cigarrillo. Deslizó una mano lentamente por sus senos y su vientre—. Tú le diste a luz...

—Y la amamanté y la cuidé durante sus primeros cinco años de vida.

—Los niños sirven para muchas cosas —continuó Don—. Puede ayudarte en casa.

Barbie no había pensado en eso. Kelsey todavía era demasiado pequeña como para poder ayudarla. Pero no le importaba. A ella le encantaría cuidar de su hija. Aun así...

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —preguntó.

Don apagó la colilla del cigarrillo en el cenicero y buscó su trasero.

—Consigue un abogado.

—¿Podemos permitirnoslo?

—Puedes conseguir un abogado gratis —era la mejor noticia que podía haberle dado. Ella pensaba que la parte legal sería la más complicada—. El estado puede proporcionártelo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

E, inmediatamente se movió y se colocó de tal manera que Barbie ya no pudo seguir pensando en Kelsey. Don no era como Mark en la cama. Tenía cientos de triquiñuelas, nunca dejaba de sorprenderla y siempre conseguía hacerla llegar al orgasmo. Para Barbie, aquellos momentos eran gloriosos.

Una hora después de terminar las clases, Meredith se dirigía hacia el aparcamiento del colegio, que estaba desierto. Todavía era miércoles y ya estaba agotada y deseando que llegara el fin de semana; cuarenta y ocho horas de anonimato, baños calientes, buenos libros y poca responsabilidad.

Sus alumnos, ya fuera porque percibieran su tensión o porque la llevaran incorporada de sus propias casas, también habían estado muy inquietos. No paraban de hablar y les costaba mantener la continuidad en el trabajo. Aquella tarde, durante la clase, Erin había tropezado cerca de la mesa de Meredith y, como resultado, ésta llevaba una mancha de pintura roja en la blusa de seda blanca que se había puesto aquel día con unos pantalones negros.

—Señorita Foster, ¿podría hablar con usted?

Meredith alzó la mirada bruscamente y se detuvo. Por supuesto, se había fijado en aquella furgoneta; lo suficiente como para saber que estaba allí, pero no tanto como para ver que llevaba el logotipo de la televisión local de Tulsa, o como para ver a las dos personas que acababan de salir de ella.

—Nos gustaría hacerle un par de preguntas. Tenemos mucho interés en el editorial que publicó el lunes *La República*. Tenemos entendido que el periódico no se puso en contacto con usted, ¿es eso cierto?

Meredith miró a la periodista, una mujer morena que debía de tener su edad, y se preguntó si le gustaría su trabajo.

—Tenemos una cinta grabada del señor Barnett —dijo la mujer, mirándola con algo parecido a la compasión—. Mi productor está dispuesto a emitirla, pero yo he insistido en que usted también tiene derecho a ser escuchada.

Meredith permaneció donde estaba, con las llaves en la mano, intentando analizar la situación. Por supuesto, en aquel momento no tenía sus sentidos alerta, pero creía que aquella mujer estaba siendo sincera.

La periodista dejó caer el micrófono.

—Sus declaraciones han sido brutales —dijo—. Me gustaría saber qué tiene usted que decir.

Meredith miró hacia el colegio. Mark la mataría si decía algo.

¿Y si no lo decía? En cualquier caso, iban a crucificarla públicamente. Y nadie iba a salir en su defensa.

—¿Qué quiere saber?

Se arrepentía de sus palabras a medida que iba pronunciándolas. Sabía que iba a tener que pasar por un infierno. Pero, al mismo tiempo, se sentía mejor. Ella no había hecho nada malo, no tenía nada de lo que avergonzarse. A diferencia de Larry Barnett.

—¿Usted le dijo a la señora Barnett que su ex marido estaba

maltratando a su hijo?

Meredith volvió a mirar hacia el colegio. Aquélla era su última oportunidad de alejarse.

Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Para dejar que aquel hombre la acusara sin intentar siquiera defenderse?

—Si no le ofrece a la gente otro punto de vista, no podrá culparlos de lo que piensen.

—Lo que le dije a la señora Barnett fue que sospechaba que su padre estaba infligiéndole algún tipo de maltrato emocional a su hijo.

—Sospechaba —repitió la periodista acercándose con el micrófono mientras la cámara la enfocaba.

—Pero no tiene pruebas.

—No.

—¿Y qué la hizo sospechar?

Era una pregunta cargada de curiosidad, no encerraba ninguna acusación. Y estaban ofreciéndole la oportunidad de ser oída, que era mucho más de lo que esperaba.

«Dame fuerzas», le pidió a la fuente invisible de su intuición, como había hecho en numerosas ocasiones durante las últimas dos semanas.

—Tommy es uno de mis alumnos. Procuero escucharlo como escucho a todos los demás.

La periodista la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Entonces fue Tommy el que se lo dijo? —preguntó como si intuyera que allí podía haber un gran reportaje.

—No —Meredith odiaba desilusionarla—. Pero cada vez que se mencionaba a su padre, yo sentía una extraña agitación.

—Así que sentía una agitación extraña.

Meredith asintió.

—¿Y llegó a esa conclusión basándose únicamente en ese sentimiento?

Era el mismo razonamiento que había hecho Mark. Y, probablemente, el mismo que haría toda la población de Bartlesville. Meredith estuvo a punto de renunciar. Pero, si no se defendía ella misma públicamente, ¿quién lo haría? ¿Cómo podía tener nadie la oportunidad de creerla, de apoyarla, si no conocía su punto de vista?

—Tengo corazonadas —le aclaró—. Y a veces puedo llegar a sentir lo que sienten los demás.

—Así que está diciéndome que es adivina.

—No, yo no puedo hacer predicciones ni adivinar secretos, pero a veces puedo sentir lo que sienten los demás.

—¿Y yo qué estoy sintiendo ahora?

—No lo sé —no quería saberlo. Lo único que quería era irse a casa. Llorar, quizá. Darse un baño caliente.

—¿Y qué siente él?

—No sé... —miró hacia el cámara y bajó la guardia sin pretenderlo—. Bueno —dijo, inclinando ligeramente la cabeza—, está sintiendo algo agradable. Parece satisfecho. Supongo que está teniendo pensamientos que en este momento están completamente fuera de lugar sobre algo o alguien y está disfrutando con ellos.

El cámara bajó su equipo y Meredith pudo mirarlo a los ojos. No sabía si había sido ella el objeto de sus pensamientos y tampoco si éstos eran de naturaleza sexual o más espiritual, pero estaba segura de que lo había atrapado.

La periodista rió incómoda.

—¿No ha pensado nunca en trabajar con la policía?

La periodista la creía.

—No —Meredith sonrió y miró a la cámara—. Soy profesora, no periodista. Y no me considero nada especial. Todo el mundo puede hacer lo que hago yo —explicó, citando algunos libros que había leído—. Mis sentidos están más desarrollados en ese aspecto, pero, concentrándonos, todos podemos sintonizar con la energía y los sentimientos de los demás.

—Vaya, me gustaría oír más al respecto, pero, desgraciadamente, no tenemos tiempo. Les habla Angela Liddy, de los informativos de KNLD —apagó el micrófono y le hizo un gesto al cámara, que bajó el equipo y se volvió hacia la furgoneta—. Gracias —le dijo a Meredith—. No sé si servirá de mucho, pero me alegro de contar con las dos versiones.

Meredith esperaba poder alegrarse ella también y no terminar arrepintiéndose de lo que había hecho.

—¿Cuándo se emitirá?

—Esta misma noche si llegamos a tiempo. En caso contrario, mañana por la mañana.

Meredith abrió su coche y dejó el bolso en el suelo, detrás del asiento del conductor.

—Probablemente no debería decírselo —le advirtió Angela, hablando en voz baja mientras se detenía a lado de su coche—, pero debería saber que Larry Barnett está decidido a hacerle perder su trabajo.

Sí, Meredith ya se lo imaginaba.

—Supongo que hace falta algo más que mi conversación con su esposa para que me despidan —le dijo—. Tengo mis derechos.

—Y él tiene el poder —replicó la periodista—. Si yo estuviera en su lugar, tendría cuidado.

¿Y eso qué quería decir? ¿Qué no debería hablar con la prensa? ¿Qué no debería sentir? ¿Qué no debería ser ella misma? ¿Y cómo diablos iba a hacer eso?

El viernes por la noche, Mark estaba en la cama con la televisión encendida, viendo las noticias e intentando conciliar el sueño. Y el corazón se le cayó a los pies cuando oyó la introducción de un nuevo bloque de noticias. Inmediatamente subió el volumen con el mando a distancia.

De modo que Meredith había hecho aquella maldita entrevista. Ya era suficientemente malo que Barnett hubiera difundido la noticia en

los medios de comunicación como para que Meredith tuviera que alimentar también aquel frenesí. ¿Acaso había perdido el juicio?

Desde luego, de una cosa estaba seguro: lo estaba volviendo loco. Estaba furioso. E iba a tener que despedirla si no quería terminar retorciéndole el cuello.

Pero de momento, se encontraba de pie en su dormitorio, esperando a que terminaran los anuncios y devorado por la impaciencia. Él había hecho todo lo que había podido por Meredith, pero ella no había querido escucharlo. No podía hacer nada más. No iba a poder evitar que se quedara sin empleo.

—Buenas noches, apreciados telespectadores —estaba diciendo en aquel momento el presentador del informativo—. Hoy hemos estado en Bartlesville, donde cuentan con una curiosa adivina.

Mark inclinó la cabeza. No era capaz de mirar. En primer lugar, ofrecieron la entrevista con Barnett que estuvo impresionante; aquel hombre sería capaz de convencer a un jurado de que dejara en libertad a un violador en serie. Y allí estaba, con la única misión de destrozar la credibilidad de una relativamente indefensa profesora de tercer grado.

—Me duele decir esto, pero creo que Meredith Foster necesita cuidados psiquiátricos —declaró Barnett en tono compasivo—. Sé que es inofensiva, pero no sé si podemos confiarle a nuestros hijos...

¡Tonterías! ¡Sandeces! Mark paseaba nervioso por la habitación. Barnett estuvo hablando de otras ocasiones en las que Meredith había transmitido a los padres su preocupación por los niños haciéndola parecer una lunática.

¿De dónde habría sacado aquella información?

Mark le había dicho a Meredith en muchas ocasiones que lo dejara. Le había advertido que podría terminar pasando algo así. ¿Y le había hecho caso? No. Pero si se lo hubiera hecho, ¿Amber Walker estaría viva a esas alturas o habría muerto?

Barnett estaba citando estadísticas sobre el número de personas

encerradas en psiquiátricos y en prisiones que creían tener poderes psíquicos. A Mark lo sorprendió el porcentaje.

Y, de pronto, apareció Meredith en la pantalla, con los sólidos ladrillos de la escuela a su espalda, ofreciéndole respuestas sensatas e inteligentes a la periodista.

Sensatas e inteligentes, dos rasgos que Mark le reconocía.

Pero aun así, se había equivocado en aquel caso. Se había equivocado al hablar basándose únicamente en su intuición. Se equivocaba al creer que podía ver en el interior de los demás y saber cuándo necesitaban ayuda. Aunque eso no quería decir que no fuera una mujer inteligente y buena.

Y... alargó la mano hacia el teléfono y la llamó.

—¿Diga?

—Has concedido esa maldita entrevista.

—¿Mark?

Sólo entonces Mark se dio cuenta de que estaba en medio del dormitorio, en pijama.

—Lo siento —dijo inmediatamente, y miró el reloj—. Me había olvidado de que era tan tarde.

—Sólo son las diez, todavía estoy levantada.

—¿Has visto las noticias?

—No.

—Pues has salido en ella.

—Ya lo sé.

—¿Y por qué no las has visto?

—Nunca veo los informativos.

—Ah, es cierto, son deprimentes.

—Y, sobre todo, no quería ver a Larry Barnett destrozándome. Al fin y al cabo, ¿de qué iba a servirme?

De nada. Por lo menos de nada productivo. Cualquiera otra persona habría visto el informativo. Desde luego, él lo habría hecho.

—Bueno, ¿me ha destrozado? —quiso saber Meredith.

—Sí —contestó, enfureciéndose otra vez al pensar en la entrevista de Barnett—. Pero después has aparecido tú, y parecías completamente cuerda.

—Sí, bueno, es que lo estoy —se echó a reír.

Quince minutos atrás, él estaba dispuesto a despedirla.

—Te lo tomas todo con mucha calma, ¿verdad?

—Lo intento.

—Yo también lo intento, pero parece que a ti se te da mucho mejor, ¿cuál es el secreto?

—Vivo sola —bromeó—, y escondo muchas cosas.

Se interrumpió y Mark se preguntó si no estaría siendo demasiado transparente; si no estaría exponiéndose demasiado y dejando que Meredith supiera que, en aquel momento, la admiraba.

Esperaba que no. Tenía que colgar inmediatamente. De hecho, no debería haber llamado.

—Yo sólo sé que hay algunas cosas que soy capaz de controlar —dijo Meredith al cabo de unos segundos—. Intento concentrarme en ellas e ignorar todo lo demás. Son todas esas otras cosas las que nos hacen enloquecer cuando, en realidad, no podemos hacer nada para cambiarlas.

Mark intentaría pensar en ello.

—Y, mientras estamos tan preocupados pensando en cosas sobre las que no tenemos ningún control, perdemos la oportunidad de tomar decisiones sobre cosas que sí nos pueden ayudar a cambiar.

—¿Siempre te pones tan filosófica a estas horas de la noche? —preguntó Mark.

Temía todo aquello que no estaba controlando en aquel momento; temía que Meredith pudiera llegar a adivinar que quería que aquella conversación continuara, que le sentaba bien oír su voz. Que aunque no creía en sus supuestos poderes, confiaba en su manera de ver las cosas. Y que lo hacía sentirse seguro.

—Yo me pongo filosófica a todas horas —contestó riendo—, pero

normalmente sólo me torturo a mí misma.

Mark necesitaba llamar a Susan. Inmediatamente. Antes de que sus pensamientos se adentraran en un territorio que pusiera en evidencia su propia cordura. Había algunos rasgos de Meredith Foster que admiraba, eso era todo. No quería continuar hablando por teléfono con ella, ni pensar en qué aspecto tendría a aquellas horas de la noche. Aquello no era asunto suyo.

Susan había tenido que ir al hospital aquella noche. A lo mejor todavía estaba despierta y estaba dispuesta a salir a tomar una copa.

—Bueno, perdona que te haya llamado tan tarde —le dijo—. Sólo quería decirte que has hecho un gran trabajo —aunque no esperaba que nada de lo que había dicho pudiera tener efecto en Larry Barnett.

—Eh, no te disculpes. Agradezco mucho el comentario, sobre todo viniendo de ti.

Mark sonrió. Era agradable complacer a alguien.

—De acuerdo, nos veremos mañana.

—Muy bien, buenas noches.

Meredith colgó antes de que hubiera podido desearle que durmiera bien. Mark marcó entonces rápidamente el teléfono de Susan. Acababa de aprender una lección: jamás debía llamar a una profesora a aquellas horas de la noche. Porque, a partir de las ocho, se transformaban en seres muy misteriosos. O quizá fuera él el que se había transformado.

Capítulo seis

—¡Shsssss, Kelsey!

Kelsey miró a Josie mientras ambas cruzaban el parque tomando un atajo para ir a casa de Josie después de salir del colegio el jueves por la tarde.

—Yo pensaba que sólo ibas los viernes —dijo Josie, mirando hacia los arbustos.

—Y sólo voy los viernes —contestó Kelsey, mirando también ella hacia los arbustos desde los que volverían a llamarla si no cambiaba de dirección.

Y no era que no quisiera ver a su madre, pero no quería dejar a Josie. Y no podía sacarse a aquel tipo, Don, de la cabeza.

—Íbamos a jugar a los *Sims*.

Josie era como Kelsey, sólo un poco más alta. Así que, aunque Kelsey le hablara del novio de su madre, entre las dos no serían capaces de proteger a su madre en el caso de que Don intentara hacerle algún daño.

—Ya lo sé —dijo, intentando pensar en aquel juego de ordenador en el que uno podía inventarse su propia familia.

—¡Eh, Kelsey! —volvieron a llamarla.

—Dile que ya la verás mañana —le recomendó Josie—. Ya le he dicho a mi madre que íbamos a ir al parque y después iríamos a casa.

Y había algo más. Kelsey había hecho que Josie le mintiera a su madre diciéndole que la primera ayudaba en secreto a una profesora los viernes por la noche para, de esa manera, reunir el dinero que necesitaba para hacerle un regalo a Mark el Día del Padre. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer cuando llegara aquella fecha, o de si

la madre de Josie llegaría a decir algo.

—¡Keelsseeyyy! —volvió a llamarla su madre.

Kelsey no sabía qué hacer.

—Me da miedo decirle que no —le dijo a Josie—, ¿y si después no quiere volver a verme?

—Sí, me había olvidado de que se enfada muy fácilmente —contestó su amiga—. Bueno —suspiró—, supongo que será mejor que te vayas.

Kelsey abrazó a su mejor amiga y salió corriendo.

—Dile a tu madre que estoy ayudando a Jennifer con un problema de matemáticas. Estaré en tu casa a las cuatro.

—¿Puedo hablar un momento con usted, señorita Foster?

Meredith se volvió de la pizarra en la que estaba escribiendo la fecha del día siguiente y el menú del almuerzo y le sonrió a la mujer que estaba en la puerta.

—Por supuesto, señora Hamilton, pase.

Bonnie Hamilton era la madre de Eric, participaba en todas las fiestas que se hacían en la escuela y preparaba unas galletas deliciosas.

—Siento molestarla a estas horas, sé que debe de estar cansada, pero Eric está con los *boy scouts* los jueves y quería hablar con usted a solas.

—Por supuesto. Normalmente, me quedo cerca de una hora en el colegio después de las clases precisamente para esto —le dijo a la señora Hamilton.

El padre de Eric era granjero; doblaba en edad a su esposa y era evidente que la adoraba, al igual que ella a él.

Meredith sonrió mientras intentaba pensar qué problema podía haber tenido Eric, pero no se le ocurrió ninguno.

—¿Qué ocurre? —preguntó por fin.

—Bueno, es sólo que... no sé cómo decirlo.

La mujer bajó la mirada y a Meredith le dio un vuelco el

estómago. Si la familia de Eric había decidido sacarlo del colegio, pronto lo seguirían otros niños.

—Bueno, yo he descubierto que la mejor manera de hacerlo es diciéndolo —contestó mientras iba preparándose para mostrarle su apoyo en lo que fuera, a concentrarse en lo que podía ser mejor para Eric.

Bonnie alzó la mirada.

—Necesito su ayuda.

Aquello sonaba tan terrible... A no ser que tuviera que ayudarla a convencer a Roy Hamilton de que dejara a su hijo en el colegio.

—Necesito saber si voy a tener o no otro bebé.

Meredith retrocedió.

—¿Perdón?

—Necesito que adivine si voy a tener otro hijo —contestó, mirándola con ojos suplicantes—. No debería pedírselo, pero estoy desesperada, señorita Foster. Deseo tanto tener un hijo que, prácticamente, no pienso en otra cosa.

—¿El médico qué le ha dicho? —le preguntó Meredith, aunque lo único que le apetecía en aquel momento era agarrar el bolso y marcharse.

—El médico no me ha dicho nada, ¿por qué?

—Porque entiendo que ésta es una pregunta que debería hacerle a su médico.

—Oh —Bonnie negó con la cabeza—. No, estoy segura de que yo estoy bien. El problema es Roy. Dice que es demasiado viejo para pasar por todo eso otra vez. Pero sólo tiene cuarenta y cinco años, señorita Foster, y estoy segura de que en cuanto tenga a nuestro bebé en brazos, estará tan contento como yo.

—Bonnie —la tuteó Meredith, sintiéndose en aquel momento infinitamente mayor que ella—, soy la profesora de tu hijo, no una psicóloga. No puedo darte ningún consejo sobre tu situación.

—¡Pero tiene que hacerlo! La vi en las noticias ayer por la noche y

comprendí que había aparecido en televisión por una razón; me estaba enviando un mensaje para que viniera en busca de una respuesta. Estoy a punto de dejar de tomar la píldora.

—¿Y qué ha dicho tu marido? —preguntó Meredith, concentrándose en no perder la calma.

—No se lo he dicho. Ésa es precisamente la cuestión. Necesito saber si debería dejar de tomar la píldora y decirle que ha sido un accidente.

Aquella mujer necesitaba ayuda psicológica. O, por lo menos, madurar un poco.

—Sé que puede hacer esto por mí, señorita Foster. Míreme y dígame lo que ve.

—No es que no quiera ayudarte —dijo Meredith lentamente—, es que no puedo. No soy adivina y no tengo manera de conocer tu futuro.

—Pero anoche dijo...

—Eso es algo que sólo me ocurre a veces. A veces puedo sentir lo que sienten los demás.

—Entonces sienta a Roy —contestó rápidamente la otra mujer—, dígame si se divorciará de mí si descubre que lo he engañado.

—No puedo, Bonnie. Lo siento, pero no puedo invadir de esa manera la intimidad de tu marido.

Se había prometido a sí misma no inmiscuirse en la intimidad de nadie sin contar con su voluntad.

—No lo comprendo —replicó Bonnie—, estaba segura de que usted era mi respuesta.

—Me gustaría poder ayudar.

Bonnie se levantó.

—Bueno, gracias de todas formas.

Meredith asintió; estaba demasiado cansada para acompañarla hasta la puerta. Y continuaba agotada media hora más tarde, cuando llegó a casa y encontró doce mensajes en el contestador de personas

que querían hacerle consultas similares para poder tomar una decisión.

Doce mensajes, que eran todos los que aceptaba su contestador.

En aquel momento, Meredith no se sentía como una profesora. Se sentía como un monstruo.

El viernes por la tarde, Mark se acercó a la clase de Meredith. Permaneció en la puerta cerca de un minuto, observándola colgar un montón de coloridos dibujos en el tablón de la clase. No estaba mal el efecto.

Y tampoco estaban nada mal las piernas de Meredith. Unas piernas largas, delgadas, que asomaban por debajo de la falda vaquera que llevaba con una blusa de color amarillo, un contraste perfecto para su melena pelirroja, que caía como una cascada por su espalda.

—Oh, señor Shepherd, no lo había visto —dijo al volverse.

Mark se sacudió mentalmente.

—Debería haber dicho algo.

Pero no eso. Porque con aquella frase estaba dando a entender que llevaba el tiempo suficiente como para haber anunciado su presencia.

—Estaba colgando estos dibujos —le comentó Meredith sin mirarlo a los ojos—. ¿Ha habido algún problema?

—No, la verdad es que no. Sólo quería que supieras que casi todas las llamadas que hemos recibido a partir de tu aparición en televisión han sido para mostrarte su apoyo.

—Gracias.

—¿Y tú? ¿Has recibido alguna respuesta?

—Alguna —contestó, cruzándose de brazos—. Me han hecho algunos comentarios, pero creo que más por haberme visto en la televisión que por lo que he dicho.

—Llevas mucho tiempo trabajando en este colegio. La gente te conoce y te respeta.

Él también, pero, en tanto que su jefe, estaba en una situación más delicada. Fuera cual fuera la motivación de Meredith, no podía permitir que se saltara las normas o irritara a los padres.

—Así que todo lo demás ha estado tranquilo.

—Sí, bastante tranquilo.

Pero no del todo. Mark se preguntaba qué querría decir eso. Le habría gustado insistir, pero la conocía suficientemente bien como para saber que no serviría de nada.

—Yo... eh... —entró en el aula y cerró la puerta tras él—, quería asegurarme de que estás de acuerdo con los planes que hemos hecho para este fin de semana. Todavía no es demasiado tarde para cambiarlos, así que, si decides que no quieres quedarte con Kelsey —Meredith permanecía frente al tablón, preciosa y, de alguna manera, indefensa rodeada de todas aquellas obras de arte realizadas por pequeños de cuatro años—. Si prefieres no...

—No se me ocurre nada que me apetezca más que pasar el fin de semana con Kelsey —contestó ella con voz fuerte y clara.

Mark se meció sobre los talones y hundió las manos en los bolsillos del pantalón, intentando no sentirse demasiado complacido, y aliviado, por su respuesta.

—Ella también lo está deseando —le dijo. Todavía no estaba preparado para dar media vuelta y salir de allí—, y yo te estoy muy agradecido.

—Lo comprendo —sonrió—. Susan y tú tenéis derecho a pasar algún tiempo a solas. Espero que disfrutéis de una gran noche.

Y también él. Pero no era eso lo que quería decirle.

—Lo que agradezco es que alguien comparta mi entusiasmo por pasar tiempo con mi hija —le aclaró, aunque suponía que habría sido mejor ahorrarse aquel ejercicio de sinceridad.

—A Susan le encanta estar con ella.

—Susan la quiere —la corrigió—. Y le encantaría llevarse bien con ella. Pero Kelsey le está haciendo las cosas suficientemente difíciles

como para que se sienta incómoda en su compañía. Yo tampoco estaría muy contento con ella si se comportara siempre como cuando está Susan en casa.

—Ya cambiará.

—Lo sé —contaba con ello—. Pero, mientras tanto, es una suerte poder contar con otra persona que la quiere y frente a la que Kelsey responde.

Meredith asintió y sonrió. Fue una sonrisa real, que alcanzó sus ojos. Y consiguió conmovirlo.

—No puedo ni imaginarme lo duro que tiene que ser educar a una hija uno solo.

Mark se encogió de hombros y sonrió.

—A veces no es duro en absoluto —volvió a ponerse serio—. Y a veces, sobre todo últimamente, es como estar en una habitación desconocida completamente a oscuras. Nunca sabes cuándo vas a tropezar, cuándo vas a tirar algo o cuándo te puedes caer.

—Supongo que entonces es como la enseñanza —se acercó a él—. ¿Al principio su madre participaba de forma activa en su educación?

—Mucho —le contestó—. Kelsey era su vida. Jamás la dejaba con nadie. En parte, ésa es una de las razones por las que me sorprendió tanto que nos abandonara.

—Susan me ha comentado que ni siquiera intentó compartir la custodia.

—No —sacudió la cabeza mientras retrocedía mentalmente a aquella época de incredulidad y confusión que había seguido a la marcha de Barbie—. Y nunca ha hecho nada para verla otra vez.

—Es extraño en una mujer que la quería tanto.

Sí, bueno, Barbie había tenido problemas.

—En cualquier caso, quería pedirte que... —empezó de nuevo—. Mira, si Kelsey dice algo que sugiera que no estoy haciendo las cosas como debería, por favor, házmelo saber.

—Mark, eres un buen padre —le contestó con sinceridad—. Y no

creo que vaya mucho más allá de contarme el chico que le gusta a Josie o lo mucho que desea que le compres algo. Pero si lo hace, te lo diré.

—No te estoy pidiendo que traiciones sus confidencias.

—Eh —lo interrumpió Meredith—. Soy profesora, ¿recuerdas? Sé lo estrecha que es esa frontera cuando nos estamos preocupando de los hijos de los demás y, al mismo tiempo, contamos con la confianza de esos niños. Si Kelsey me dice que le gusta alguien, no te diré nada. Pero si me cuenta algo que tú necesites saber para mantenerla a salvo y feliz, te lo contaré inmediatamente. Su bienestar es lo primero. Siempre.

Debía marcharse, se dijo Mark. Ya había dicho prácticamente todo lo que había ido a decir.

—Y... eh, ya sabes, esas cosas de mujeres... —inclinó la cabeza e intentó aparentar despreocupación.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, esta semana me ha dicho que ya es mayor y que hablaba de cosas de mujeres. Bueno, sólo quería que supieras que, si te pregunta, puedes contestarle sinceramente.

Meredith estalló en carcajadas. Y Mark también sonrió.

—¿Me estás intentando preguntar que si conozco las respuestas, Shepherd?

—No, por supuesto que no —le aseguró rápidamente. Y añadió—: Bueno, quizá. Lo cual es completamente ridículo teniendo en cuenta que te pasas el día con treinta niños curiosos.

—Los niños de tercer grado no suelen estar tan interesados en la reproducción —le contestó—. Y tampoco creo que Kelsey lo esté. Pero si me pregunta algo, creo que seré capaz de acordarme de lo que me contó mi madre, aunque hayan pasado tantos años.

Por si su tono de voz no dejaba suficientemente claro que estaba bromeando, acompañó sus palabras con una sonrisa. Mark estaba intentando ser sensato, responsable, y ella se reía de él.

Probablemente debería sentirse ofendido.

—No te preocupes, Mark —le dijo Meredith antes de que Mark hubiera podido decidir cómo responder—. Si Kelsey me hace alguna pregunta sobre su cuerpo, la contestaré y después te contaré lo que le he dicho.

—Gracias —le agradeció Mark.

No podía dejar de mirarla a los ojos.

—De nada.

El sonido de voces en el pasillo los sobresaltó. Meredith miró hacia la puerta en el momento en el que ésta se abría y un tropel de niños de ocho años regresaba de la clase de lectura y ocupaba el aula haciendo tanto ruido que Mark casi pudo convencerse de que no había pasado por un momento especialmente peligroso.

Casi, pero no del todo.

—¿Kelsey?

Barbie miraba por la ventanilla del coche los árboles rebosantes de brotes y creía en la felicidad. Adoraba aquella época del año en la que la vida se mostraba cargada de promesas. Kelsey se acurrucó contra ella.

—¿Sabes una cosa?

Ya no le resultaba tan fácil leer en los ojos de su hija como cuando tenía cinco años. O dos. Pero aun así, cuando Kelsey alzó la cabeza hacia ella, pudo ver el amor que reflejaban los ojos de su pequeña.

—Siento lo de ayer —le dijo—. Siento haberte separado de tu amiga.

—No te preocupes —respondió Kelsey—, con ella puedo estar todos los días.

—Y siento haberme puesto de mal humor.

—Y yo siento no haber querido ir a tu casa, mamá. La próxima semana iré, te lo prometo.

—No te preocupes, cariño. Todavía no conoces bien a Don, pero cuando lo conozcas, te darás cuenta de que es el mejor. Te tratará

como a una reina.

Don era muy bueno con ella. La comprendía. Cuando estaba hundida, la ayudaba a remontar sin hacerla sentirse una fracasada.

—Estoy pensando en ir a ver a un abogado —comentó nerviosa—. ¿Qué te parecería que pudiéramos volver a estar juntas de manera legal?

Kelsey retrocedió.

—¿Y papá?

Barbie estuvo a punto de perder el control. Tuvo que contar hasta diez y pensar en los árboles para no contestar bruscamente a su hija. Era el efecto de pensar en Mark. Aquel hombre no debería haber renunciado a ella. Todo aquello era culpa suya.

Pero Don decía que no podría conseguir la custodia de la niña si Mark no la dejaba marchar, y en eso tenía razón.

—Seguirás viviendo con él, por supuesto.

—¿Y podré verte siempre que quiera?

—Sí —el corazón le latía a toda velocidad, con una sensación casi de euforia.

—¿Y papá me dejará ir a verte?

—De eso es de lo que tiene que encargarse el abogado. De llegar a un acuerdo con el que todo el mundo esté satisfecho.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Oh, mamá, me encantaría —Kelsey la abrazó—. De verdad, me encantaría.

—Entonces, lo haremos.

Y que Mark Shepherd se fuera al infierno.

Capítulo siete

Meredith iba sentada al volante de su coche, conduciendo despacio. Llevaba la capota bajada y, aunque sabía que jamás la habría bajado si aquello no fuera un sueño, le gustaba sentir la brisa en su rostro acalorado. ¿Por qué tendría tanto calor? Estaban en marzo, no debería tener tanto calor. El interior del coche estaba ardiendo, pero no conseguía encontrar el motivo. Se movía a toda velocidad entre el tráfico, y las curvas de la carretera se hacían cada vez más pronunciadas. Iba alguien en el coche con ella; su madre. Necesitaba ayuda. Meredith alargaba la mano hacia ella, pero no podía alcanzarla. Estaba a su lado, pero no podía alcanzarla.

De pronto, apareció otra curva y se le resbaló una de las manos del volante, lanzándola prácticamente hasta la cuneta. Regresó a la carretera y, una vez superada la curva, miró de nuevo a su madre. Pero ya no estaba ella, sino una niña que necesitaba ayuda. Y estaba esperando a que ella averiguara algo. Meredith no sabía el qué. Quería preguntárselo, pero apareció una nueva curva. Cada vez iba más deprisa. Tanto que apenas podía respirar. Iba a estrellarse. Se preparó para lo que sabía una muerte inminente. Pero entonces apareció una furgoneta delante de ella, a un lado de la carretera. Al pasar a su lado, vio que era su padre el que iba tras el volante. Estaba vivo y necesitaba su ayuda. Ella era la única que podía ayudarlo. La llamó. Su asiento estaba a punto de explotar. Vio que tenía desabrochado el cinturón de seguridad e inmediatamente se lo ató. Pero el clic que hizo al cerrarse no era el de un cinturón, sino el de la habitación de un hotel al abrirse. Había una persona en la puerta, frente a ella. Vio a un niño e intentó a hablar con él, decirle que

llamara al hombre que estaba afeitándose en el cuarto de baño. El niño gritó, pero el adulto no lo oía. Meredith intentó hablar otra vez con el niño, pero éste continuaba sin oírlo. Aparecían entonces los dedos de un hombre a través de la puerta y la abrían todo lo que permitía la cadena de seguridad. Estaba a punto de romper la cadena. Meredith le gritaba al hombre que estaba en el cuarto de baño, pero éste no respondía. La joven tenía la garganta atenazada, no podía moverse. Cuando la puerta se abrió, gritó y gritó hasta dejarse la garganta en carne viva.

La oscuridad fue un alivio. Y saber que estaba viva, en su cama, en su casa. Salva y segura. Aunque no se sintiera ninguna de las dos cosas. El miedo continuaba corriendo por sus venas. La almohada y el camión estaban empapados en sudor. Un sudor caliente y frío al mismo tiempo; así que permaneció allí, con los ojos abiertos.

Tenía que averiguar lo que significaba aquel sueño. No se quedaría tranquila hasta que lo hiciera. ¿Le estaría enviando un mensaje su propia alma? Eso explicaría parte de su sueño, pero no las preguntas sobre su padre. Su padre había sido un hombre firme, pero muy bueno con ella, que había muerto por culpa de una enfermedad de los riñones diez años atrás.

—¿Meredith? —aquella vocecita la sobresaltó.

Ahogó un gemido. Y recordó entonces que no estaba sola. Miró hacia la puerta abierta y pudo distinguir a su invitada en pijama bajo el resplandor de la luna.

—¡Kelsey! Ven conmigo, ¿qué te pasa? ¿Has tenido una pesadilla?

—Creo que no —contestó—, no me acuerdo. Sólo sé que me he despertado asustada y me ha parecido como que te ahogabas.

—Sí, yo también me he despertado —contestó Meredith, consiguiendo esbozar una sonrisa—. Bueno, creo que necesito beber algo.

Alargó la mano hacia la botella que tenía siempre en la mesilla y bebió un largo trago mientras Kelsey se metía en la cama.

—La otra habitación está muy oscura, ¿puedo quedarme contigo?

—Por supuesto. Cuando yo era pequeña, a veces tenía pesadillas terribles —dijo Meredith, deslizándose de nuevo bajo las sábanas—. No me dejaban dormir en la cama de mis padres, pero yo entraba en su habitación a escondidas, me tumbaba en el suelo, al lado de mi madre, y me quedaba dormida.

—¿Tenías hermanos?

—No —Meredith se volvió hacia la niña—, era hija única, como tú.

—¿Y tu madre se enteró alguna vez de que dormías allí?

—En aquella época, yo creía que no —contestó Meredith con una sonrisa—. En realidad, no dormía mucho, porque sabía que tenía que despertarme y volver a mi habitación antes de que ella se despertara —era un recuerdo agri dulce. Meredith había pasado gran parte de su infancia dominada por el miedo—. Pero hace unos años, me dijo que siempre lo había sabido.

—¿Lo sabía?

—Sí, pero no decía nada porque sabía que mi padre me haría volver a mi habitación. Era un hombre muy estricto con las normas.

—Y ella quería que estuvieras a su lado —dijo Kelsey con la voz cargada de veneración.

—Sí.

—Las niñas necesitan a sus madres.

Aquella sencilla frase puso a Meredith en alerta.

—Por supuesto que sí —contestó, abriendo su mente a Kelsey y esperando a ver lo que podía percibir—. Y como las madres son importantes, el mundo nos proporciona toda clase de recursos para conseguir las —continuó diciendo lentamente.

—¿Cómo los abogados? Ayer vi un anuncio que comentaba algo sobre eso.

Kelsey no estaba mintiendo. Meredith sentía que estaba siendo sincera. Y sentía también algo más. Pero ¿qué era? Intentó dejar de

pensar, vaciarse y sentir solamente a la niña, pero continuaban en su mente los efectos residuales de su sueño.

—¿Sobre adopciones, quieres decir?

—No sé. Sólo hablaba de que había que darles a los niños los padres que necesitaban.

—Bueno, ésa es una manera de hacerlo. Pero las niñas que no tienen madre o cuyas madres no viven con ellas, a veces, aunque no sea de forma oficial, son adoptadas por las madres de sus amigas.

—Como la madre de Josie.

—Exacto.

—Pero ella es la madre de Josie, no mi madre, y no es lo mismo. A Josie la regaña, o bromea con ella, pero conmigo siempre es muy buena.

—Entonces, adopta una madre sólo para ti —quizá no fuera la mejor manera de plantearlo, pero, ciertamente, Susan estaría dispuesta a serlo.

—¿Una madre como tú?

Las ganas de abrazar a Kelsey eran tantas que le desgarraban el corazón.

—O a otra —contestó, consciente de que si presionaba demasiado podría hacerle perder a Susan aquella oportunidad.

—Meredith, para mí eres una amiga muy especial y no quiero herir tus sentimientos, pero tú no eres una madre. Tú no tienes hijos.

Y tampoco Susan.

—Pero hay muchas mujeres que no tienen hijos, los adoptan y se convierten en unas madres maravillosas.

—Pero tú no eres de mi familia. Y las madres tienen que ser de la familia.

Meredith se volvió hacia ella en la cama y observó su rostro.

—Has pensado mucho en todo esto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y a qué conclusiones has llegado?

—Lo que más deseo en el mundo es tener una madre.

—Lo sé, cariño —le dijo Meredith, con el corazón desbordante de tristeza.

—¿Y sabes una cosa? —Kelsey bajó la voz hasta convertirla en un suspiro.

—¿Qué?

—¿Me prometes que no se lo dirás a mi padre?

—Creo que sólo puedo hacerte esa promesa siempre y cuando lo que vayas a hacer no sea ilegal o pueda hacerte daño.

—Durante mucho tiempo, he estado deseando tener una madre y rezando todas las noches para conseguirlo. Y gracias a eso, es posible que pronto consiga tener una.

La triste sonrisa de Meredith se perdió en la oscuridad. Susan y Mark tenían el camino despejado. Se sintió aliviada y sinceramente contenta por sus amigos. Pero incómoda al mismo tiempo.

Para una persona como Meredith, la vida nunca era fácil.

Mark subió las escaleras de la casa de Meredith arrojando las llaves y atrapándolas de nuevo con una sonrisa. La vida tenía sus altibajos y nada era perfecto, pero aun así, era suficientemente agradable como para hacer feliz a un hombre.

Prescindiendo del timbre de la puerta, abrió la mosquitera y golpeó la madera con los nudillos. Pero nadie la abrió. Volvió a llamar y miró hacia las ventanas de la casa. ¿Habrían salido a desayunar? La puerta del garaje estaba cerrada, de modo que no había forma de saber si estaba el coche o no.

Una llamada más y Mark estaba a punto de sentarse en el porche. No habían especificado la hora a la que iría a buscar a su hija, pero...

En ese momento se abrió la puerta y distinguió en el oscuro interior unas madejas de pelo que cubrían la mayor parte de un rostro.

—¿Sí? —y antes de que hubiera podido decir una sola palabra,

continuó—. ¡Oh, Dios mío, Mark! ¿Qué estás haciendo aquí?

Meredith continuaba sin abrir la puerta más de unos centímetros.

—Han llamado a Susan para que fuera al hospital. Y como los fines de semana Kelsey nunca se levanta más tarde de las siete, he pensado que podía ahorrarte...

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¿Has dicho las nueve?

—Sí.

Meredith estaba preciosa a aquella hora de la mañana. Y eso que sólo la veía unos centímetros.

—Espera, voy a despertar a Kelsey.

—Probablemente esté delante de tu televisor —le advirtió—. En las raras ocasiones en las que yo continúo durmiendo, no tiene ningún problema para entretenerse sola.

—Ahora está dormida.

—Probablemente no la hayas oído...

—¡Mark! ¿Te importaría dejar de mostrarte tan risueño y parar de hablar?

Así que Meredith tenía un mal despertar. ¿Y por qué no lo sorprendía?

—Sé que todavía está dormida porque está en mi cama. Se ha despertado en medio de la noche y hemos estado un rato despiertas.

La sonrisa de Mark desapareció.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Está enferma? Deberías haberme llamado.

—No, no ha pasado nada. He tenido un ataque de tos que la ha despertado y no podía volver a dormirse. Seguramente porque no estaba en su casa.

—Entonces, ¿está bien? ¿No hay nada que tengas que decirme?

—Nada —contestó Meredith.

Pero Mark estaba deseando que abriera esa maldita puerta para

poder verla.

—Salvo que no creo que sea tan reacia a Susan como tú crees —añadió—. Ayer por la noche estuvo hablándome de lo mucho que las niñas necesitaban tener una madre.

—¿Sacó el tema ella o lo sacaste tú?

—Lo sacó ella.

Mark sacudió la cabeza, alegrándose por una parte al saber que tenía el camino despejado, pero lamentando por otra el haber tenido que enterarse por medio de otra persona.

—Entre nosotros nunca hemos hablado de ese tema —admitió—. Cuando su madre se fue, Kelsey estaba destrozada. Cada vez que yo mencionaba a Barbie, se echaba a llorar, de modo que yo dejé de hablar de ella. Y no ha vuelto a mencionarla nunca más.

—Conociendo a Kelsey, supongo que no quiere herir tus sentimientos.

Sí, aquello parecía propio de Kelsey. Y lo hizo sentirse bien. Alzó la mirada.

—Si de verdad crees que Kelsey está preparada, entonces eso me reafirma en mis planes de pedirle a Susan que se case conmigo.

La puerta se abrió unos centímetros más, aunque Mark continuaba sin poder ver la expresión de Meredith.

—¿Vas a pedirle que se case contigo? Vaya, eso es maravilloso.

—¿Crees que aceptará?

Estaba un poco nervioso y no podía imaginar nada mejor que casarse con Susan. Era la mujer perfecta para él. Práctica, lógica, atractiva. Y, sobre todo, no era víctima de aquellos inexplicables arrebatos que Barbie sufría.

—No lo sé, espero que sí.

Sí, él también lo esperaba. Aunque, si se casaba con Susan, Meredith continuaría formando parte de su vida durante el resto de sus días.

Y, durante el resto del día, estuvo preocupado por aquella

cuestión.

—¿Qué tal te fue con Kelsey?

Aquella pregunta salió de los labios de Susan quince minutos después de que hubiera iniciado su paseo matutino con Meredith, después de que ésta llevara un buen rato intentando desviar la conversación.

—No he conseguido hacerla hablar mucho —le dijo a su amiga—, pero parece estar satisfecha de cómo están yendo las cosas.

Susan se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Y hasta qué punto estás segura de estar percibiendo sus sentimientos?

—Estoy segura en un setenta por ciento.

Habían determinado hacía tiempo que cualquier cosa de la que Meredith estuviera segura en más de un sesenta por ciento, era digna de ser tenida en cuenta.

Meredith se apartó la cola de caballo y se la sujetó en lo alto de la cabeza con un pasador que sacó del bolsillo de la cazadora.

—Y eso fue anoche, cuando yo estaba con su padre —insistió Susan, comenzando a caminar de nuevo.

—Sí.

—¿Me mencionó?

—No hablamos específicamente de ti —respondió Meredith, lamentando la falta de confianza de su amiga—

—Así que podía estar contenta sencillamente porque estaba contigo.

—Susan —Meredith posó la mano en el hombro de su amiga y la hizo volverse para mirarla a los ojos—. Si te preocupas demasiado, lo vas a echar todo a perder. Lo único que tienes que hacer es intentar ser tú y prestarle atención a Kelsey.

—¿Y cómo puedes estar segura de que va a funcionar? —preguntó Susan, mostrando una vulnerabilidad que muy pocas personas le conocían.

—Lo sé en un cincuenta por ciento —contestó, deseando tener una respuesta mejor.

—Lo crees, pero no tienes ninguna corazonada al respecto —tradujo Susan.

Meredith asintió y Susan continuó caminando.

—Ten, Barbie, fuma un poco.

Barbie volvió la cabeza para tomar el cigarro de marihuana que Don le ofrecía. Le dio una larga calada, contuvo la respiración y la soltó lentamente. Esperó después a que le hiciera efecto. No se había movido del sofá desde que se había levantado aquella mañana, ni siquiera se había duchado. Había oído marcharse a James unos minutos antes.

—¿Vas a decirme por qué estás tan decaída?

—No puedo conseguir ayuda legal gratuita —le contestó a Don—, ganas más dinero del límite establecido. Renuncié a mi hija voluntariamente, así que no tengo derecho a esa ayuda.

A Barbie no le importaría morir después de aquello. Había disfrutado de lo mejor de su vida. Ya no esperaba nada.

Don alargó la mano hacia la camiseta para acariciarle un pezón. En realidad, a Barbie no le importaba; si por ella fuera, que hiciera lo que le apeteciera, no iba a excitarse.

Se llevó de nuevo el cigarrillo de marihuana a la boca y le dio otra calada. Don continuaba acariciándola una y otra vez, sin ningún resultado.

Barbie pensó en acercarse a la escuela de Kelsey, pero era domingo por la tarde. No habría nadie allí. Además, tenía miedo de conducir sola. Podía tener un accidente y terminar en la cárcel, el único lugar en el que Barbie sabía que no sobreviviría.

Don la levantó del sofá y le levantó la camiseta, exponiendo su piel al frío de la habitación. Barbie bajó la mirada hacia sus senos, volvió a fumar y lo observó mientras él le lamía los pezones. Pero se acordó de pronto de algo de lo que le habían dicho en el despacho de

abogados y se bajó la camiseta.

Don ni siquiera frunció el ceño. Se limitó a dar otra calada y a reclinarse contra el sofá.

—Nos vendría bien tenerla con nosotros —dijo, casi para sí—, nos haría parecer más respetables. Contrata a un abogado, Barbie. Y asegúrate de encontrar el más barato que puedas.

Barbie alzó inmediatamente la cabeza.

—¿Lo dices de verdad? —la emoción era tal que deseaba llorar.

Don asintió con una sonrisa. Y ella se colocó encima de él.

Capítulo ocho

El martes, Meredith llegó a casa después del trabajo, recogió el correo y frunció el ceño al ver una carta con un remitente desconocido. Abrió lentamente el sobre con la sensación de que su vida estaba a punto de dar un giro. La carta resultó ser de una importante firma de abogados de Tulsa. Meredith la leyó y la dejó después en un cajón de la mesa que tenía en la habitación de invitados, separada de las facturas pendientes.

Se abrazó mentalmente, e imaginándose que se adentraba en una enorme burbuja de algodón, se sirvió una copa de vino, se preparó un baño caliente y se metió en la bañera hasta que llegó la hora de acostarse.

La despertó el teléfono a las seis y media de la mañana.

—Vístete, voy hacia allí.

—¿Mark?

Tenía los ojos tan irritados que apenas podía ver. Después de terminarse el vino la noche anterior, había estado llorando.

—Susan está viniendo hacia mi casa para quedarse con Kelsey y llevarla al colegio.

Meredith se sentó en la cama, intentando ignorar la pesadez de su cabeza. Sabía que no debería beber cuando al día siguiente tenía que ir a trabajar.

—¿Qué ocurre?

—Que no lees el periódico.

Y ése no había sido nunca un motivo para que su jefe fuera a verla a casa antes de las siete de la mañana. Mark no le dijo nada más. Se limitó a darle diez minutos para que se arreglara.

Meredith empleó cinco en preparar la cafetera. Si necesitaba más de los cinco restantes que le quedaban para darse una ducha, Mark Shepherd iba a tener que esperar.

Cuando Meredith le abrió la puerta, su expresión era sombría. Pero Meredith no creía que los dos minutos que le había hecho esperar en la puerta fueran motivo suficiente para tanto enfado.

—¿Quieres un café? —ella ya se había tomado tres tazas y tenía la lengua escaldada por culpa de las prisas.

—Por favor —la acompañó a la cocina.

—¿Cómo lo tomas?

—Sólo y sin azúcar.

Justo como a ella le gustaba.

Meredith le sirvió una taza y la llevó junto a la suya a la mesa. Se sentó. Y entonces ya no hubo nada que pudiera distraerlos.

Mark ignoró el café y abrió el periódico.

—Léelo y después hablaremos.

—¿No puedes contarme lo que dice? —preguntó Meredith, desviando la mirada del periódico.

Evidentemente, no eran buenas noticias. De otro modo habría bastado con una llamada de teléfono.

—En esta ocasión es un artículo corto, no un editorial. Citan también las declaraciones que hiciste para la televisión.

—No me digas más, han tergiversado mis palabras.

Meredith dio un sorbo a su café, rodeando la taza con la mano. Intentó concentrarse en aquel gesto. Y en el ambiente acogedor de su cocina amarilla, en la familiaridad de cuanto la rodeaba.

—Y eso no es lo peor —continuó Mark—. Por lo visto, has recibido una carta.

Meredith se quedó helada.

—Deberías habérmelo comentado —le reprochó Mark.

—La recibí ayer por la noche, justo después del trabajo.

La había leído dos veces y prácticamente había memorizado

aquella maldita carta. Tampoco era difícil; era una carta muy corta.

Estimada señorita Foster:

Le escribo en representación de mi cliente, Lawrence P. Barnett, para solicitar que renuncie inmediatamente a su puesto de trabajo en la escuela elemental Lincoln. Mi cliente considera que un gesto así de su parte serviría para restaurar la confianza que han perdido en el centro muchos miembros de la comunidad. Si opta por no acceder a mi solicitud, nos veremos obligados a procurar el restablecimiento de la reputación de mi cliente por otros medios...

—Así que es cierto —dijo Mark con un suspiro cuando Meredith terminó.

—¿Qué dice el periódico sobre todo esto?

Mark la miró; por primera vez, sus ojos oscuros mostraban compasión.

—Que te ha pedido la renuncia.

—¿Dice también que me amenaza con futuras acciones si no accedo a sus demandas?

—¿Me dejas ver la carta?

Por supuesto que le dejaba, a pesar de que le resultaba difícil, humillante incluso. Fue a buscarla y se la tendió. Mientras él la leía, Meredith enjuagó la cafetera.

—Definitivamente, esto es una amenaza.

—Lo sé —se secó las manos y fue a sentarse con él.

Mark dobló la carta, la metió en el sobre y la miró a los ojos.

—No me gustan las amenazas.

—A mí tampoco —Meredith intentó sonreír—, especialmente cuando van dirigidas contra mí.

—¿Qué pretendes hacer?

—Nada. Tengo un contrato, Mark. No pueden despedirme sin un motivo justificado y sin darme oportunidad de defenderme por mí

misma en el consejo escolar.

—Él no va a renunciar, Meredith.

—Eso también lo sé.

—¿Y crees que será bueno para los niños y para el colegio pasar por todo esto?

Meredith se concentró en respirar. En tomar aire y soltarlo lentamente. Para ella era normal estar en tensión. Pero sabía que si dejaba que la tensión la dominara, no sería capaz de tomar las decisiones que debía.

—Son muchas las cosas que están en juego en esta situación — comenzó a hablar lentamente—. Mi reputación es una de ellas, aunque no sea el factor más importante. Renunciar ahora equivaldría a reconocer mi culpabilidad y no creo que así me resulte fácil acceder a otro puesto de trabajo.

Mark no dijo nada; se dedicaba a dar golpecitos a su taza con el pulgar y parecía completamente concentrado en aquella acción.

—En primer lugar, ¿tú contratarías a alguien que se ha visto obligado a renunciar a su trabajo?

Interpretó el silencio de Mark como un «no».

—En segundo lugar, y tampoco esto es lo más importante, no me parece bien permitir que un matón de su calaña se salga con la suya. Y, tercero, ya sabes lo que está haciendo ese tipo, ¿verdad?

Mark alzó la mirada hacia ella y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no me lo explicas tú?

¿Y por qué él no se limitaba a apoyarla? Pero Mark era Mark, comprendió, él sólo comprendía lo que veía. Y el hecho de que estuviera allí, sentado en la cocina a las siete de la mañana, era una manera de mostrarle su apoyo.

—Y todo este jaleo, Mark, ¿tú crees que un hombre como él dedicaría tanto tiempo y energía a una maestra si no tuviera algo que esconder? Piensa en ello. Ha sacado a su hijo del colegio para que no

pueda tener ninguna influencia en él. Los otros niños le traen sin cuidado. Jamás ha mostrado ninguna preocupación por los niños de este lugar. Dice que quiere defender su reputación, ¡pero ha sido él el que ha hecho público este caso! Si hubiera mantenido la boca cerrada, salvo Ruth Barnett, tú y yo, nadie habría sabido nada de esto.

—Y cualquiera al que su esposa pudiera habérselo dicho. Ella te creyó y él tiene miedo de que pueda investigarlo —dijo Mark lentamente, como si estuviera siguiendo una nueva línea de pensamiento.

—Si no fuera culpable, no le importaría. Podría haberse comportado con discreción y, en el caso de que no se descubriera nada, todo esto habría terminado sin que se hubiera sabido nada. Y si al final se hubiera descubierto que he sido yo la que ha actuado de forma equivocada, terminarían despidiéndome y él podría mostrarse públicamente como una víctima digna de compasión y apoyo.

—¿Qué quieres decir exactamente? —le preguntó Mark, inclinándose hacia delante con los brazos sobre la mesa.

—Está maltratando a su hijo, Mark, estoy segura.

Mark sacudió la cabeza.

—No tienes pruebas, Meredith. Y no puedes continuar haciendo acusaciones de ese tipo sin pruebas.

—Estoy diciéndotelo a ti, no a la prensa.

Necesitaba la ayuda de Mark para conservar su trabajo.

—Si renuncio, Barnett continuará maltratando a su hijo y el próximo artículo que leeremos será sobre el suicidio del pequeño. O sobre su asesinato.

Mark no dijo nada.

—Tengo una cuarta razón.

Mark apretó los labios como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—No me sorprende.

—Soy una buena profesora, Mark, y los resultados de mis alumnos lo demuestran. A los niños no les haría ningún bien que me marchara tan cerca del final de curso.

Mark asintió y Meredith suspiró aliviada por primera vez. Si Mark la apoyaba, podría seguir adelante. Y no sólo porque su puesto de trabajo estuviera en sus manos.

—Se formará un gran escándalo, eso ya lo sé —reconoció—, pero lo habría de todas formas. Así que lo único que tenemos que hacer es minimizarlo, sobre todo en lo que a los niños se refiere.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos?

Se inclinó hacia delante, y también lo hizo él. Su rostro estaba muy cerca, y cuando sintió que la dominaban las ganas de acercarse, Meredith se levantó para llevarse su taza al fregadero.

¿Qué demonios le estaba pasando? Aquel hombre prácticamente estaba comprometido con su mejor amiga. Y era su jefe. ¿Pero era su propia reacción lo único que estaba sintiendo, o también Mark formaba parte de ella? ¿Estaría notando sus sentimientos o, sencillamente, había perdido el juicio?

—No estoy segura de cómo hacerlo —le dijo un tanto temblorosa.

—Creo que tenemos dos opciones.

Meredith se volvió bruscamente hacia él. La voz de Mark procedía justo de detrás de ella. Contuvo la respiración.

—¿Y son?

—O bien responder de la misma forma que él y presentar al periódico los resultados de tus alumnos, tus evaluaciones, y demás o hacer todo lo contrario. Actuar como si todo esto fuera una tontería y no nos preocupara en absoluto.

Meredith comenzó a sentirse mejor. Se acercó junto a Mark hacia la mesa en la que éste había dejado el periódico.

—Después de esto, la gente va a empezar a hablar.

—Pero eso no significa que tengamos que entrar en diálogo con

ellos —parecía de pronto tan convencido que Meredith realmente creyó que podría ir a trabajar y cumplir con su trabajo—. Si tu renuncia equivaldría a reconocer tu culpabilidad, entonces, el hecho de que no renuncies debería tener el efecto contrario.

En un mundo perfecto, sí.

—Creo que deberíamos decirles algo a los niños —le dijo quedamente—. Por lo menos a los de mi clase. Y, probablemente, también a sus padres.

—No me opongo a ello.

—Y creo que tú eres la persona más indicada para hacerlo.

Mark la observó durante largos segundos.

—Déjame pensar en ello.

Por lo menos no le había dicho que no.

—Pero si convoco una reunión, tú también deberías venir.

—De acuerdo.

—Puedo intentar volver esto en contra de Barnett —continuó lentamente, frunciendo el ceño mientras la miraba—. Ese ataque ha sido inexcusable. Pero... —se interrumpió y Meredith supo que no le iba a gustar lo que iba a decirle.

La cercanía de Mark comenzaba a sofocarla. Su aprobación significaba mucho para ella, más incluso de lo que debería.

También eran un asunto delicado sus nuevos sentimientos hacia Mark. Las amenazas de Barnett podrían cumplirse si de pronto comenzaba a sentir algo por su jefe. La política del distrito en cuanto a las relaciones sexuales entre profesores era inflexible.

—No estoy seguro de cómo vamos a poder explicar lo que hiciste al principio. Tenemos que pensar los dos en ello, y reconozco que, en ese aspecto, estoy del lado de Barnett.

—En ese caso, yo me ocuparé de esa parte —dijo rápidamente, antes de que Mark pudiera empezar a arrepentirse.

—Tendrás que hacerlo pronto.

—De acuerdo.

—E intentaré organizar algo con los padres mañana a primera hora, antes de que empiecen las clases.

—Estupendo.

—¿A las seis y media te parece bien?

—Sí.

Mark asintió y miró el reloj.

—Bueno, ahora tenemos que darnos prisa si no queremos que se nos haga tarde —pero no se movió.

Meredith lo miró fijamente.

—Me causas muchos problemas, Meredith Foster.

«Pero merece la pena»; aquellas palabras estallaron en el cerebro de Meredith y ella las retuvo allí.

—Actuaré de acuerdo con mi conciencia, pero haré lo que pueda para ayudarte.

—Gracias.

Meredith se llevó la mano a la cara, se detuvo a medio camino y la dejó caer.

—No me des las gracias todavía —le advirtió Mark—. Es posible que ni siquiera eso sea suficiente.

Aquéllas fueron sus palabras de despedida.

Meredith volvió a repetírselas en cuanto se quedó a solas en la cocina. Había un límite para lo que Mark estaba dispuesto a hacer. Y quizá no fuera suficiente.

Pero, de momento, era con lo único con lo que contaba.

El jueves a las siete y media de la mañana, se presentaron en el aula de la señorita Foster los padres de veintinueve alumnos. Mark estaba en la puerta, dándoles la bienvenida y observando a Meredith, que recibía a todo el mundo con una sonrisa tranquilizadora. Sus hijos estaban disfrutando de un dulce y un zumo en el gimnasio, con Macy Leonard. Aunque Mark hubiera tenido alguna duda sobre la conveniencia de contratar a Meredith Foster, se habría disipado en aquellos cinco minutos.

—¿Cómo van las cosas?

Susan, vestida con unos pantalones negros y una blusa de seda roja, apareció en aquel momento tras él. Estaba maravillosa.

—De momento, bien —le contestó con voz queda, reprimiendo las ganas de darle un beso.

Era una mujer magnífica; una gran amiga, y tenía suerte de haberla encontrado. O, mejor dicho, de que Meredith Foster los hubiera presentado.

—Ha venido todo el mundo.

—Temía que no iba a poder llegar a la hora —le dijo Susan, desviando la mirada hacia todos aquellos adultos sentados en unas sillas tan minúsculas —. Nunca había acabado las visitas a mis pacientes tan pronto.

—Me alegro de que estés aquí.

—¿Le has dicho que iba a venir? —Susan señaló a Meredith, que estaba frente a la pared, hablando con un grupo de padres sobre los dibujos de sus hijos.

—No, no lo sabe. Vamos, empecemos la reunión.

—Damas y caballeros, gracias a todos por su asistencia.

Se hizo el silencio en el aula mientras Mark se colocaba frente a ellos, delante de la mesa de Meredith. La profesora y Susan estaban detrás de él.

—¿Hay alguien aquí que no haya leído u oído algo sobre el artículo aparecido en el periódico acerca de Larry Barnett y la señorita Foster?

Nadie levantó la mano.

—Me lo imaginaba. Les he pedido que vinieran para asegurarles que la escuela lo tiene todo bajo control. Quería darles mi versión sobre lo ocurrido, contestar a cuantas preguntas quieran hacerme y darles la oportunidad de cambiar de clase a sus hijos si así lo deciden.

Oyó dar un respingo a Meredith tras él y le dolió, aunque sabía

que no tenía ninguna obligación de anunciarle previamente sus planes. Había recibido una llamada del presidente del consejo escolar esa misma mañana y éste le había dado casi a regañadientes el permiso para manejar aquel asunto como lo considerara oportuno a cambio de que al menos les diera a los padres aquella posibilidad.

Lo estaban mirando más de dos docenas de rostros. Algunos padres parecían a punto de ir al trabajo. Otros tenían aspecto de acabar de levantarse de la cama. Y todos ellos parecían muy preocupados.

—Antes de decir nada más, me gustaría darle a la señorita Foster la oportunidad de hablar con ustedes.

Se hizo a un lado y Meredith dio un paso adelante.

—Me alegro de que hayan venido —comenzó a decir—. Yo soy una persona que se toma muy en serio su trabajo. Llego todos los días a la escuela siendo consciente de que voy a pasar seis o siete horas cuidando a sus hijos; no sólo enseñándoles a leer o a escribir, sino a llevarse bien con sus compañeros y a comportarse en sociedad. Espero ser capaz de enseñarles también que hay buenas personas en el mundo, que tienen a su lado a personas que los quieren, gente en la que pueden confiar. Me gusta que aprendan también a confiar en mí.

Mark se estremeció emocionado al oírla. Sabía que las palabras de Meredith Foster eran sinceras. Y eso la convertía en la mejor profesora que había tenido nunca.

—Yo jamás haría nada que pudiera hacer daño a sus hijos —continuó Meredith sin vacilar—. Al contrario, tiendo a arriesgarme mucho para intentar ayudarlos. Y eso es lo que me ha ocurrido en el caso de Tommy Barnett. Creía que estaba teniendo problemas en su casa y no habría sido capaz de quedarme tranquila si no le hubiera dicho algo a su madre. Sinceramente, no puedo decirles que no voy a volver a hacerlo nunca más, porque sé que volvería a hacerlo. Eso es lo único que puedo prometerles. Seguiré aquí, pendiente de sus

hijos, y si sospecho que alguno de ellos está sufriendo, hablaré directamente con ustedes.

Meredith se interrumpió y varias cabezas asintieron.

—Eso es todo lo que tengo que decirles, gracias —se volvió hacia él—. Gracias, señor Shepherd.

Mark se aclaró la garganta y continuó. Pero no pudo añadir nada mejor que lo que Meredith acababa de decir.

Capítulo nueve

Los pasillos de la escuela estaban vacíos cuando Meredith salió de su clase para dirigirse al despacho de Mark aquella tarde. La puerta del despacho estaba abierta, que era como solía dejarla Macy cuando se iba y Mark continuaba allí.

Lo oyó hablando con alguien. Meredith sabía que le iba a resultar duro enterarse de los resultados de la reunión de aquella mañana; sería terrible enterarse de cuántos padres habían optado por sacar a sus hijos de su clase después de aquella reunión.

Aun así, decidió entrar.

—¡Hola, Kelsey, cariño! —la niña estaba sentada en la silla de su padre; los pies no le llegaban al suelo—. No sabía que iba a encontrarte aquí.

—Kelsey ha oído algunas conversaciones entre los niños y ha decidido venir a verme al despacho en vez de ir a casa con Josie.

—¿Has tenido algún problema con Josie? —preguntó Meredith, mirando a la niña.

Sus ojos oscuros y brillantes y su boca le mostraron claramente que Kelsey estaba muy afectada por algo.

—Josie dice que eres muy rara.

—Así que soy rara.

—Sí, misteriosa —añadió la niña.

Meredith se dejó caer en una silla, al lado de Mark.

—¿Lo dice por lo que ha salido en el periódico?

—Lo dice por lo que has hecho. Algunos niños estaban hablando hoy sobre eso, porque sus padres les han preguntado si te conocían, y ellos no te conocen. Pero como yo te conozco mucho, han venido a

hablar con Josie y conmigo y con algunos otros niños con los que estuviste el año pasado.

—¿Y todo esto es porque he hablado con la madre de Tommy?

Kelsey se encogió de hombros.

Mark reclamó su silla. Estiró las piernas con las manos apoyadas en el respaldo. Normalmente, aquellas manos representaban seguridad para Meredith, pero aquel día, eran las manos que podían dar al traste con su trabajo, con su forma de vida.

—Kelsey está intentando comprender cómo es posible que supieras que a Tommy le ocurría algo sin que él te lo hubiera dicho.

¿Y creía que el incrédulo de su padre podía explicárselo? Meredith se inclinó hacia delante, ignorando a Mark.

—Mira, Kelsey, ¿te acuerdas de la película en la que Rock Hudson engañaba a Doris Day haciéndole pensar que era un científico ingenuo cuando en realidad era un mujeriego que estaba intentando destrozarle la vida?

—Sí —alzó la mirada hacia ella.

—¿Cómo te sentiste mientras lo veías actuar?

—No sé, supongo que me enfadaba.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque era malo, supongo.

—Sí, pero no contigo. Y, sin embargo, eras capaz de sentir lo mismo que sentía el personaje de Doris Day, ¿verdad?

Kelsey frunció el ceño.

—Supongo que sí, pero...

—Sí, lo sé, sólo era una película y se supone que tenía que hacer que te sintieras así —dijo Meredith, intentando concentrarse para no dejarse abatir por el escepticismo que reflejaba el rostro de Mark.

—La película estaba hecha de manera que te resultara fácil sentirte de esa forma —le explicó—. Pero tú también podrías sentir algo parecido en la vida real si prestaras atención a lo que les ocurre a lo demás. Sabías lo que le estaba ocurriendo a Doris Day porque

estabas completamente concentrada en la película y el director ha sido capaz de mostrar todo lo que es realmente importante para la protagonista sin que tú tengas que adivinarlo. Digamos que ha hecho el trabajo por ti.

Kelsey estaba muy callada, pero parecía estar pensando en lo que Meredith le decía.

—De la misma forma que la mayor parte de nosotros somos capaces de ver una película y sentir lo que están sintiendo los protagonistas, también podemos mirar a los demás, a veces incluso sólo en nuestra cabeza, y sentir lo que están sintiendo.

Kelsey cerró los ojos y frunció el ceño. Casi inmediatamente los abrió.

—No puedo sentir lo que sientes. Y tampoco lo que siente mi padre.

—Lo sé, cariño. Para la mayor parte de la gente es muy difícil porque no somos conscientes de esa capacidad y la vamos perdiendo a medida que crecemos.

—¿Y tú por qué no la has perdido? ¿Tu mamá te enseñó a utilizarla?

—No, no sé por qué —contestó, temiendo que su respuesta fuera demasiado pobre—. Supongo que algunos de nosotros somos más emocionales que otros, y supongo que por eso somos más conscientes de los sentimientos de los demás.

—¿Y qué estoy sintiendo yo en este momento?

Meredith tomó aire, cerró los ojos un instante, intentó tranquilizarse y, mirando a Kelsey a los ojos dijo:

—Estás un poco enfadada conmigo. Quieres creer lo que estoy diciendo, pero no estás segura de que puedas hacerlo. Y tienes la sensación de que te he fallado, de que te he avergonzado delante de tus amigos. No estás segura de que puedas confiar en mí, y tienes miedo de que Josie pueda creer que tú también eres rara. Te sientes incómoda. Y, además, tienes hambre.

La habitación estaba en completo silencio.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó Meredith.

Kelsey no dijo una sola palabra.

—Y ahora estás asustada —añadió Meredith.

La niña asintió sin dejar de mirarla. Una niña a la que adoraba de pronto le tenía miedo, pensó Meredith. ¿Cómo podía haber hecho algo así?

—Parece que ha ido bien —le comentó Meredith a Mark en cuanto Kelsey se sentó en el escritorio de Macy para hacer los deberes y Mark hubo cerrado la puerta que separaba los dos despachos.

Mark se sentó en su silla y le tendió a Meredith unos portafolios. ¿Contendría una lista de todos los alumnos que no estarían en su clase al día siguiente?, se preguntó Meredith.

—Acabas de darle a Kelsey una buena explicación —le dijo a Meredith—. Y la de esta mañana también ha estado muy bien.

—Gracias. Aunque he perdido parte de mi público cuando el señor Larson me ha dicho que si realmente creía que podía sentir lo que sentían los demás era que estaba loca o algo parecido. Aunque el dossier que les has pasado con los informes sobre mi trabajo y las cartas de los padres agradeciéndome lo que había hecho por sus hijos han sido magníficos. Y también la idea de traer a Susan. Pero aun así, he perdido parte de mi público. No me había sentido tan mal desde hace mucho tiempo.

De hecho, jamás se había sentido tan mal. Perder a Frank ante el altar no había sido tan terrible como la perspectiva de perder su trabajo.

—En realidad, no creo que hayas perdido el favor de nadie. Al igual que ocurrió durante la entrevista en televisión, te has comportado con tal confianza en ti misma que has conseguido infundir la misma confianza a los demás.

Meredith intentó no emocionarse; no podía permitirse el lujo de sentir con demasiada intensidad en aquel momento. Temía terminar

derrumbándose en el despacho de su jefe.

— ¿Cuántos niños se han quedado en mi clase entonces?

— Veintinueve.

— ¿Ninguno va a cambiar a su hijo de clase?

— Ni uno solo.

Meredith estalló en carcajadas. En un violento ataque de risas que no era capaz de evitar.

Mark la acompañó educadamente hasta la puerta. Y Kelsey farfulló una despedida mientras ella se marchaba.

Y sintiéndose como un mendigo que debía conformarse con lo poco que le dieran, Meredith tomó lo único que en aquel momento parecían capaces de ofrecerle ambos.

— Hola, cariño, ¡tengo buenas noticias! —su madre le abrió la puerta del coche y la recibió con una enorme sonrisa.

— ¿Qué noticias? —preguntó Kelsey, cerrando con fuerza la puerta tras ella.

Kelsey también tenía buenas noticias: Josie volvía a ser su mejor amiga otra vez.

— He hablado con un abogado y ha dicho que va a ayudarnos para que podamos verlos sin tener que hacerlo a escondidas.

— ¿De verdad? —lo deseaba tanto que casi no se atrevía a creerlo.

— De verdad.

— Gracias, mamá —contestó Kelsey a punto de llorar mientras su madre le daba un abrazo.

— No tienes por qué darme las gracias —contestó su madre emocionada—. Eres mi hija, se supone que tenemos que estar juntas. Escucha, cariño, tengo que hacer un par de paradas —dijo Barbie cuando dejaron de abrazarse—. Estoy teniendo algún problema con mis alergias y me he quedado sin medicina.

A Kelsey no le importaba que fueran a comprar, siempre y cuando estuvieran juntas.

Tardaron un buen rato en llegar a una farmacia, puesto que

tuvieron que conducir hacia una zona en la que no hubiera ninguna posibilidad de que Kelsey se encontrara con algún conocido. Además, a Barbie no le dejaron comprar tantas cajas del medicamento como quería, de modo que tuvieron que ir a otra farmacia.

Mientras conducían, Kelsey le habló a su madre de la señorita Foster. Barbie la había visto en la televisión y le había preguntado a Kelsey si la conocía. Su madre la escuchaba, atenta a cada una de sus palabras.

—Todavía nos queda media hora antes de que tenga que dejarte —dijo Barbie cuando salieron de la tercera farmacia—. ¿Te importaría que fuéramos a mi casa para que le lleve esto a una amiga? Se encontraba muy mal cuando me he ido.

Kelsey no quería ir a su casa. La casa de su madre le parecía un lugar sucio y aburrido, y además estaba allí Don. Pero no había nada que deseara más que estar con su madre, así que contestó:

—No, no me importa.

Su madre sonrió y se dirigió en el coche hacia su barrio. Si hubiera sido Meredith, pensó Kelsey, habría sabido que no le apetecía ir. Pero su madre ni siquiera se lo imaginaba.

Y Kelsey no sabía cuál de las dos formas de actuar le gustaba más.

Kelsey permanecía sola en el cuarto de estar mientras su madre se acercaba a la casa de su vecina a través del garaje. Se suponía que tenía que sentarse a ver la televisión, pero no le apetecía. Don no estaba trabajando con el camión y Kelsey no tenía ganas de verlo.

—Ya te acostumbrarás —susurró en voz alta.

Necesitaba oír hablar a alguien para no asustarse. Quería mucho a su madre. Sabía que terminaría gustándole su casa. Y que se llevaría bien con Don.

Se abrió entonces la puerta del garaje.

—Hola, mequetrefe. Tu madre me ha dicho que estabas aquí.

Ahora mismo vendrá ella.

Kelsey asintió, preguntándose qué diría su padre si pudiera verla allí.

—Y yo estoy a punto de salir en la camioneta a buscar unas bengalas —dijo, dirigiéndose hacia la puerta trasera.

Don regresó antes que su madre con los brazos llenos de unos cartuchos rojos que parecían de dinamita.

—Los camioneros utilizan muchas bengalas —le explicó a Kelsey sonriéndole.

La niña habría preferido que no lo hiciera. Cuando sonreía, la barba se le metía en la boca y mostraba sus dientes.

Se esforzó en devolverle la sonrisa. Y suspiró aliviada cuando lo vio desaparecer de nuevo en el garaje. Por lo menos parecía contento.

Había una caja abierta sobre la mesa que había al lado del sofá. Kelsey se preguntó qué habría en su interior. Justo en aquel momento, volvió a oír la puerta del garaje y entró su madre.

—Siento haber tardado tanto, cariño.

Kelsey alzó la mirada hacia ella y advirtió que también Don había regresado.

—¿Por qué no nos sentamos a hablar un momento los tres? —sugirió Barbie.

Kelsey se sentó en la silla que le pareció más limpia. Su madre y Don ocuparon el sofá, y la niña desvió la mirada cuando vio que Don le pasaba a su madre el brazo por los hombros. Todo le parecía tan... raro.

Le preguntaron por el colegio. Sobre todo le preguntó Don. En realidad, su madre ya lo sabía todo. Kelsey siempre le hablaba del colegio.

—Apuesto a que eres una niña muy popular —le dijo Don.

—No lo sé.

—¡Por supuesto que sí! —intervino su madre emocionada—.

Mírala, es preciosa. Y muy inteligente. ¡Y además es mi hija!

Y su padre era el director del colegio.

—¿Cuántos amigos tienes?

—No sé.

El estómago comenzaba a dolerle. Probablemente porque se acercaba la hora de la cena. Y necesitaba ir al cuarto de baño. Tendría que volver a casa de Josie antes de que su padre fuera a buscarla.

Su madre rió divertida.

—Te lo pregunta porque quiere organizarte una fiesta cuando consigamos tu custodia parcial.

—En realidad no tenemos por qué esperar a celebrar la fiesta —añadió Don—. Nos gustaría que invitaras a tus amigos cuando te apeteciera. Que aquí te sintieras como en tu propia casa.

Kelsey asintió. E intentó imaginarse que aquélla era su casa.

—Podrías venir la semana que viene con alguna amiga.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque mi padre se enteraría.

Y, además, no quería que sus amigas vieran aquella casa. La avergonzaba sentirse así, pero era cierto. Antes tendría que acostumbrarse a querer a su madre.

—Bien, pero en cuanto tu madre lo haya arreglado todo con el abogado...

Kelsey no decía nada.

—Podrás traer a tus amigas a cenar *pizza*.

Kelsey se preguntó qué cenarían aquella noche en casa. Y si Susan cenaría con su padre y con ella.

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —dijo su madre.

Su madre acababa de salvarla, que era lo que se suponía que debían hacer las madres. Meredith también lo había hecho en otras ocasiones, cuando Susan le hacía preguntas tontas. Pero su amistad

con Meredith estaba pasando por un mal momento.

Afortunadamente, estaba recuperando a su verdadera madre.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Barbie, y se levantó—. No quiero que Kelsey tenga problemas.

—Eh, se me acaba de ocurrir algo —dijo entonces Don. Barbie y Don se miraron el uno al otro—. Tu madre me ha dicho que vas a la escuela Lincoln.

—Sí —Kelsey ya estaba en la puerta.

—El hijo de un amigo mío estudia en el instituto de la puerta de al lado. No le dejan verlo, pero le gustaría entregarle una carta con unos cristales nuevos para su colección de minerales. A lo mejor puedes dársela tú.

—Sí, sería una buena idea, ¿verdad, Kelsey? —añadió su madre—. Lo ayudarías de la misma forma que Josie nos está ayudando a nosotras.

Sí. No estaba mal. Y lo hacía sentirse más segura saber que había otro niño que estaba pasando por lo mismo que ella.

—¿Y tengo que mantenerlo en secreto?

—Por ahora sí, cariño —contestó su madre—. Están en una situación como la nuestra.

—¿Y los cristales pesan mucho?

—No, no pesan prácticamente nada —contestó Don, apretándole cariñosamente el hombro—. En realidad son como fragmentos de cristal, pero no cortan. Mi amigo dice que a la luz son preciosos. Supongo que su hijo los quiere para las clases de plástica.

—¿Y cuántos son? Porque no quiero que mi padre se entere...

—Iremos dándotelos poco a poco, ¿qué te parece?

A Kelsey no se le ocurrían más excusas. Y si no se iba pronto de allí, iba a tener problemas.

—¿Harás esto por nosotros? —le pidió Barbie, acariciándole la cola de caballo.

—Supongo que sí, pero a los niños del Lincoln no nos dejan ir al

instituto. Además, no sé quién es ese niño.

—Le diré a su padre que sea él el que te localice —dijo Don.

Salió un momento y regresó con una bolsa de papel marrón que Kelsey podía esconder perfectamente en uno de los bolsillos de la mochila.

—Toma. El chico se llama Kenny y le diré que vaya a buscarte el lunes después del colegio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó la bolsa, alegrándose de poder salir de allí—. Y, por favor, no abras la carta, ¿de acuerdo?

—No soy una fisgona —protestó, y salió esperando que su madre la siguiera.

Capítulo diez

—Eh, Mer, ¿estás vestida?

Meredith dio media vuelta en la cama y miró la hora en el reloj digital. Las siete y seis minutos. Bajó después la mirada hacia la camiseta y los pantalones de chándal que se había puesto después de ducharse.

—Más o menos.

—Bueno, entonces vístete, porque voy a pasar a buscarte.

Meredith tomó un puñado de palomitas del cuenco que tenía a su lado y apartó un par de libros para sentarse.

—No, no vas a venir a buscarme. Estoy descansando.

Y en alguna parte de la cama tenía una película alquilada que quería ver.

—Me ha llamado tu madre.

Maldita fuera. Odiaba que su madre llamara a Susan.

—Estoy bien.

—Me ha dicho que llevas una semana sin salir de casa, salvo para ir al colegio, desde el jueves pasado para ser más exacta. Y Mark me ha contado que el jueves Kelsey fue un poco dura contigo.

—Los niños son sinceros y Kelsey tiene muchos motivos para sentirse confundida. Me alegro de que hablara conmigo.

—Pero por lo visto no ha vuelto a hablar contigo desde entonces.

—No, pero ha recuperado a su mejor amiga.

—Y tú no has ido a yoga y has cancelado una partida en el frontón.

—Estoy intentando concentrarme en una visión.

Su madre y Susan lo comprenderían; habían sido ellas las que la

habían convencido para que fuera a aquel encuentro espiritual que la había ayudado a reconciliarse con su don cuando estaba en el instituto.

—Eso es una excusa para justificar el hecho de que te estás escondiendo, pero no me la trago, así que vístete. Mark y Kelsey nos esperan dentro de media hora.

—No puedo.

Ella misma percibió el cambio que se produjo en su voz. Odiaba la debilidad que reflejaba.

—Sí, claro que puedes.

—No, no podré hasta que no averigüe algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Quiero saber lo que es real en mí y lo que no.

Pero la determinación de Susan era más fuerte que la suya.

—¿Qué significa eso?

Suspiró. Y cerró los ojos. Pero cuando los volvió a abrir, todo seguía igual.

—¿De verdad siento lo que sienten los demás o sólo me lo imagino? ¿Estaré loca? Porque si este don fuera tan real, no entiendo por qué hay tanta gente que no lo acepta. ¿No crees que la gente reconocería la verdad?

—Entonces, lo que me estás diciendo es que, como la gente se muestra escéptica, no puede ser verdad.

Quizá. Posiblemente fuera eso lo que le estaba diciendo.

—Lo que estoy diciendo es que prefiero mantenerme aislada durante algún tiempo, evitar los sentimientos de los demás para poder aclarar mis ideas.

—Te estás escondiendo porque sientes el miedo de Kelsey y te asusta. Te asusta tu don.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho tu madre.

Aquél era un golpe bajo.

—¿Y por qué no me lo ha dicho a mí?

—Porque está en Florida. Y muy preocupada por ti.

—Me pondré bien.

—Ya lo sé. Pero hasta entonces, pienso sacarte de casa. Nos quedan veinticinco minutos, así que no pierdas el tiempo discutiendo, Mer. Se lo prometí a tu madre y pienso hacerlo. Tengo la llave de tu casa, ¿te acuerdas?

Meredith se levantó y se acercó al armario sin saber qué ponerse.

—¿Y por qué tenemos que salir con Mark y con Kelsey?

—Porque tú necesitas estar cerca de esa niña.

—¿También te ha dicho eso mi madre?

—No, supongo que eso lo he averiguado yo sola.

Meredith sonrió. Y se sintió mejor.

—Y porque Kelsey se está comportando de manera extraña y necesito tu ayuda.

Pero Meredith no quería que fueran a su casa. No quería tener allí sus energías, mezclándose con la suya cuando se fueran. Y Susan la necesitaba.

—¿Adónde vamos a ir? —le preguntó a su amiga, mientras miraba el contenido del armario.

—A casa de Mark.

—¿A hacer qué?

—A preparar hamburguesas a la parrilla y asar nubecitas.

Al final, Meredith decidió ponerse los vaqueros con abalorios y un jersey morado. Se miró entonces en el espejo.

—Necesito más de veinticinco minutos.

—Soy yo la que lleva la leña para el fuego.

—Adelántate y os veré allí —sugirió Meredith, sintiéndose mejor con aquella idea.

De esa manera, podría irse en cuanto le apeteciera.

—Si no apareces, iremos a buscarte.

Meredith no tenía ninguna duda de que Susan sería capaz de

cumplir su amenaza.

—Estaré allí en menos de una hora.

A Kelsey le ocurría algo. El miedo de Meredith creció en cuanto entró en el jardín de Mark y se encontró con la niña. Estaba sola, sentada en uno de los dos columpios del jardín. Tras saludar a Mark y darle un abrazo a Susan, Meredith fue directamente hacia ella. Se sentó en el segundo columpio y comenzó a mecerse suavemente.

—Hola, Kelsey —Meredith decidió que el sonido que salió de sus labios era un saludo—. Llevas unos vaqueros nuevos.

—Sí.

—Me gustan.

—Gracias.

—¿Todavía estás enfadada conmigo?

—Supongo que no.

Susan tenía razón. Meredith tenía que verse a solas con la niña.

—¿Entonces seguimos siendo amigas?

—Supongo que sí.

—Susan me ha dicho que has sido tú la que has decidido que cenáramos hamburguesas.

—Mmm.

—Las hamburguesas a la parrilla también han sido siempre mi comida favorita.

La niña no dijo nada.

—¿Quieres contarme lo que te pasa?

Kelsey comenzó entonces a columpiarse con fuerza.

—No me pasa nada.

Meredith agarró la cadena del columpio para que fuera deteniéndose lentamente.

—A mí tampoco me gusta que me mientan —le advirtió.

Fueron unas palabras duras, algo que ella no pretendía. Pero le habían salido así.

Kelsey la miró fijamente y Meredith habría jurado que había visto

lágrimas en sus ojos.

—No te estoy mintiendo —respondió la niña al cabo de una larga pausa.

Pero Meredith sabía que le estaba mintiendo. Y que si la presionaba, continuaría haciéndolo.

—En ese caso, me alegro. Pero en cuanto algo te moleste, sólo tienes que decírmelo, ¿de acuerdo?

Kelsey se encogió de hombros.

—De acuerdo.

La cena fue sorprendentemente divertida. Mark los entretuvo contando las excusas más absurdas que le habían dado los niños para justificar su mala conducta durante sus cinco años como director del colegio. Meredith rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Y Kelsey, sentada a su lado, también reía sin parar.

Asaron después las nubes en la hoguera. Kelsey sonreía y Susan parecía contenta. Y Mark... Mark era Mark. Sólido, fuerte, seguro.

Y estaba guapísimo con los vaqueros y el jersey beige, de un color casi idéntico al de su pelo. Parecía cansado, pero sonreía cuando miraba a Susan o a Kelsey.

A Meredith no la miraba. Y ella lo agradecía.

—Ha llegado la hora de irse a la cama —anunció cuando se terminó la última nube—. Kelsey, lávate los dientes y después Susan podría acompañarte mientras rezas.

Kelsey, que estaba comenzando a levantarse, se quedó paralizada y miró fijamente a su padre.

—¡No!

Meredith se vio envuelta en un sentimiento tan intenso que no fue capaz de identificarlo.

—¿Perdón?

—No quiero que entre en mi habitación.

—Ésta es mi casa, jovencita. Y en ella mis amigas son siempre bienvenidas —era evidente que el propio Mark estaba muy afectado.

—No pienso rezar si ella está allí, y tú no puedes hacerme eso.
Mis oraciones son algo entre Dios y yo.

—¡Kelsey Elizabeth!

—No, Mark, no pasa nada —intentó tranquilizarlo Susan.

—Sí, claro que pasa —Mark alargó la mano hacia su hija.

—Discúlpate.

—No.

—Kelsey, te he dicho que te disculpes.

No la agarraba con tanta fuerza como para que le resultara imposible huir, pero su voz habría bastado para paralizar a cualquiera.

—No voy a disculparme. Son mis oraciones y no tienes derecho a obligarme a rezar con nadie.

—Y tú no tienes derecho a faltarme al respeto, y tampoco a faltárselo a cualquier persona que esté en nuestra casa. Por eso te estoy pidiendo que te disculpes.

—No.

—Kelsey, Susan siempre ha sido muy buena contigo. Te ha llevado de compras, ha cocinado para ti, te ha invitado a tomar el té...

—Está intentando ser mi madre.

Susan se encogió y Meredith sintió un gran dolor por su amiga. Pero su cuerpo entero estaba lleno de la tristeza de Kelsey y no sabía qué hacer para detenerla.

—No está intentando ser tu madre en absoluto —dijo Mark—. Pero está intentando ayudar porque tu madre no está aquí para hacerlo.

—¡No necesito su ayuda!

—Kelsey, no estoy dispuesto a tolerar esta falta de educación.

—Y yo no estoy dispuesta a tolerar que intentes convertirla en mi madre —gritó Kelsey—. ¡Susan no es mi madre! ¡No es mi madre y la odio!

Le dirigió una mirada fugaz a Kelsey, acompañada por un sollozo,

se zafó de la mano de su padre y comenzó a correr hacia la casa.

—¡Kelsey! —su padre corrió tras ella.

—Me voy —dijo Susan al mismo tiempo. —No, espera —le pidió Mark. Meredith se levantó.

—Mark, quédate con Susan. Ahora mismo estás demasiado enfadado como para poder darle lo que necesita. Yo iré con ella.

Al cabo de unos segundos, Mark relajó la barbilla y dejó caer los hombros.

—No sé qué hacer con ella. Jamás habría imaginado que podría comportarse de esta forma.

—Está dolida —dijo Meredith, preocupada por Kelsey y por su amiga. Susan tenía los ojos llenos de lágrimas—. Y asustada.

Cuando, una hora más tarde, salió de la habitación de Kelsey, encontró a Mark sentado en el cuarto de estar.

—¿Dónde está Susan?

—Se ha ido. Ha dicho que no quería estar aquí si Kelsey salía. Y que te llamará mañana por la mañana.

—¿Se ha ido a casa?

—No, se ha ido al hospital. Ha comentado algo sobre un paciente al que quería atender.

Para Susan, el trabajo era la manera de encontrarle sentido a la vida, Meredith lo sabía, y comprendió que su amiga estaba allí donde necesitaba estar en aquel momento.

—¿Cómo está? —le preguntó Mark, señalando hacia el pasillo.

Meredith sabía que tenía que irse. Estaba sobrecogida, cansada, y no se creía capaz de pensar con claridad. Pero Mark parecía tan afectado, tan perdido, que se sentó al borde de la silla, frente a él. Sólo sería un momento, se prometió.

—¿Qué te ha contado?

—No demasiado.

—Has estado casi una hora con ella.

—Le he estado acariciando la espalda mientras ella lloraba e

intentando conseguir que me hablara. Ha accedido a lavarse los dientes y a ponerse el pijama y hemos tardado casi diez minutos en localizar a Gilda. Después ha rezado sus oraciones y me he quedado con ella hasta que se ha dormido.

—No entiendo nada —se lamentó Mark, sacudiendo la cabeza.

—Está asustada, Mark. No sé mucho sobre tu esposa, pero supongo que Kelsey sufrió con ella más de lo sabemos. Y la posibilidad de que aparezca otra mujer en su vida, además del hecho de que tendrá que compartirla contigo, despierta en ella muchos celos.

—Barbie jamás le puso la mano encima, si es en eso en lo que estás pensando.

—No he dicho que lo hiciera —contestó Meredith, eligiendo sus palabras con mucho cuidado—, pero no estoy segura.

—¿Qué te ha contado Susan sobre mi esposa?

—Sólo que un día llegaste a casa después del trabajo y descubriste que se había ido. Y que Kelsey estaba contigo cuando te diste cuenta de lo que había pasado.

—Barbie adoraba a Kelsey. Desde el momento en el que descubrió que estaba embarazada, la niña fue el centro de su vida. Con Kelsey estaba más tranquila de lo que lo había estado nunca.

—¿Antes no era una mujer tranquila?

—Barbie siempre fue una mujer muy sensible, lo que a veces le dificultaba la vida. Podía llegar a alterarse por las cosas más insignificantes. Pero, por otra parte, también eran capaz de hacerla feliz las cosas más nimias.

—¿Cuánto tiempo llevabais casados cuando se quedó embarazada?

—Cuatro años.

—¿Y ella trabajaba?

—Había estudiado periodismo y, antes de que Kelsey naciera, trabajaba en el *Tulsa Times*. Después dejó de trabajar. No soportaba la

idea de dejar con nadie a la niña.

—¿Y tú que opinabas?

Mark la miró de pronto como si acabara de darse cuenta de con quién estaba hablando. Y del tipo de preguntas que le estaba haciendo.

—La animaba a quedarse en casa. Yo también estaba loco por la niña y no quería dejarla con nadie siendo tan pequeña.

—¿Tu mujer echaba de menos su trabajo?

—Esa es la parte más absurda —dijo Mark, inclinándose hacia delante y frotándose las manos—. No parecía echarlo de menos en absoluto. Durante los primeros años de vida de Kelsey, parecía inmensamente feliz. Ahora, cuando miro hacia el pasado, me doy cuenta de que también había signos que indicaban que estaba sufriendo. Sé que debería haberla animado a volver a trabajar, pero entonces no me di cuenta.

—Es duro cambiar. También le habría costado mucho volver al trabajo, aunque hubiera sido ésa la decisión más acertada. Pero, por lo que dices, no parece que lo hubiera sido.

—No tienes por qué justificarme.

—No lo estoy haciendo.

Mark la miró en silencio durante largo rato y, de pronto, Meredith supo que algo había cambiado. En él. En ella. No sabía lo que era. Estaba demasiado cansada emocionalmente como para averiguarlo.

—¿Entonces, qué ocurrió?

—No soy capaz de señalar nada que fuera especialmente mal entre nosotros. Lo único que puedo decir es que los estallidos se hacían más frecuentes, provocados por las cosas más inofensivas, y que Barbie ya no parecía feliz con nada.

—Excepto con Kelsey.

—Sí, excepto con Kelsey. Por lo menos hasta que la niña comenzó a ir al colegio. Entonces, incluso Kelsey parecía provocarle tristeza. La niña ya no la necesitaba tanto y supongo que se sintió abandonada.

—Muchas mujeres sienten algo parecido cuando su primer hijo comienza a ir al colegio.

—Sí, pero en el caso de Barbie era algo más que eso. Parecía incapaz de ser feliz con ella misma a pesar de que lo intentaba desesperadamente. Estaba continuamente preocupada por todo. Comenzó a enfermar y a ser incapaz de cuidar a Kelsey. Kelsey también enfermaba.

—Parece un caso de depresión.

—Le supliqué que le consultara a un especialista. E incluso me ofrecí a ir yo también al psiquiatra. Pero decía que no necesitaba ayuda psicológica y que ella quería controlar su propia mente. También la preocupaban los efectos secundarios de la medicación.

—Debía de ser una mujer fuerte y decidida.

—Llevaba una temporada durmiendo demasiado y sabía que no era bueno, así que comenzó a consumir bebidas con cafeína. Decía que la hacían sentirse bien, que le levantaban el ánimo. En cuestión de meses, llegó a tomar una docena de refrescos de cola al día. Cada vez estaba más nerviosa y empezó a tomar tranquilizantes. Su humor se volvió imprevisible.

—Un círculo vicioso —dijo Meredith, agradeciendo aquella información que le serviría para acercarse más a Kelsey.

—Intenté que hiciera ejercicio, pero aquello duró menos de un mes. Después intentó estudiar fotografía y diseño *web*, pero duró todavía menos y al final terminó frustrada.

—¿Por eso se marchó? ¿Para probar algo nuevo?

—Se marchó el día que descubrí su secreto y le dije que tenía que parar inmediatamente.

—¿Estaba teniendo una aventura?

—Era adicta a las anfetaminas.

Capítulo once

— ¿Prefirió las drogas a ti y a Kelsey?

— Esa droga es letalmente adictiva. Una enfermedad peor que el cáncer. Y Barbie se la disolvía todas las mañanas en la primera taza de café del día sin que yo lo supiera.

Aquel último día, se había levantado especialmente pronto de la cama y la vi sacar una bolsa de plástico diminuta de la bolsa en la que guardaba el cuchillo eléctrico.

— ¿Cuánto tiempo llevaba consumiéndolas?

— No me lo dijo, pero teniendo en cuenta las cantidades de dinero que después que vi habían desaparecido de nuestras cuentas de ahorro, yo diría que por lo menos seis meses, a un ritmo de dos mil dólares cada dos semanas.

— Por lo que tengo entendido, una de las razones por las que esa droga es tan popular es que es difícil reconocer a las personas que la consumen. Al parecer, aparte de una evidente pérdida de energía, se puede seguir llevando una vida completamente normal.

— Sí, y eso les da la sensación de tener un perfecto control sobre la droga, cuando en realidad es la droga la que los está controlando a ellos.

— Eso es lo que queremos todos, ¿verdad? —preguntó Meredith con expresión triste—, controlarlo todo.

Mark la miró y se descubrió incapaz de desviar la mirada. En medio de aquella terrible noche, había encontrado en ella la comprensión que necesitaba para que la velada se hiciera soportable; Meredith lo hacía consciente del sufrimiento y la tragedia, pero le hacía comprender también que merecía la pena continuar. Lo cual era

ridículo, puesto que no había dicho una sola palabra al respecto.

—¿Tú qué quieres controlar? —le preguntó a la joven con curiosidad.

—A mí —contestó ella, mirándolo a los ojos—. Sólo a mí.

—¿Controlar lo que dices?

Meredith sacudió la cabeza.

—Controlar lo que siento.

Sus ojos estaban cargados de preocupación y Mark se descubrió a sí mismo contemplando sus labios, deseando verlos sonreír.

—Eso no es tan difícil como parece —la consoló Mark, alegrándose de tener al menos una respuesta para aquella mujer que parecía tenerlas todas—. Sólo tienes que utilizar la cabeza, tomarte algún tiempo para pensar en vez de reaccionar de forma inmediata. La lógica nunca puede conducirte a error.

Meredith sonrió entonces.

—Oh, Mark, en el fondo no te crees lo que estás diciendo, ¿verdad?

—Por supuesto que lo creo.

—La mente es algo maravilloso, pero también tenemos corazón. La mente es la conexión con el mundo que nos rodea, y el corazón la conexión con nuestra propia alma.

—Mi esposa escuchó a su corazón y mira adonde le llevó.

—Eso no es justo, Mark. Tu mujer utilizó la cabeza, todos tenemos que hacerlo. Pero ella se equivocó en sus decisiones.

—Lo único que sé es que Barbie era una persona muy sensible. De hecho, fue su sensibilidad la que me atrajo hacia ella. Yo crecí en una familia en la que no se exteriorizaban los sentimientos. Cuando conocí a Barbie, me atrapó su intensidad. Era como si por fin supiera lo que era estar vivo.

—Sí —dijo Meredith. Parecía que estaba asintiendo con todo su cuerpo—. Te trasladaste desde tu cabeza hasta tu corazón.

—Y quedé atrapado en un magma incontrolable que se devoraba

a sí mismo para seguir con vida —sabía que no iba a convencerla, pero tenía que decirlo de todas formas—. Yo no confío en los sentimientos. En el caso de Barbie, controlaban toda su vida y, aunque al principio fue feliz, siempre sufrió mucho.

—Pero no tiene por qué ser así.

—Y en mi caso —Mark todavía no había terminado—, el amor me impidió ver cosas de las que debería haberme dado cuenta. Creí en ella, inventé excusas para justificarla. Barbie se estaba hundiendo emocionalmente ante mis ojos y lo único que pude hacer fue contemplar sin hacer nada el derrumbe de nuestras vidas.

—¿Crees que si la hubieras querido menos hubieras podido salvarla?

—Lo único que creo es que yo sólo tengo fe en la lógica, en lo que puedo ver, en aquello que tiene sentido.

—¿Basas toda tu confianza en la lógica?

—Exacto.

—Pero la confianza nace del corazón.

Mark la miró frustrado. Al, parecer, Meredith no estaba dispuesta a renunciar.

Pero tampoco él.

—Yo no sé escuchar a mi corazón.

—Claro que sabes, pero no eres consciente de ello.

Lo que seguramente era completamente comprensible para Meredith, pero a él le parecía absurdo.

—Escuchas tu corazón cada vez que haces cosas por Kelsey que no están estrictamente guiadas por la lógica.

Mark pensó un instante antes de contestar.

—Pues yo creo que tengo razones para todo lo que hago por ella.

—¿Y qué me dices de esos vaqueros con mariposas de abalorios que llevaba esta noche? Lo último que me había llegado era que las cuentas podían desaparecer en la lavadora.

Mark la miró fijamente.

—Pero después me enteré de que no era cierto.

—Aun así, esos vaqueros cuestan el doble que otros.

—Sé adónde quieres llegar —replicó Mark—. Sabes condenadamente bien que le compré esos pantalones a Kelsey para que se sintiera bien consigo misma.

—Y para que se sintiera bien contigo.

—Sí, supongo que en parte también por eso.

—Y eso tiene que ver con los sentimientos, Mark. Y es algo que llega desde el corazón.

—Aun así, fue una decisión consciente; sopesé las ventajas y los inconvenientes y al final decidí comprar unos pantalones más caros porque eso reportaba otras ganancias.

—Y ése es un buen ejemplo de cómo vivir plenamente —contestó Meredith, inclinándose hacia delante y hablando con renovadas energías—. Barbie dejó que los sentimientos dirigieran su vida. Tú prefieres dejarte guiar por la lógica. En una vida ideal, deberíamos utilizar ambas cosas.

Aquella mujer era una idealista, pura y simple.

—Entonces, ¿cómo explicas el hecho de que, a pesar de lo mucho que Barbie quería a Kelsey, ni siquiera intentara verla o conseguir la custodia parcial de la niña? Renunció a Kelsey. Yo le di todo lo que quería, su ropa, sus joyas y la mitad del dinero que teníamos en el banco. Y ella me dejó la casa, la niña y la mayor parte de los muebles.

—Probablemente sabía que por culpa de su adicción a las drogas nunca iba a conseguir la custodia de Kelsey.

—Nadie estaba al tanto de su adicción, ni siquiera los abogados. Yo le dije que si conseguía desengancharse, no me importaría que viera a Kelsey cuando quisiera. Quería ayudarla, y también quería ayudar a mi hija. Kelsey adoraba a Barbie. La necesitaba.

—Y también te necesita a ti, Mark —repuso Meredith, inclinándose hacia delante. Al hacerlo, se ahuecó el escote de su

jersey y Mark desvió inmediatamente la mirada—. Y te necesita entero, no necesita sólo tu cabeza.

—Mi hija necesita que utilice la cabeza para tomar decisiones que pueden afectar a su vida —contestó Mark, sosteniéndole la mirada—. Gracias a ti, he conocido a una mujer maravillosa y me siento atraído hacia ella. La quiero. Y precisamente porque es todo lo contrario de Barbie, es perfecta para Kelsey y para mí. En las ocasiones en las que Barbie reaccionaría gritando y llorando, Susan reflexiona. De hecho, creo que nunca la he oído levantarla voz.

—Siento oírte decir eso —la mirada de Meredith se ensombreció.

—¿Qué?

—Susan tiene muy buenos pulmones. Y si no los está utilizando, es que no está tan viva como esperaba.

Aquella mujer era de lo más irritante.

—La vida no siempre entraña conflicto.

—Estoy de acuerdo, pero si no hay conflicto en absoluto, tampoco puede haber lo contrario, la pura alegría.

Le bastaba con pronunciar la palabra «alegría» para que se iluminara su rostro. Curvó los labios en una sonrisa, como si estuviera al tanto de un secreto muy especial. Y, maldita fuera, también él quería oírlo. Estaba cansado. Llevaba demasiado tiempo luchando solo. Era tarde. Su hija le había hablado en un tono que jamás habría creído posible, se había ido a la cama sin desearle buenas noches por primera vez en su vida.

Y, a pesar de que ordenaba a sus ojos que lo hicieran, éstos parecían incapaces de apartar la mirada de los labios de Meredith.

—Tengo que irme —Meredith se levantó y Mark la imitó—. ¿Sabes dónde he dejado mi bolsa?

Miró alrededor de la habitación y volvió a mirarlo a él, como si tampoco ella fuera capaz de hacer otra cosa.

—Creo que está en la cocina —le contestó—, la ha guardado Susan.

Acababa de mencionar a la mujer que amaba. A una mujer a la que ambos querían. Volvían a estar en un terreno seguro.

—Yo... —Meredith se aclaró la garganta—, tengo que irme.

Mark se apartó sin desviar los ojos de los de Meredith. Ésta dio un paso, y después otro.

—Bueno, buenas noches —medio susurró Meredith al pasar por delante de él—. Tengo el coche fuera.

—Gracias... por todo.

Meredith volvió la cabeza mientras daba otro paso. Todavía la estaba mirando.

—De nada. Siempre estaré disponible cuando me necesites —parpadeó para romper el contacto visual. Pero inmediatamente volvió a mirarlo a los ojos—, cuando me necesite Kelsey, quiero decir.

Mark ya sabía lo que quería decir. Asintió, y le tendió la mano para estrechar la suya; para mostrarle su gratitud de alguna manera.

Le rozó la muñeca con los dedos. Y el dolor nubló la mirada de Meredith.

—¿Qué ocurre? —Mark dio un paso hacia ella—. ¿Te he hecho daño? —apenas la había tocado.

Meredith negó con la cabeza. Los ojos le brillaban como si estuviera a punto de llorar.

—Yo...

Inclinó la cabeza, alzando la mirada hacia él. Parecía estar suplicándole que comprendiera lo que no podía decirle. Pero Mark no era capaz de comprender nada en aquel momento. Excepto que no quería hacerle daño. Nunca.

—Eres una mujer muy especial, ¿sabes?

La única respuesta de Meredith fue una sonrisa trémula.

—Lo siento.

—¿El qué? —preguntó Meredith con voz ronca.

Ni siquiera Mark lo sabía. El pasado. Sus diferencias, los problemas que estaba provocando su hija.

—Esto.

Se inclinó hacia delante y rozó sus labios. No fue un beso erótico. Y tampoco pretendía faltarle al respeto. Fue, simplemente, un beso.

La suavidad y la dulzura de los labios de Meredith lo sorprendió. Ella presionó ligeramente, llenándolo con su sabor. Si Mark hubiera retrocedido en ese instante, probablemente no hubiera pasado nada. Pero no estaba preparado para dejarla marchar. Para quedarse solo. Para abandonarla a cualquiera que fueran los fantasmas que se escondían tras aquellos ojos tan expresivos.

Meredith era una mujer muy misteriosa. Mark abrió la boca. Meredith también la abrió. Él le hizo inclinar la cabeza para acomodar sus labios. Y descubrió una íntima conexión con ella, algo que no tenía sentido y, al mismo tiempo, tenía un sentido pleno. Hasta que su lengua convirtió ese beso en algo más.

Algo poderoso. Y peligroso.

—Tengo que irme.

Meredith se apartó precipitadamente de Mark.

¿Qué demonios estaba haciendo? En cuanto Mark asintió, se dirigió con movimientos torpes a la cocina, donde encontró su bolsa. Mark estaba tras ella.

—Esto no ha pasado —dijo Meredith, con la mirada clavada en la pared para evitar mirarlo.

—Ésa no es manera de manejar este asunto.

Meredith se volvió, a pesar de que era consciente de que era preferible no hacerlo. Intentó comprender qué era lo que le había hecho traicionar a su mejor amiga, algo de lo que jamás se habría sentido capaz.

—Si fingimos, si intentamos esconderlo, le estaremos dando más importancia.

Mark tenía razón. Meredith no tenía nada que añadir.

—Pero no volverá a ocurrir —Mark parecía convencido.

—Por supuesto que no —ella no lo estaba tanto.

No estaba segura de nada. No entendía quién era aquella mujer que parecía haberse apoderado de ella.

—Mira, ha sido una noche muy larga, Meredith. Hemos vivido demasiadas cosas, tanto por lo que ha sucedido aquí esta noche como por el recuerdo de otros tiempos.

Meredith asintió.

—Hemos tenido una conversación muy dura. Y bastante extraña. También en eso estaba Meredith de acuerdo.

—Que nos ha provocado una sensación momentánea de proximidad.

Muy bien.

—Y, con ella, una inclinación natural a establecer una conexión física —razonó Mark.

—Pero no ha habido nada sexual —añadió Meredith.

—Por supuesto que no.

A Meredith le entraron ganas de preguntarle si no la encontraba sexualmente atractiva, pero sabía que la pregunta era ridícula.

—No hemos puesto en peligro nuestros puestos de trabajos.

—Por supuesto que no.

—Y tampoco hemos sido desleales con Susan.

—Ni lo más mínimo —pero aquello no conseguía tranquilizar a Meredith—. ¿Se lo vas a decir tú o se lo digo yo? —le preguntó.

Tras unos segundos de silencio, Mark se encogió de hombros.

—Díselo tú, si necesitas hacerlo.

—¿Crees que debemos decírselo?

—Si el beso hubiera tenido algún componente sexual, deberíamos decírselo. Pero no lo ha tenido. Y no creo que eso fuera capaz de comprenderlo nadie.

En eso tenía razón. Nadie lo comprendería. De hecho, no estaba muy segura de comprenderlo ella.

Alargó la mano hacia la puerta.

—Pero esto no volverá a ocurrir.

—Lo sé —contestó Mark.

—Entonces, buenas noches, Mark —abrió la puerta y se marchó corriendo.

—Hola, Kenny.

—Hola.

—Aquí tienes tu bolsa.

Kelsey, sentada en la parte más alejada de los arbustos que rodeaban la escuela elemental Lincoln, abrió el bolsillo de la mochila.

—Siento que esté tan arrugada —se disculpó—. He tenido que guardar en este bolsillo parte del proyecto del volcán.

Kenny sonrió y Kelsey se sintió maravillosamente; le había contado a Josie que era un chico muy guapo, pero no le había dicho que su sonrisa le provocaba sensaciones extrañas en el estómago.

—No importa —le dijo—. Pero es una pena que tengas que hacer esto.

—No es una obligación —contestó Kelsey, deseando estar ya en el instituto—. Bueno, la semana pasada, antes de conocerte, sí que lo era. Pero esta vez no. El viernes le dije a Don que me alegro de poder ayudarlo.

—¿Y por qué te vas a alegrar? —preguntó Kenny muy serio—. Esto podría causarte muchos problemas.

—No más de los que tengo ya.

Pasó alguien; Kenny la empujó hacia los arbustos y se colocó delante de ella para que no pudieran verla. Kelsey estuvo a punto de morir de placer al pensar que un chico tan guapo como Kenny estaba haciendo algo así por ella. Le habría gustado que Josie los viera.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho? —preguntó Kenny cuando desapareció el peligro.

—Le grité a mi padre delante de sus amigas y no le pedí perdón cuando me dijo que lo hiciera.

—Es un tipo odioso, ¿eh?

—No, es sólo que... Ha conocido una mujer y creo que quiere casarse con ella. Y también quiere que ella sea como mi madre y todo eso, pero yo no lo voy a permitir.

—Sí, eso es muy duro. Me acuerdo de cuando mi vieja comenzó a salir con hombres otra vez. Yo lo odiaba. Pero entonces me di cuenta de que el que trajera otros hombres a casa no significaba que mi padre dejara de ser mi padre. Además, de todas formas, yo no quiero que mis padres estén juntos.

—¿Y por qué no?

—Porque cuando estaban juntos, se volvían muchas veces contra mí. Ahora mismo vivo con mi madre, pero no puedo ver a mi padre. Pero sé que eso va a cambiar.

—Mi madre tiene un abogado que va a solucionar eso —y Josie era la única persona a la que se lo había contado.

—Sí, mi padre también tiene uno. Cuesta mucho dinero, pero estamos trabajando para pagarle.

—Eres un chico muy bueno, Kenny.

—No —se echó a reír—, no soy bueno.

—Sí, de verdad.

—¿Lo dices en serio?

Kelsey se apartó la melena de la cara. Se había quitado la coleta para ir a verlo.

—¿Sabes? Nadie me lo había dicho nunca —le dijo Kenny.

—¿No? Pues deberían, porque es verdad.

—Yo también creo que eres muy buena. Pero estoy seguro de que te lo han dicho muchas veces.

Pero Kelsey no era capaz de recordarlo.

—No, sólo me lo has dicho tú.

Kenny la miró durante varios segundos y se levantó.

—Bueno, ahora tengo que irme. Mi madre me está esperando.

—Vale, yo también —contestó Kelsey, deseando no tener que marcharse—. Adiós, Kenny.

—Hasta otra.

Kelsey lo contempló mientras se marchaba. Podía haber perdido a su padre, y también su amistad con Meredith. Pero había conocido a Kenny y pronto iba a recuperar a su mamá.

A veces, la vida funcionaba de forma muy extraña.

Capítulo doce

—Estás preciosa, ¿lo sabes? Susan le dio un abrazo y enterró la cabeza en su pecho.

—Y tú besas maravillosamente.

Mark se inclinó para besarla por segunda vez, pero ella volvió la cabeza.

—No te he llamado para esto —parecía emocionada, triste incluso.

Para Mark había sido una sorpresa, agradable por cierto, recibir una llamada de Susan el miércoles por la mañana, invitándolo a almorzar a su casa. Uno de sus pacientes había anulado una cita y tenía ganas de verlo.

—¿Entonces por qué me has pedido que venga?

—He estado pensando mucho desde el sábado por la noche...

—Yo también —Mark se apartó ligeramente para poder mirarla a la cara.

—Susan, ¿quieres casarte conmigo?

—¿Qué?

Susan se lo quedó mirando como si aquello fuera lo último que esperaba que dijera. Y después del estallido de Kelsey, era comprensible.

—Quiero casarme contigo —le dijo claramente—. Eres todo lo que quiero en una mujer. He pensado mucho en ello —le rozó el seno con el dorso de la mano—. Es evidente que me siento atraído por ti —rió suavemente—. Eres inteligente, buena, leal...

—¡Basta!

Susan retrocedió, pero a Mark no lo molestó su reacción. Estaba

seguro de que, al igual que había hecho él, Susan sopesaría todos los aspectos de su relación. Una reacción apasionada a su propuesta no habría sido propia de ella. Y tampoco era la respuesta que él esperaba de la mujer a la que había elegido para casarse por segunda vez.

En aquella ocasión tenía que hacer las cosas bien. No podía exponerse a un segundo fracaso.

—Voy a preguntarte algo y quiero una respuesta sincera, por duro que pueda parecerle —le advirtió Susan.

Mark asintió y alargó la mano hacia la suya. Susan entrelazó sus dedos con los de Mark.

—Cuando hacemos el amor, ¿piensas en mí?

—Por supuesto.

Susan lo miró directamente a los ojos.

—¿Sólo en mí?

Mark comenzó a decir que sí, pero Susan le estaba pidiendo sinceridad absoluta y él se la debía. Desvió la mirada.

—Eh —Susan posó un dedo en su mejilla para obligarlo a mirarlo a los ojos—. No te preocupes —sonreía, pero había lágrimas en sus ojos—, porque yo también lo hago —admitió.

Mark quería saber en quién pensaba ella. Pero él jamás le contaría quién se había infiltrado en sus pensamientos. Al fin y al cabo, no significaba nada.

—Todas las veces que hemos hecho el amor, Bud ha estado allí conmigo —continuó diciendo Susan suavemente—. Yo he intentado decirme que era algo natural...

—Y estoy seguro de que lo es.

—Tú eres el primer hombre con el que hago el amor desde que Bud murió.

A Mark lo conmovió aquella confesión.

—Me gustaría que me lo hubieras dicho.

Susan le estrechó la mano.

—Creo que el hecho de que no lo haya hecho forma parte de todo esto.

Mark todavía no estaba seguro de a qué se refería cuando hablaba de «esto».

—Creo que no deberíamos seguir viéndonos, Mark.

De repente, todo cambió. Mark seguía dándole la mano, pero todo era diferente.

—¿Por qué? —le preguntó, intentando analizar lo que le estaba diciendo.

—Porque todo es demasiado práctico —era la última respuesta que Mark se esperaba.

—Has estado hablando con Meredith.

—No —contestó Susan sonriendo—, pero creo que debería haberlo hecho. Supongo que de esa forma nos habría ahorrado a los dos estos dos meses que llevamos intentando que funcione algo que no va a funcionar. Kelsey sabía que yo no era la persona adecuada. Los niños siempre intuyen ese tipo de cosas.

—¡Claro que podría funcionar! Disfrutamos cuando estamos juntos, no nos peleamos...

—Pero no quiero pasarme el resto de mi vida pensando en otra persona cuando hago el amor —los ojos volvieron a llenársele de lágrimas y aquello lo conmovió más que todo lo que hasta entonces le había dicho.

—Se pasará, Suze —le dijo, acariciándole la frente.

—Lo sé —contestó ella sollozando—, cuando encuentre al hombre que me haga olvidararlo.

—¿Y si no lo encuentras nunca?

—Entonces me pasaré el resto de mi vida buscando y esperando, que es una opción mucho mejor que renunciar.

—¿Qué es lo que harías si te casaras conmigo?

—¿A ti no te lo parece?

Mark pensó en lo que acababa de decirle. Y no le gustó.

—¿Estás enfadado?

—No —le apretó la mano y se la soltó—, por supuesto que no.

—¿Seguro?

Mark asintió, y descubrió sorprendido que no estaba enfadado en absoluto, aunque acabaran de rechazarlo por segunda vez en su vida.

—¿Y dolido?

—Yo... —no sabía qué decir—. Estoy confundido —contestó por fin—. Y triste, creo.

Susan asintió y sonrió con pesar.

—Si estuvieras enamorado de mí, estarías dolido.

Mark se la quedó mirando fijamente y, mientras le sostenía la mirada, Mark sintió que algo se suavizaba en su interior. Susan tenía razón. Toda la razón.

—¿Estás segura de que no quieres considerar la posibilidad de un matrimonio que te aseguraría una vida tranquila e interesante?

Mark se volvió de nuevo hacia la puerta. Todavía no estaba preparado para macharse.

—He pasado los últimos cinco años viviendo a medio gas, Mark —le explicó Susan suavemente—. Estar contigo me ha hecho regresar a la vida y ahora que estoy aquí, lo quiero todo.

Mark enmarcó su rostro con las manos y la besó.

—Bien por ti.

—Y ya es hora de que tú también empieces a vivir otra vez, ¿sabes?

Pero las personas esperaban cosas distintas de la vida.

—No estoy muy seguro de qué quieres decir. Para mí, casarme contigo era tenerlo todo.

—Pero no lo era. Así que vas a tener que arriesgarte otra vez.

Mark frunció el ceño y miró el reloj, aunque sabía que disponía de todo el tiempo que necesitara.

—¿Arriesgarme a qué?

—A una gran pasión.

—Voy a echarte de menos —le tomó la mano y ella asintió—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No estoy segura —contestó Susan, apoyándose contra la puerta—. Estar abierta y esperar, supongo.

—¿Alguna perspectiva? —le importaba, sí, pero no podía decir que estuviera celoso.

—Quizá —sonrió—. Está el administrador del hospital, parece que puede mantenerme lejos de él, pero nunca lo he tenido en cuenta porque apenas se parece a mí. Se dedica a volar en su tiempo libre. ¿Tienes idea de lo peligroso que puede llegar a ser eso?

Mark le devolvió la sonrisa. Susan era una mujer extraordinaria.

—Tengo la sensación de que estás a punto de averiguarlo.

—No lo sé.

—Bueno, si quieres que le eche un vistazo a ese tipo, házmelo saber —dijo medio en broma, y añadió ya en serio—: Y si necesitas algo, no dudes en avisarme.

—Gracias.

Y casi inmediatamente después, mientras contemplaba la posibilidad de volver al colegio, se le ocurrió otra cosa:

—¿Quién se lo va a decir a Meredith?

—Meredith es mi amiga, así que lo haré yo —contestó Susan, aunque ni siquiera había pensado en ello—. A menos que quieras hacerlo tú.

—Bueno, la cuestión es que seguramente la veré antes que tú y me resultará embarazoso mentirle.

Susan lo miró tan fijamente que lo hizo sentirse incómodo.

—Y también hay que pensar en Kelsey —fue lo único que le dijo ella—. Parece haber un vínculo especial entre ellas. Sí, a lo mejor eres tú el que tiene que decírselo.

Mark asintió. Era la opción más lógica.

Susan le dio un último beso en la mejilla, agarró el bolso y lo

acompañó hasta el coche. Mark la observó conducir tras él, y no le pasaron por alto las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Al llegar al colegio, a Mark se le ocurrió pensar que, seguramente, Meredith lo culparía de su ruptura con Susan. Incluso cuando se enterara de que había sido ella la que había roto con él, lo culparía por no haberle dado a su amiga lo que necesitaba. Inmediatamente, comenzó a arrepentirse no haber dejado que fuera Susan la que se lo contara a Meredith.

Por otra parte, Kelsey se alegraría. Y hacía tiempo que no se alegraba por nada. Desde el estallido de la noche de las hamburguesas, su relación estaba un tanto tensa.

Y si alguna vez volvía a salir con alguien, haría las cosas de manera diferente en lo que a Kelsey concernía.

—Tienes un mensaje de Ángela Liddy, la periodista de la KNLD que entrevistó a la señorita Foster hace varias semanas —le anunció Macy cuando Mark entró en las oficinas de dirección.

—¿Algo más?

—Ha venido la profesora de música. Quería pedir permiso para que afinaran el piano.

—Ya lo tiene —se metió en el despacho y cerró la puerta tras él.

—Macy, dile a la señorita Foster que venga a verme antes de marcharse.

—Lo haré, señor.

Mark asintió, cerró la puerta y pensó en un helado de caramelo y chocolate fundido con frambuesas. Cualquier otro pensamiento le provocaba un dolor terrible en el cuello.

—¿Qué quieres antes, las malas noticias o las buenas?

Lo que Meredith quería era marcharse a su casa.

No había visto a Mark desde el sábado por la noche y había tenido un día particularmente agotador. Aunque los padres hubieran optado por dejar a sus hijos en su clase, los niños habían cambiado. No eran los mismos desde que Barnett había iniciado la campaña

contra ella. Discutían más con ella, la ignoraban más. Y aquella tarde, Jeremy le había pedido que predijera la nota que iba a sacar en la prueba de escritura.

Si los demás se hubieran echado a reír, Meredith podría haberle quitado importancia a lo ocurrido riendo con ellos y haciendo algún comentario. Pero la mayor parte de los niños parecía haberse sentido incómodos, inseguros. Y eso le hacía daño.

—¿Meredith? —la llamó Mark al ver su expresión ausente.

—Lo siento, me temo lo peor.

Meredith se sentó y al hacerlo se le subió la falda vaquera.

—Barnett va a hablar por la radio mañana por la mañana.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Angela Liddy, la periodista de la KNLD.

—¿Pero qué más puede decir?

—Por lo visto, va a aparecer acompañado de algunos expertos.

—¿Qué clase de expertos?

—Un psicólogo, un psiquiatra...

El miedo la hizo palidecer.

—¿A qué hora?

—A las siete de la mañana.

Una hora a la que todos los miembros del consejo escolar estarían oyendo la entrevista.

—Está intentando minar mi credibilidad.

—Sabías que no iba a renunciar.

Meredith alzó la mirada y lo descubrió mirándola fijamente. Pero de una forma distinta. Probablemente por culpa de lo que había pasado el sábado por la noche.

—¿Alguien ha tenido alguna noticia de Ruth Barnett? —le preguntó—. ¿Sabe alguien lo que está haciendo Tommy?

Mark negó con la cabeza.

—¿Y cuáles son las malas noticias? —preguntó Meredith, casi temiendo oírlas.

—Susan y yo hemos decidido dejar de vernos.

Meredith se irguió en la silla con el corazón palpitante.

—¿Qué? ¿Cuándo? —lo miró con los ojos entrecerrados. Estaba comenzando a marearse —. ¿Y por qué?

Si tenía algo que ver con lo que había pasado el sábado por la noche, abandonaría la ciudad.

—Porque Susan se ha dado cuenta de que nuestra relación era una relación de conveniencia, más que una relación amorosa, y ella quiere algo más real.

—¿Susan ha roto contigo?

—Sí —contestó, colocándose detrás de su mesa—, justo después de que le pidiera que se casara conmigo.

—Así que no ha tenido nada que ver con lo que pasó el sábado por la noche.

—Por supuesto que no —contestó Mark inmediatamente, pero en vez de mirarla, comenzó a ordenar los sobres que tenía sobre la mesa.

Aparentemente, le había dicho la verdad, pero Meredith tenía la intuición de que ese «por supuesto» no era tan sincero como Mark pensaba. No tenía la menor idea de lo que eso podía significar. Y, en aquel momento, tampoco quería saberlo.

El viernes, Kelsey no protestó cuando su madre sugirió que fueran directamente a su casa al salir del colegio. Poco a poco, iba a acostumbrarse a ese lugar. Además, tendría que ir allí cuando todo se solucionara y pudiera ver a su madre abiertamente.

—Papá ya no está saliendo con nadie —anunció, aunque sabía que a su madre no le gustaba oír hablar de él.

—Mmm —dijo su madre, como si no la hubiera oído.

Kelsey la miró un tanto preocupada por lo que podía pasar durante las dos horas siguientes.

—No es que ella no me gustara —añadió Kelsey—. Es sólo que ella no era...

«Tú», quería decir, pero su madre no la escuchaba; conducía con la mirada fija en el parabrisas, la boca entreabierta y los ojos casi cerrados.

—¿Y qué tal está Don? —le preguntó Kelsey, intentando mostrarse animada.

Pero su madre continuaba en silencio, parecía incluso a punto de dormirse.

—¿Mamá? —insistió la niña en voz más alta—. ¿Cómo está Don?

—Imagínate, se ha pasado en la carretera casi toda la semana.

—¿Y ahora también está de viaje?

Se alegraba de no tener que verlo, aunque le habría gustado hacerle algunas preguntas sobre su amigo Kenny. Y, seguramente, a Kenny le gustaría que le contara algo de su padre cuando volviera a verlo el lunes para darle algunos cristales para sus clases de plástica. Y a lo mejor, algún día le enseñaría sus cuadros.

—¿Has dicho algo? —le preguntó su madre, mirándola con los ojos casi cerrados.

—¿Don está fuera?

—No, ha vuelto esta mañana.

—¿Te encuentras mal?

—¿Qué? —volvió a mirarla de reojo. Kelsey estaba empezando a asustarse de verdad. Algo no andaba bien—. Oh, no. Sólo un poco cansada. Me pondré bien en cuanto vuelva a casa. Don me preparará un café. Hace el mejor café del mundo.

Muy bien. Así que sólo estaba cansada y no iba a empezar a gritar o a tirar cosas. Además, tendría que llevarla a casa de Josie antes de que su padre fuera a buscarla.

No llevaban ni dos minutos en casa cuando su madre desapareció por la puerta del garaje. Al principio, Kelsey se dedicó a mirar a su alrededor. La casa estaba más desordenada que de costumbre.

Cansada, se sentó en la mecedora y fijó en la mirada en la puerta del garaje. Su madre continuaba sin volver. La niña imaginaba que

había ido a decirle a Don que ya habían llegado, pero no estaba segura. A lo mejor Don estaba en otra parte de la casa, echándose la siesta.

Y si se levantaba, la encontraría allí.

¿Pero por qué la dejaba sola su madre durante tanto tiempo cuando eran tan pocas las oportunidades que tenían de estar juntas?

A lo mejor no estaba cansada, sino enferma, y no quería preocuparla.

Kelsey se levantó, volvió a sentarse y miró hacia el garaje. Le gustaría que Josie estuviera allí. Seguro que ella le diría lo que debía hacer.

Oyó algo parecido a un clic procedente de alguna parte de la casa. ¿Sería una puerta al abrirse? ¿Y si aparecía Don en ropa interior, como le había contado Josie que se paseaba su padre a veces por casa?

Ella no quería ver a Don en ropa interior. Eso sería peor que verle los dientes.

De modo que se levantó y se dirigió hacia la cocina donde estaba la puerta del garaje, dispuesta a marcharse si llegaba Don.

Escuchó con atención, por si acaso su madre estuviera hablando con alguien.

No oyó nada. Jamás había estado en aquella parte de la casa, y deseó no haber ido nunca. La cocina estaba en peores condiciones que el cuarto de estar. En el suelo faltaban baldosas, el mostrador estaba roto y había platos sucios, cajas y basura por todas partes.

Ya no quería seguir allí, por mucho que pudieran hablarle del padre de Kenny. Quería volver a su casa cuanto antes. Le diría a su madre que no se encontraba bien, algo que era cierto.

Cuando volvió a oír algo en el interior de la casa, empujó la puerta del garaje. Tenía que encontrar a su madre y salir cuanto antes de aquel lugar. Y allí, frente a la luz deslumbrante del garaje, comenzó a temblar.

Capítulo trece

—¡Kelsey! ¿Qué estás haciendo aquí? No deberías haber abierto esa puerta.

Don estaba sentado en un taburete frente a un mostrador; su madre estaba en su regazo con la camisa desabrochada mientras Don le acariciaba los senos. Sobre el mostrador descansaban un montón de aparatos que parecían propios de un laboratorio.

—¿Qué es esto?

Se sentía como el sábado por la noche, cuando ni siquiera el enfado de su padre había podido dominarla.

—Es mi laboratorio, cariño —contestó Don, abrochándole la blusa a su madre—, una de mis aficiones.

Su madre se levantó lentamente, agarró una escoba y comenzó a barrer el garaje.

—Aquí hace experimentos —le dijo—, como los científicos.

Kelsey no se movía. Su madre parecía encontrarse mucho mejor, algo de lo que se alegraba.

—¿Dónde están los microscopios? Todos los científicos necesitan microscopios.

Don permanecía detrás de su madre, con las manos en sus caderas y estrechándola contra él.

—La niña tiene razón, ¿sabes, cariño? —dijo, posando el rostro en su cuello.

—¡Don!

Kelsey nunca había oído a su madre hablar a Don en ese tono y comenzó a temblar otra vez, temiendo que aquel hombre pudiera enfadarse. Su madre dejó caer la escoba al suelo.

Kelsey quería salir corriendo de allí y no volver nunca jamás, pero, al igual que el sábado por la noche, sus pies se negaban a moverse.

—¿Qué haces en ese laboratorio? —preguntó, mirando fijamente a Don.

No sabía por qué, pero necesitaba asegurarse de que su madre estaba a salvo. De que también ella estaba a salvo.

—¿Tú qué crees? —preguntó Don, acercándose a ella.

—No la metas en esto —le advirtió su madre a Don.

¿Meterla en qué?

Kelsey miró a su madre terriblemente asustada, miró a Don y volvió a mirar a su madre. Ninguno de ellos le prestaba atención.

—Ya está metida hasta el cuello —replicó Don.

—No, no es cierto.

—¿Quién está metido hasta el cuello? —preguntó Kelsey confundida.

Las piernas le temblaban y necesitaba ir urgentemente al baño.

—Nadie —contestó su madre, pasándole al brazo por los hombros.

—Tú —la desmintió Don. Y miró de nuevo a Barbie—. Dile cuál es su única opción, Barbie. Ya lo ha visto. Si dice algo, todo habrá terminado.

Su madre la abrazaba tan fuerte que a Kelsey comenzaron a llenársele los ojos de lágrimas.

—Pero si es sólo una niña.

—Que ha estado pasando mercancía —replicó Don—. Si es consciente de que podría ir a la cárcel, mantendrá la boca cerrada.

¿A la cárcel? ¿Acaso había una cárcel para niños? Nunca había visto nada parecido en televisión.

—Yo no he hecho nada —replicó.

Intentaba sentir la misma fuerza que el sábado por la noche, cuando su padre le había dicho que quería que rezara con Susan. Cruzó las piernas con fuerza.

—En eso te equivocas —respondió Don, acercándose un poco más.

—Ya basta, Don —dijo Barbie—, la estás asustando.

Don se detuvo, algo que a Kelsey la sorprendió.

—Lo siento, Barbie —le dijo—. No quiero hacerle daño a nadie, y menos a ella. Pero la única forma de garantizarlo es asegurarme de que no diga nada. Kelsey tiene que saber lo que no puede decir.

—No le cuentes a nadie que has visto lo que hay en este garaje, ¿de acuerdo, Kelsey? —le pidió su madre, agachándose para mirarla a los ojos.

Kelsey asintió. Quería irse a casa inmediatamente.

—Con eso no basta —protestó Don y se volvió hacia la niña—. Cuando estabas dándole esas cosas a Kenny, estabas haciendo algo ilegal —le advirtió—. Y si dices una sola palabra de esto a alguien, a tu padre o incluso a tus amigos, te detendrán y te meterán en la cárcel.

Kelsey ya no podía contenerse; podía sentir un líquido caliente mojando sus vaqueros.

—¿Mamá?

Miró a su madre y, cuando después de mirar a Don durante un largo minuto, ésta asintió, deseó morir.

Iba a ir a la cárcel. No se lo podía creer. Ella no podía ir a la cárcel.

—¿Las cárceles para niños son como las cárceles de los mayores? —preguntó, empezando a llorar.

—Mira lo que has hecho —le reprochó su madre a Don, y la abrazó con fuerza—. No, cariño, no son iguales. Pero tú no vas a ir allí.

Don se acercó tanto que Kelsey podía olerlo.

—No tienes que tener miedo de nada —le dijo con amabilidad. Se arrodilló y la hizo girar.

Kelsey apenas podía seguir aguantándose. Tenía los pantalones

empapados.

—Tu madre y yo sabemos lo que hay que hacer —le dijo a Kelsey—. Somos muy buenos en esto y nos aseguraremos de que no te pase nada. Pero para eso, tienes que prometernos que no le dirás a nadie una sola palabra, porque no sabemos en quién podemos confiar, ¿de acuerdo?

Kelsey asintió, apretando las piernas con fuerza.

—¿Lo prometes?

—¿Y me prometes que no me pasará nada?

—Te lo juro —contestó Don, llevándose la mano al corazón.

—De acuerdo. ¿Y ahora puedo irme a casa?

El viernes por la tarde, Meredith salió del colegio casi a la misma hora que sus alumnos. Tenía que hacer una visita. Se había dicho a sí misma que no lo haría. Había decidido ignorar su intuición por una vez. Tenía su trabajo y, por lo que hasta entonces sabía, Mark no tenía intención de iniciar ningún trámite para despedirla.

Meredith había vuelto a vestirse de blanco y negro para recordarse a sí misma que debía mantenerse al margen de las sombras grises que dominaban su vida. Y así vestida iba en su coche, dirigiéndose hacia el lujoso barrio en el que vivía Ruth Barnett.

Le abrieron la puerta en cuanto llamó al timbre.

—¿Señora Barnett?

—¿Señorita Foster? —la mujer parecía más asustada que complacida de verla.

—¿Puedo pasar un momento?

—Eh... no creo que sea una buena idea.

—Lo sé, yo tampoco —contestó Meredith con sinceridad—, pero estoy aquí de todas formas. Creo que no me ha seguido nadie y he aparcado el coche en la parte de atrás. Me gustaría poder hablar con usted.

Pasaron varios segundos hasta que la señora Barnett le abrió la puerta lo suficiente como para permitirle entrar.

—¿Tommy está aquí?

—En el piso de arriba, jugando a un juego de ordenador. Los viernes puede jugar todo el tiempo que quiera.

—Pero durante la semana no, ¿verdad?

Meredith siguió a la mujer a través de un elegante salón hasta un cuarto de estar mucho más acogedor.

—No hasta que no ha terminado de hacer los deberes.

Era un buen método, que ojalá implementaran muchos otros padres.

—Qué habitación más agradable —dijo Meredith mientras se sentaba en el sofá.

—Gracias —Ruth Barnett esbozó una sonrisa—, espero poder abrir pronto mi propio negocio.

—¿Se dedica a la decoración de interiores?

—El año pasado terminé los estudios, pero Larry no quería ni oír hablar de la posibilidad de que trabajara. Pensaba que dañaba su imagen.

—¿Eso fue antes de que le pidiera el divorcio?

—No me lo pidió él. Se lo pedí yo.

A Meredith no la sorprendió tanto como debería. Esperó, pensando que quizá la mujer dijera algo más, pero como no hizo ningún comentario, continuó:

—Según la prensa, fue él el que pidió el divorcio.

—Por supuesto, Larry no quería que nadie pudiera pensar que era él el que había sido abandonado.

—¿Por qué permitió que mintiera? —preguntó Meredith con curiosidad.

—Porque tenía tantas ganas de recuperar la libertad que no me importaba que tergiversara todos los detalles que quisiera.

Meredith había dicho que sólo iba a quedarse un momento.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó con calor.

En otra vida, en otra época, Ruth Barnett y ella podrían haber sido

amigas.

—Intento concentrarme en el futuro.

—Sabe que mañana su ex marido va a aparecer en un programa de radio, ¿verdad?

Ruth asintió.

—Pero no va a hacer nada al respecto.

—¿Qué puedo hacer? Hace mucho tiempo que Larry dejó de hacerme caso.

—Podría llamar a la emisora y decir la verdad.

—No, no puedo hacer eso —Ruth palideció.

Meredith no esperaba que hiciera nada, pero tenía que intentarlo.

—Él te pegaba, ¿verdad, Ruth? —la tuteó.

Ruth desvió la mirada hacia la ventana.

—¿A menudo? —quiso saber Meredith.

Ruth sacudió la cabeza.

—Lo suficiente como para asustarte.

—En realidad no conseguí asustarme —contestó Ruth, con los ojos llenos de lágrimas—. Aunque estoy segura de que era eso lo que él creía.

—¿Entonces por qué no dices algo? ¿Por qué no haces algo? ¿Por qué permites que te convierta en prisionera de sus mentiras?

—¿Tienes la menor idea de lo que es estar casada con un abogado? —contestó Ruth, tuteándola también.

—No, la verdad es que no.

—Mi marido no sólo es un gran discutidor, sino que puede retorcer la verdad hasta hacerla completamente irreconocible y, aun así, demostrar que no está mintiendo.

Meredith sintió que se le tensaba el estómago. Se sentía atrapada, aterrada. Comprendía perfectamente lo que la madre de Tommy estaba diciendo.

—A eso hay que añadirle el hecho de que es un hombre muy conocido y con gran influencia.

—De modo que, digas lo que digas, lo distorsionará hasta demostrar que es él el que tiene la razón —dedujo.

—Sí.

—¿Y por qué no te vas de aquí?

—Por Tommy. Sería imposible convencer a ningún juez de que me concediera la custodia de mi hijo. Y, aunque no me da miedo lo que Larry puede hacerme, me asusta que pueda hacerle algún daño a nuestro hijo.

—O que ya esté haciéndole algún daño a Tommy —contestó Meredith, completamente segura de lo que estaba diciendo.

—Todavía tengo la esperanza de que estés equivocada —contestó Ruth—, pero, en el fondo, sé que tienes razón. Y también sé que si intento enfrentarme a Larry, será Tommy el que sufrirá las consecuencias. Por lo menos, si me mantengo callada, tendré acceso a su casa y cuando Tommy esté allí, podré ir a verlo y a hablar con él cuando quiera.

—Espero que eso sea suficiente —replicó Meredith, convencida de que no lo sería.

—Yo también —se le llenaron los ojos de lágrimas—. No sabes lo agradecida que te estoy por lo que has hecho... —susurró—. Y tampoco de lo culpable que me siento por lo que te está haciendo Larry por ello.

—Yo sólo estoy haciendo mi trabajo.

Ruth sacudió la cabeza; las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

—Ningún otro profesor se dio cuenta de que Tommy tenía problemas. Ni siquiera la psicóloga. Yo tenía la esperanza de que ella pudiera ayudarnos.

—Así que sabías lo que ocurría antes de que yo te dijera nada.

—Sabía que Tommy no estaba bien. Al principio esperaba que se le pasara en cuanto se acostumbrara a la nueva situación. Hablé varias veces con él sobre su padre y sobre mí, pero él no me contaba

nada. No sabía qué pensar. Gracias a ti, eso ha cambiado. Ahora estoy llevando a Tommy al psicólogo en secreto, para que, si hay algún problema, él pueda sacarlo a la luz. Eres una persona especial, Meredith. No sé cómo has podido enterarte de lo de Tommy, pero no sabes cuánto te agradezco que lo hayas hecho.

—Me gustaría poder haber hecho mucho más.

—Has puesto a Larry Barnett sobre aviso. Aunque ahora nadie te crea, en el caso de que Tommy apareciera con heridas o con algún signo de haber sido maltratado psicológicamente, surgirían las dudas. Le has salvado la vida a mi hijo, aunque a cambio te estén haciendo la vida imposible.

Meredith se levantó.

—Todavía conservo mi trabajo —dijo—, mi casa y mis amigos.

Mientras se dirigían hacia la puerta, Ruth tomó su mano para detenerla un instante.

—Sabes que no parará, ¿verdad? Ni su aparición en los informativos ni el artículo del periódico han conseguido dejarte sin trabajo, por eso recurre ahora a la radio. Si eso tampoco funciona, seguirá intentándolo. Si algo sé de mi ex marido, es que nunca pierde.

—Porque nunca ha tenido que enfrentarse a mí —replicó Meredith sin pensar.

Y esperaba que el tiempo le diera la razón.

—Podrías haber ido en casa —dijo su madre cuando Kelsey se metió en el coche después de haber ido al cuarto de baño de la primera gasolinera que habían encontrado.

Todavía tenía las bragas mojadas y los pantalones un poco húmedos, pero había conseguido retener la mayor parte del líquido.

—Ya lo sé. Pero no quería llegar tarde y estaba segura de que podría aguantarme.

Su madre la miró y Kelsey temió que pudiera adivinar que estaba mintiendo, pero no dijo nada. En aquel momento, parecía mucho

más despierta que antes.

Meredith era capaz de adivinar si le ocultaba algo aunque estuviera medio dormida. Pero Kelsey no quería pensar en Meredith en aquel momento. Su padre decía que, como Susan y él habían roto, ya no iban a verla tanto.

Llegaron a los arbustos en los que la dejaban siempre. Kelsey se desató el cinturón de seguridad en cuanto doblaron la esquina para poder irse rápidamente, pero en cuanto disminuyó la velocidad del coche, su madre la agarró del brazo.

—¿Continúas queriendo verme, Kelsey? —le preguntó.

Kelsey asintió. Ella quería a su madre. Superaría el miedo, como cuando su madre se había marchado. O como cuando había perdido a su osito *Bangles* y había tenido que acostumbrarse a dormir sin él.

—Me alegro —contestó su madre con los ojos llenos de lágrimas—, porque para mí tú eres lo más importante. Lo sabes, ¿verdad?

A Kelsey le habría encantado estar segura de ello.

—Sí.

Esperaba que su madre la abrazara, pero, en cambio, Barbie buscó debajo del asiento y sacó una bolsa de papel como las otras que Kelsey le había entregado a Kenny.

Kelsey retrocedió y clavó la mirada en la bolsa.

—Necesito que el lunes le pases esto a Kenny, cariño —le dijo.

Kelsey no podía dejar de mirar aquella bolsa. No le importaba ver a Kenny. Decirle que quizá se estaba buscando problemas. Sacudió la cabeza con fuerza.

—Necesito que lo hagas, de verdad —dijo su madre con voz amable. No parecía enfadada.

Pero Kelsey ni siquiera se atrevía a tocar aquella bolsa. Tendría que tenerla en su casa durante todo el fin de semana. Y podían llevarla a la cárcel por eso.

—¿Qué es todo eso que tenéis en el garaje? —en realidad no le importaba, pero sospechaba que podía tener algo que ver con

aquellas bolsas..

—Es sólo lo que Don te ha dicho, cariño —su madre le sonrió—. Le gusta hacer experimentos. Le encantaban las ciencias cuando estaba en el colegio, pero sus padres no pudieron enviarle a la universidad, así que se hizo camionero.

—¿Entonces por qué no puedo contarle a nadie lo que he visto?

—Porque suele hacer experimentos que está prohibido realizar en casas particulares, que se supone que sólo pueden hacerse en laboratorios. Y ahora, agarra estoy vete, no quiero que llegues tarde.

Kelsey volvió a mirar la bolsa otra vez.

—No quiero que me pase nada.

—Entonces llévate esta bolsa. Sé que te parece mal, Kelsey, pero en realidad no es nada malo. Don es una buena persona y también lo son sus amigos. Y para que tú y yo podamos seguir viéndonos, a veces hay que hacer estas cosas. Además, si tú no se lo cuentas a nadie, nadie se enterará.

—¿Y si la encuentra papá?

—¿Tu padre te revisa la mochila? —preguntó Barbie. Parecía a punto de enfadarse.

—¡No! —le aseguró Kelsey rápidamente.

No quería que sus padres se pelearan.

—Entonces asegúrate de que no te la encuentre.

—Sí, pero...

—Tú confías en mí, ¿verdad? —Kelsey asintió—. Y si no le llevas esto a Kenny, él podría decírselo a alguien, y si Kenny se lo dice a alguien, también yo podría buscarme problemas. Y mis problemas serían mucho, mucho más serios que los tuyos.

Kelsey miró fijamente a su madre. Así que ella no era la única que tenía problemas.

—¿Por qué?

—Porque he sido yo la que te ha dado esa bolsa y soy una adulta. A mí sí que podrían llevarme a la cárcel, y entonces no podríamos

vernos ni siquiera los viernes, como hacemos ahora.

Kelsey frunció el ceño. En aquel momento, lo único que quería era agarrar la bolsa y marcharse.

—¿Por qué está prohibido llevarle esos cristales a Kenny? — preguntó—. ¿Su padre es tan malo que no quiere tener nada que ver con él?

—Algo así. Y ahora, haz lo que te he dicho —le tendió la bolsa—. Guarda esto en la mochila, llévaselo a Kenny y no le digas nada a nadie.

Kelsey miró a su madre durante largo rato. Incluso sin maquillaje y despeinada estaba muy guapa. Y ella la adoraba.

Tomó la bolsa, la metió en uno de los bolsillos laterales de la mochila, se despidió de su madre con un beso y se fue. Por lo menos iba a poder ver a Kenny otra vez, pensó.

Capítulo catorce

Saltó el contestador telefónico y Meredith interrumpió la llamada y colgó el auricular. Estaba cansada de hablar con Susan a través del contestador. Su amiga no estaba en el hospital, también la había llamado allí.

Apagó la luz de la cocina y caminó sin rumbo por su casa. Eran las siete de la tarde del viernes y no sabía qué hacer.

Se sentó en la mesa de la habitación que utilizaba como estudio y volvió a llamar. Y cuando saltó el contestador, colgó el teléfono. Al cuarto intento, fue recompensada por la voz, aunque poco amistosa, de su amiga.

—¿Diga?

—Soy yo.

—Ya lo sé —parecía sentirse culpable—. He visto m número en el identificador de llamadas.

—Entonces has estado evitándome.

—En realidad, no.

Meredith esperó.

—Bueno, a lo mejor un poco, pero no del todo. He tenido una semana infernal. Ayer por la noche estuve a punto de perder a una paciente que reaccionó a la anestesia.

—Oh, Suze, lo siento, ¿ya se encuentra bien?

—Sí.

—Pero tú no.

—Necesito recuperar la confianza en mí misma —dijo Susan—. Me asusta lo a punto que estuve de decir que sí cuando Mark me pidió matrimonio, sólo porque me parecía lo más seguro.

—Yo pensaba que estabas enamorada de él.

—Y creo que yo también —Susan parecía sorprendida—. Mark es un hombre maravilloso, sí, pero no estoy enamorada de él.

—Susan Gardener, ¿estás intentando convencerme de que ese hombre no te excitaba?

—Ni siquiera voy a intentarlo. ¿Cómo no iba a excitarme? Es guapísimo. Pero la atracción es solamente física. Y, en mi caso, eso no dura mucho más allá de un par de besos. Para estar enamorada, tiene que haber chispa, ¿entiendes? Una sensación que permanece más allá del orgasmo.

—Que hace que te dé un vuelco el corazón cada vez que aparece esa persona, aunque lleves cincuenta años casada con ella —se sabía la teoría, a pesar de que nunca la había vivido.

Las únicas veces que el corazón le daba un vuelco era cuando aparecía Mark Shepherd en su clase para regañarla. Y en esos momentos, en lo último en lo que estaba pensando era en el amor.

—¿Eso era lo que sentías por Bud?

—Sí.

—¿Y estás segura de que le has dado a Mark el tiempo suficiente?

—No.

—Entonces, llámale.

—No.

—¿Por qué no?

«Vamos, sintonízate conmigo», le pidió mentalmente. Quería que le permitiera sentirla. Meredith estaba experimentando algunos de los sentimientos de Susan, pero no era capaz de distinguirlos de los suyos.

—Porque no. No me parece bien.

—¿Por qué no? Él está enamorado de ti, Suze. Te ha pedido que te cases con él. Estoy segura de que le encantaría que le llamas y le dijeras que has cambiado de opinión...

—No he cambiado de opinión.

—Mira, si lo que te pasa es que tienes miedo, voy a ir ahora mismo a tu casa y te voy a estrangular.

—Mark no está enamorado de mí.

—Por supuesto que está enamorado. Y cualquier tonto podría darse cuenta.

—Cuando hacemos el amor, piensa en otra persona.

Meredith sentía cómo se debilitaban sus nervios y la invadían el miedo y la culpa.

No, absolutamente no.

—¿En quién?

—No se lo he preguntado.

—¿Entonces cómo lo sabes?

—Porque eso sí se lo pregunté.

—¿Y por qué se lo preguntaste?

—Porque yo no pensaba en él.

—¿Y en quién pensabas?

—En Bud.

—Oh, Susan, eso es normal. Mark es el primero después de Bud.

—Como te he dicho, él tampoco pensaba en mí, Mer.

—Él también estuvo casado durante mucho tiempo. Además, los hombres fantasean mucho más que las mujeres.

Susan se echó a reír.

—De eso no estoy tan segura.

—Bueno, la verdad es que yo tampoco —admitió Meredith con una sonrisa. Pero se puso repentinamente seria—. Estoy preocupada por ti.

—Yo un poco también. Pero durante estos meses, he aprendido una lección muy importante: no quiero vivir a medias.

—Te quiero, Suze.

—Lo sé. Yo también te quiero.

Meredith no quería colgar todavía.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

Meredith cerró entonces los ojos.

—Le besé —confesó.

—¿Cuándo?

—El sábado por la noche. Después de todo lo que pasó con Kelsey.

—¿Y te acostaste con él?

—¡Por supuesto que no! Mark es tuyo. Te quiero y tú estás enamorada de él. Me he estado muriendo por dentro desde entonces, Suze. Jamás, jamás he querido serte desleal. Nunca.

—Lo sé.

—Pero lo fui. No fue nada más que un beso y ninguno de los dos quería que ocurriera. Sé que te parecerá una locura, pero te prometo que fue un accidente.

—¿Dónde estabais?

—En la cocina. Yo estaba a punto de marcharme.

—¿Y qué ocurrió después?

—Los dos admitimos que no había habido nada de carácter sexual en aquel beso y nos juramos que no volvería a ocurrir. No sé qué me pasó, Suze —se interrumpió, pero al ver que su amiga no decía nada, continuó—: Durante esta semana, he estado intentando convencerme de que lo único que sentí fueron tus sentimientos. Te habías ido muy alterada y, normalmente, sintonizo contigo cuando no estás bien. Pero no estoy segura. Y menos ahora que has roto con él...

Estaba divagando. Y sentía los nervios abrasándole la piel.

—Tenía que decírtelo —susurró—. No podía mantenerlo en secreto. No podemos dejar de ser sinceras entre nosotras. No sólo eres mi mejor amiga, Susan, sino que eres la hermana que nunca he tenido. Formas parte de mi familia.

—Tranquila, Mer —dijo Susan por fin—, de verdad. No sé si lo

que ha pasado entre Mark y tú me provoca más curiosidad que dolor. Pensar que estabais juntos cuando yo estaba en casa, creyendo que te estarías haciendo cargo de Kelsey...

Le había hecho daño. Meredith sentía las lágrimas empapando su rostro, pero no se las secó.

—Y creo que esto me confirma que no estoy enamorada de él — continuó Susan lentamente.

—O quizá es sólo que llevas demasiado tiempo siendo mi amiga como para odiarme, así que estás haciendo todo lo posible para no hacerlo.

—Meredith —Susan endureció su tono de voz—. No te preocupes —suspiró—. Lo digo en serio. Aunque te hubieras acostado con él y yo estuviera locamente enamorada, no pasaría nada porque te conozco. Sé que jamás me harías daño de manera consciente. Sea lo que sea lo que ocurrió entre vosotros, tenía que ocurrir. Era más fuerte que cualquiera de vosotros. Y, hazme caso, Meredith, debía de ser muy fuerte.

—Lo siento mucho —sollozó.

—Olvidalo, Mer.

—No me quedaré tranquila hasta que no me perdones.

—No hay nada que perdonar.

Meredith parpadeó para retener las lágrimas.

—Claro que sí.

—No, no hay nada que perdonar. Pero si lo prefieres, te perdono.

—¿Cómo puedes perdonarme?

—No tengo ni idea, pero te perdono. Y estoy segura de que tú harías lo mismo por mí.

Meredith se quedó en silencio. Todo su cuerpo pareció relajarse y las lágrimas cesaron.

—En eso tienes razón —contestó, sintiéndose tranquila por primera vez desde hacía una semana—. Yo también te conozco y sé que nunca me harías daño intencionadamente. Que quieras para mí

lo mejor.

—Exacto.

—Entonces, muchas gracias.

—De nada. Ahora, acuéstate y llámame mañana por la mañana.

—Sí, doctora.

Meredith estaba sonriendo cuando colgó el teléfono. Y tardó diez minutos en darse cuenta de que no le había hablado a Susan del programa de radio. Pero en ese momento, Larry Barnett era lo último que le importaba. Susan se había enterado de lo peor y todavía la quería.

—Hola, papá.

Mark, con la cara llena de espuma de afeitarse, miró hacia su hija, todavía en pijama.

—Buenos días, Kelsey.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Vamos a limpiar la casa y a hacer la compra. Y después, decide tú lo que quieres que hagamos.

Era lo que hacían la mayor parte de los fines de semana, excepto cuando él tenía planes con Susan.

Kelsey asintió y Mark advirtió que estaba particularmente seria.

—¿Te pasa algo, Kelsey?

—No.

Era una respuesta precipitada. Y en un tono de voz ligeramente alto. El radar de Mark detectaba problemas. Mark, que estaba a punto de llevarse la cuchilla a la cara, se detuvo y la miró. Él pensaba que, una vez Susan fuera de escena, Kelsey volvería a la normalidad. A menos que supiera que había hablado el día anterior con el señor Brown. El profesor de Kelsey le había advertido que las notas de su hija habían bajado considerablemente durante las últimas dos semanas. Mark le había asegurado que ya había solucionado ese problema.

—Ayer vino a verme el señor Brown. Me contó que tenías

problemas con las matemáticas y la lectura. ¿Necesitas que te eche una mano después del colegio?

—No.

—¿Estás segura?

Kelsey lo miró a los ojos.

—Sí.

Y Mark se derritió al ver la dulzura de su mirada. Terminó de afeitarse, se limpió la cara y se apoyó contra el lavabo.

—Creo que a lo mejor soy parcialmente culpable de esto, Kelsey —le dijo—. He estado tan ocupado intentando que aceptaras a Susan que no he prestado atención a tus sentimientos.

Kelsey parecía confundida, pero continuaba mirándole. Mark no sabía cómo hacerle entender algo que ni siquiera él comprendía del todo bien.

—En cualquier caso —dijo—, sospecho que la bajada de tus notas tiene que ver con Susan y conmigo.

Kelsey desvió la mirada y asintió. Mark la levantó en brazos como cuando era mucho más pequeña y le dio un beso en la nariz.

—Lo siento, cariño.

—Yo también lo siento, papá. Nunca volveré a gritarte como el otro día.

—Me alegro de oírlo —contestó—. No quiero volver a enfadarme contigo, no me gusta.

—A mí tampoco.

Pero Kelsey continuaba triste y Mark imaginó que probablemente hacían falta algo más que palabras para superar aquel malentendido. Y, mientras tanto, tenía que atender al programa de radio.

Aquél era otro problema. Un problema que, sospechaba, también iba a ser difícil de resolver.

—¿Puede decirnos, doctor, cuántos de los pacientes que ha tratado creían tener capacidades psíquicas especiales?

Meredith permanecía en la cocina con la taza en la mano,

escuchando la radio. Llevaba allí quince minutos y todavía no se había servido el café.

—Lo siento, no puedo. Es un número demasiado grande como para contarlo —Meredith sintió que le acababan de dar un puñetazo en el estómago—. Es habitual que muchas personas que sufren alteraciones mentales justifiquen sus acciones diciendo que tienen habilidades psíquicas especiales. Muchos, muchos criminales, han cometido sus delitos siendo víctimas de esa falsa ilusión.

—¿Qué es lo que le ocurre a esa gente?

—Muchas de esas personas, si llegan a juicio, son consideradas culpables con el atenuante de enfermedad mental y encerradas en psiquiátricos.

La taza que Meredith tenía en la mano terminó hecha añicos a sus pies. Se agachó para recoger aquel desastre. Tomó los trozos más grandes y fue a buscar la escoba. Tenía algunos cortes en los tobillos, pero decidió que ya se ocuparía más adelante de ellos.

El programa continuó. Larry Barnett había soltado su perorata al principio y la periodista, Delilah White, había cedido después la palabra al resto de los invitados; un psicólogo, una psicóloga infantil que habló de lo vulnerables que eran los niños a los ocho años y de cómo la percepción que tuvieran de su padre podía marcarlos para toda una vida. Comentó también que, a menudo, los niños admiraban tanto a sus profesores que estaban dispuestos a creer cualquier cosa que éstos les dijeran.

La vidente fue la peor. Admitió que se había ganado muy bien la vida prediciendo el futuro en televisión y que había sido muy divertido, que no pensaba que la gente creyera de verdad lo que le decía.

Continuó hablando un neurocirujano, que explicó que no había ninguna prueba que demostrara la existencia de capacidades psíquicas especiales.

Sonó el teléfono de Meredith, pero decidió no contestar. Se fue a

buscar la escoba. Como no la encontró, recogió los restos de la taza con un pedazo de papel de cocina. Y después, se sentó en el suelo.

Delilah White invitó a sus oyentes a llamar. Uno tras otro, diferentes ciudadanos fueron mostrando su indignación por el hecho de que niños tan pequeños pudieran estar expuestos a la influencia de profesoras como ella.

Y, como era habitual en ese tipo de programas, también hubo personas que llamaron para defender el derecho de Meredith a creer en lo que ella quisiera siempre y cuando no incluyera sus creencias en sus enseñanzas y no hiciera ningún daño a nadie.

—¿Ningún daño a nadie? —saltó Larry Barnett—. ¿Cómo puede ser nunca inofensiva una acusación de malos tratos?

—Lo siento, pero no puedo dejar de estar de acuerdo con el señor Barnett. Es evidente que aquí se ha hecho algún daño. La pregunta ahora es, ¿qué van a hacer los responsables del sistema educativo de Bartlesville al respecto?

Evidentemente, ya estaba hecho el daño. Sólo se había oído a una de las partes. No había habido un juicio, pero ya había sido sentenciada. Meredith se levantó de un salto, agarró el teléfono y marcó el número que Delilah White había estado repitiendo hasta el agotamiento.

Tuvo que intentarlo seis veces y después la dejaron esperando. Pero sólo hasta que dijo su nombre.

—Damas y caballeros, tenemos a la señorita Meredith Foster al teléfono. Y estoy segura de que nuestros oyentes quieren oír lo que tiene que decimos.

—Soy profesora —dijo Meredith, haciendo un gran esfuerzo por hablar lentamente—. Enseño a los niños los contenidos marcados por el currículum académico, nada más. Durante los últimos cuatro años, mis alumnos han alcanzado niveles significativamente altos en las pruebas de aptitud. De hecho, han tenido las notas más altas de Bartlesville. Como profesora, estoy expuesta también a todo tipo de

estallidos emocionales, puesto que a esta edad, los niños no han aprendido todavía a controlar sus sentimientos. Precisamente por eso, puedo ser consciente de las dificultades que atraviesan. Y en cuanto ocurre algo que considero extraño, hablo directamente con los padres. La otra opción posible, sería permanecer en silencio, pero creo que son muchos los padres que prefieren saber qué posible problema puede tener su hijo.

—Pero, señorita Foster, en el caso que nos ocupa, tengo entendido que el niño no le transmitió ninguna información. Que usted dedujo que tenía problemas y basándose únicamente en una corazonada, fue a ver a la madre del niño para decirle que estaba siendo maltratado.

—Me gustaría decirle al señor Barnett que, si está tan preocupado por su hijo, no entiendo por qué está haciendo público el hecho de que yo pensara que el niño tenía algún problema. A mi parecer, todo este exceso de atención puede ser mucho más perjudicial para un niño que cualquier cosa que yo pueda decirle a su madre en privado.

—Mi hijo está siendo utilizado públicamente, señorita Foster —replicó Barnett tranquilamente—, y ésa es la razón por la que quiero acabar con esto. Quiero que Thomas sepa que no tengo nada que esconder.

—Señorita Foster —era Delilah White otra vez—, ¿va a negar que dijo utilizar sus habilidades psíquicas con sus alumnos?

—Yo no soy ninguna vidente ni nada parecido —Meredith fijó la mirada en el papel de cocina que tenía en la mano—. No tengo ninguna capacidad que no tengan ustedes. Sencillamente, soy más sensible, tengo mayor capacidad de percepción. Pero eso es algo que puede tener todo el mundo.

—Así que percibió que el señor Barnett, un hombre cuyos actos han sido examinados con lupa desde hace años y que ocupa uno de los cargos más importantes de este estado, estaba maltratando a su hijo.

—Lo que yo creo es que el padre de uno de mis alumnos...

—De uno de sus antiguos alumnos... —intervino el fiscal.

—... estaba causándole problemas emocionales a su hijo —
terminó Meredith.

—Algo que usted dedujo basándose solamente en su particular
percepción —dijo la periodista.

—Sí.

—El niño no dijo una sola palabra al respecto.

Meredith tomó aire y cerró los ojos.

—Exacto.

—Eh, gracias por llamar, señorita Foster. Tenemos otros oyentes
esperando.

Y le colgó el teléfono.

Meredith comprendió que acababa de ayudar a Larry Barnett a
ponerle la soga al cuello.

Capítulo quince

Para cuando terminó el programa de Delilah White, la casa estaba completamente limpia.

—Ya he terminado de quitar el polvo, papá —anunció Kelsey, apareciendo detrás de él en el baño.

Cepillo en mano, Mark se apartó de la taza del váter y miró a Kelsey, que parecía haberse quedado con todo el polvo que había quitado.

—Buen trabajo cariño. En cuanto me lave las manos y me cambie de camisa, iremos a comprar.

—No han sido muy amables con Meredith, ¿verdad? —preguntó Kelsey, frunciendo el ceño mientras seguía a su padre a su habitación.

—No, no han sido muy amables.

La cama estaba sin hacer. Mark quería haber cambiado las sábanas, pero podrían aguantar un día más. Se quitó la camiseta y se puso un polo de color verde claro.

—¿Crees que habrán herido sus sentimientos? —preguntó Kelsey, colocándose justo tras él mientras Mark se detenía frente a la nevera para tomar la lista de la compra que tenía sujeta por un imán.

—Espero que no.

—¿Pero tú qué crees? —insistió su hija.

Mark se detuvo y miró a la niña que, con los vaqueros de los abalorios y una camiseta de color rosa y manga corta, parecía una versión minúscula de aquella profesora de la que había estado hablando sin parar durante todo el año.

—Sí, Kelsey, creo que esto ha debido de hacerle daño.

—Entonces deberíamos ir a verla, papá.

Su pequeña compañera tenía un gran corazón, gracias a Dios.

—Pero no creo que quiera vemos ahora, cariño.

—Seguro que a mí sí quiere verme —repuso Kelsey con toda la inocencia y la confianza de una niña de nueve años—. Lo sé. Y esta vez, tendrás que ser bueno con ella.

Mark continuaba nervioso mientras conducía hacia la calle de Meredith horas más tarde, después de haber ido a hacer la compra y haber llevado las compras de nuevo a casa.

—Prométeme que no le vas a gritar —dijo Kelsey, mientras miraba por la ventanilla la casa de Meredith.

—Caramba, Kelsey, lo dices como si fuera un ogro. Yo nunca grito.

—Tú sólo sé bueno con ella, ¿vale? Ha tenido un día muy duro.

—Cariño, yo soy un buen tipo.

—¡Papá! —exclamó Kelsey en tono de advertencia y desesperación.

—Te lo prometo.

—Gracias.

Mark le sonrió a su hija, preguntándose cómo habría llegado a crear una personita tan contestataria.

Vestida con una falda larga de tela vaquera, una blusa blanca con cuentas brillantes y la melena suelta, Meredith parecía estar preparada para enfrentarse al mundo cuando abrió la puerta. No estaba encerrada en casa, deprimida y necesitada de visitas. Mark se sintió como un auténtico estúpido al verse a sí mismo en el porche con un recipiente de helado de pastel de plátano en la mano.

—Hola, mi padre no está enfadado contigo —la saludó Kelsey antes de que él pudiera explicar aquella intromisión y largarse de allí.

—¡Kelsey! —la alegría de Meredith parecía sincera—. Adelante.

Un saludo demasiado efusivo para una despedida rápida.

Entraron en la casa con aquella mujer que parecía estar perfectamente bien y no necesitar ningún tipo de cuidado.

—Te hemos traído un capricho, ¿verdad, papá?

—Eh, sí —dijo Mark por fin, tendiéndole el helado, pero evitando su mirada.

—Y también hemos traído helados para nosotros —dijo Kelsey, dirigiéndose a la cocina y sentándose en la mesa.

Su hija sólo había pasado una noche en aquella casa y ya se comportaba como si le perteneciera. Mark se recordó mentalmente que debería enseñarle a su hija buenos modales.

—¡Pastel de plátano! —exclamó Meredith—. Y para ti de galletas —puso un recipiente delante de Kelsey.

—Mi padre también va a tomar de plátano —le dijo Kelsey mientras le quitaba la tapa a su helado.

—Sí, ya lo veo.

Meredith colocó un cuenco delante de una de las sillas vacías y alzó la mirada. Miró a Mark directamente a los ojos, con una expresión cargada de preguntas que él no estaba en condiciones de contestar. Todavía no sabía siquiera qué estaba haciendo allí.

—Esa gente de la radio es una estúpida —dijo Kelsey con la boca llena de helado—. Papá también lo ha dicho, ¿verdad, papá?

Meredith continuaba mirándolo fijamente.

—Sí.

La maestra relajó visiblemente los hombros. E, ironías de la vida, también Mark.

—¿Quieres venir a las montañas Osage con nosotros? —preguntó Kelsey mientras lamía los últimos restos de helado de la cucharilla de plástico—. Vamos a ir a las cascadas y después papá y yo vamos a jugar al *frisbee*.

Caminar, jugar. Sonaba maravilloso.

—Estoy seguro de que Kelsey tiene muchas cosas que hacer esta tarde —intervino Mark antes de que Meredith pudiera responder—.

Es evidente que estaba a punto de marcharse. Probablemente incluso la estemos entreteniéndolo.

Kelsey alzó la mirada hacia ella.

—¿Te estamos entreteniéndolo? —Kelsey la miró.

—No —contestó Meredith con una sonrisa.

Kelsey estaba haciendo un gran esfuerzo; no estaba tan contenta como quería hacerles creer, pero Meredith estaba empapándose del afecto sincero que emanaba de la niña. La había echado de menos. Mucho.

—Pero estoy seguro de que tu padre tiene otros planes para esta tarde, cariño.

No podía mirar a Mark otra vez. Era peligroso. Había algo que no entendía.

Y también un gran sentimiento de culpa. Lo había besado después de que su amiga los hubiera dejado solos, confiando plenamente en ellos. Y no importaba que posteriormente Susan hubiera roto con él. Su amiga podía haber cometido un error. En realidad estaba enamorada de Mark.

—No —estaba diciendo Kelsey, meciendo los pies por debajo de la mesa—. Hoy decido yo lo que vamos a hacer.

—Bueno, pero estoy segura de que no queréis cargar conmigo uno de los pocos días que tenéis para vosotros dos.

—Sí queremos —respondió Kelsey—, ¿eh, papá?

Si ella misma no hubiera estado tan incómoda, Meredith se habría echado a reír al ver la expresión de Mark.

—Sí —fue lo único que dijo él.

Y como Meredith estaba que se subía por las paredes, adoraba a Kelsey y no soportaba la idea de desilusionarla tan pronto, y porque Susan estaba en el hospital, atendiendo a sus pacientes, Meredith aceptó la invitación.

Caminaron, rieron y jugaron. Y, sin saber muy bien cómo, terminaron en casa de Meredith después de haber comprado comida

china para cenar. Pusieron fin a la velada viendo *Un astronauta en la corte del rey Arturo*, la película favorita de Kelsey. La niña parecía feliz, contenta. Pero cada vez que Meredith fijaba en ella la mirada, sentía una desagradable tensión en el estómago.

Quizá la culpa la tuvieran el helado y la comida china.

A las nueve y media, le tocó el turno a una de las películas que más le gustaba a Meredith, *El show de Truman*; Mark no la había visto, y Kelsey se quedó dormida.

—Deberíamos marcharnos —dijo Mark cuando Meredith advirtió que la niña dormía con la cabeza apoyada en el brazo del sofá y detuvo la película.

Meredith sabía que debería dejar que se fuera. Pero después de la breve mención de Kelsey, habían estado evitando hablar del programa de radio de la mañana durante todo el día y Meredith necesitaba saber qué pensaba Mark y en qué situación se encontraba ella.

—Puedes llevarla a la cama de la habitación de invitados hasta que termine la película —sugirió.

Mark la miró. Parecía que iba a negarse. Pero al final, asintió.

—Buenas tardes, buenas noches y buenas madrugadas.

A Meredith le entraban ganas de aplaudir mientras Jim Carrey hacía su última intervención y cruzaba el escenario al que se había reducido su vida desde su nacimiento. Mark tenía la mirada fija en los créditos de la película.

—¿Qué te ha parecido?

Mark la miró, se echó hacia delante y apagó el televisor.

—Es buena.

—¿Eso es lo que tienes que decir? ¿Qué es buena?

Aquella película le había producido una gran emoción la primera vez que había ido a verla al cine; tanta, que había ido a verlas dos veces más en la misma semana.

—Debe de ser muy desconcertante darse cuenta de que a uno

pueden manipularlo de esa manera —comentó Mark—. Lo han mantenido atrapado durante décadas en ese mismo escenario y él ni siquiera era consciente de que no estaba viviendo la realidad.

—Eres más profundo de lo que quieres creer, Shepherd —dijo ella, diciéndose a sí misma que la intensidad de su placer era ridícula.

—Simplemente, soy como soy —dijo—. Y creo que ya es hora de irse a la cama.

Aquellas palabras, pronunciadas de una a forma completamente inocente, quedaron flotando entre ellos. Pero sólo porque era tarde. Y estaban rodeados de una luz tenue. Y Meredith había tenido un día muy duro.

Se inclinó hacia delante en la silla.

—Antes de que te vayas, ¿te importaría decirme qué te ha parecido el programa de radio de esta mañana?

—Creo que Barnett lo había preparado muy concienzudamente.

—¿Y?

—Y que ha conseguido sacarte mucha ventaja.

Sí, Meredith lo sabía, pero al oírse lo decir, sintió de nuevo la puñalada del miedo.

—¿Cuánta?

—En realidad no quieres que hablemos de eso esta noche, ¿verdad? —le preguntó él suavemente—. Se supone que hoy es un día para olvidar.

—El problema de eso... —intentó reír, pero no lo consiguió—, es que uno siempre recupera la memoria.

—Pronto llegará el lunes. Date por lo menos todo el fin de semana.

—Mark, si sabes algo, dímelo, por favor. El resto del fin de semana va a ser una tortura si continúo esperando a tener alguna noticia. Preferiría saber ya a lo que me enfrente.

Mark suspiró, se frotó las manos y se reclinó en el sillón,

mirándola de frente.

—Hoy he recibido una llamada del superintendente de educación. Me ha recomendado que te despida.

A Meredith se le cayó el corazón a los pies, pero intentó concentrarse.

—¿Basándose en qué?

Mark se inclinó hacia delante y la miró con expresión compasiva.

—Eso ahora no importa, Meredith. Acuéstate y hablaremos el lunes.

—¿Basándose en qué?

—En primer lugar, por maltratar psicológicamente a un niño.

Meredith no se lo podía creer. Apenas podía respirar. A pesar del calor de la habitación, tenía la piel helada.

—Me he pasado toda mi vida intentando ayudar a los niños.

—Lo sé. Ya te he dicho que deberíamos dejar esta conversación para otro momento.

Meredith lo miró fijamente.

—Eso no va a cambiar nada, Mark. Yo jamás, jamás, le he hecho ningún daño a un niño. Esto es ridículo. Lo único que hice fue hablar con la madre de Tommy. Nunca he hablado con él sobre esto. Y si está sufriendo, es por culpa de lo que están haciendo sus padres con la información que les di.

—Lo sé.

—No me sigas la corriente, Mark.

—No te estoy siguiendo la corriente —la firmeza de su tono la convenció—. Y no creo que ese cargo pueda prosperar —añadió—. Pero sí el segundo.

—¿De qué me acusa?

—De vileza moral.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y Meredith parpadeó rápidamente para apartarlas.

—¿Qué delito se supone que he cometido?

—Has hecho declaraciones falsas.

—Lo que he dicho es cierto.

—Según Larry Barnett, no.

—Lo único que he dicho es que tenía la sensación de que su hijo estaba siendo maltratado. Nadie puede juzgar mis sentimientos.

—Le dijiste a su esposa que Tommy estaba sufriendo maltrato —dijo Mark—. Y no tenías ninguna prueba para demostrarlo.

Sí, Meredith se lo había dicho, pero porque sabía que era verdad.

—El superintendente está en una situación muy difícil, Meredith —le advirtió Mark—, le están presionando para que tome una decisión y tiene que hacerlo basándose en los hechos que tiene ante él. Y cree que los hechos demuestran que has hecho declaraciones falsas.

—Eso significa que, si en el consejo escolar hay suficientes miembros que estén de acuerdo con él, antes o después recibiré una carta comunicándome el despido —había leído los estatutos del centro cuando la habían contratado y había vuelto a leerlos aquella mañana.

—Dispondrás de al menos veinte días antes de que te despidan y, durante ese tiempo, podrás presentar alegaciones indicando los motivos por los que consideras que no debes ser despedida.

—Y después habrá una votación en el consejo.

Mark asintió.

—Así que tú no puedes hacer nada —susurró Meredith.

En realidad tampoco importaba. Mark había estado de acuerdo con Barnett desde el primer momento.

—No exactamente —contestó Mark lentamente, arrastrando las palabras—. Puedo presentar un informe similar al que llevé a la reunión de padres, acompañado de material más significativo, y ver si de esa manera puedo convencer también a todos los miembros del consejo.

—¿A qué tipo de material te refieres?

—Amber McDonald. La actual Amber Walker.

Meredith había recibido dos semanas atrás una carta de la madre de la niña. Amber se había quedado a dormir en casa de unas amigas y había llamado a su padrastro para que fuera a buscarla al día siguiente. Era la primera vez que se permitía a sí misma estar a solas con él, con cualquier hombre de hecho, después de haber sufrido abusos. Su madre estaba muy esperanzada, y Meredith también.

—Evidentemente, no podemos hablar de ella públicamente — estaba diciendo Mark—, pero podemos incluir la información de forma confidencial.

—¿Tú qué piensas de ese caso? —preguntó Meredith.

Estaba demasiado cansada para poder averiguarlo por sus propios medios.

—Creo que le salvaste la vida a esa niña.

—¿Y esta vez por qué tiene que ser diferente?

—Porque no has tenido suerte.

De modo que él pensaba que su acierto de la vez anterior sólo había sido una cuestión de suerte. Como si estuviera jugando a una especie de ruleta rusa con la vida de los niños. A Meredith no la sorprendieron tanto sus palabras como lo mucho que le dolieron.

Se levantó.

—Será mejor que te vayas.

Mark la agarró de la muñeca y le hizo sentarse de nuevo a su lado en el sofá.

—Meredith, escucha, estoy de tu parte.

Meredith no se atrevía mirarlo.

—¿Cómo puedes decir eso cuando crees que no sé de lo que estoy hablando?

—Creo que tú piensas que sabes de lo que estás hablando — respondió él, instándola a escucharle con la suavidad de su tono—. Y aunque puedas estar equivocada, sé que no estás intentando hacerle daño a nadie.

—Ellos no tienen que demostrar que he intentando hacerle daño a Tommy. Lo único que tienen que intentar demostrar es que he hecho unas falsas declaraciones para intentar ayudarlo.

—Y lo único que tienes que hacer tu es convencer al consejo escolar de que crees lo que dices.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

Mark se encogió de hombros y sonrió suavemente.

—No tengo ni idea, pero sé que lo conseguirás —respondió—. Desde luego, a mí me has convencido plenamente de que crees que lo que dices es cierto.

Bueno, eso ya era algo. Sobre todo porque ella ya no estaba segura de saber quién era.

Mark tenía las manos apoyadas en los muslos. Unas manos fuertes, capaces, delicadas. Y ella estaba en sus manos. Mark no creía en su don, pero al menos creía que Meredith no mentía.

Y parecía pensar que eso podría ser suficiente.

—Aquí tienes tu bolsa.

Kelsey sacó una bolsa de papel de la mochila y se la tendió a Kenny sin mirarlo apenas. Había ido corriendo hasta allí, mirando constantemente hacia atrás. Miró de nuevo tras ella, temiendo que pudiera haber alguien viéndola hacer aquello.

—Gracias —dijo Kenny—, ¿cómo estás?

—Bien. Pero tengo que irme —se agachó para meterse entre los arbustos y trepar por la verja.

—Eh, espera —Kenny dio un paso adelante.

—¿Qué pasa?

Aquel día, Kelsey se había puesto los vaqueros de las mariposas porque sabía que iba a ir a verla. Quería que se fijara en ella. Pero en aquel momento se sentía como una estúpida. No era divertido ver a Kenny cuando sabía que podía terminar en la cárcel.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Kenny.

—Nada.

—Sí, te pasa algo. ¿Estás enfadada conmigo?

—No.

—¿Entonces qué te pasa?

Parecía a punto de llorar. Kelsey se volvió y comprendió que no se había equivocado. La miraba con tristeza, no se reía como hacía normalmente. Y ella odiaba ver a la gente triste. Sobre todo si era por su culpa.

—Lo siento, Kenny.

Kenny no dijo nada. Se limitó a mirarla fijamente.

—¿Qué te pasa? —insistió.

Kelsey había prometido no contárselo a nadie. Pero seguramente Kenny no contaba, puesto que él formaba parte de todo aquello.

—¿Sabes que podemos buscamos problemas?

—No, si no nos pillan.

No parecía preocupado y Kelsey imaginó que no sabía que podían terminar en la cárcel.

—Pero Kenny, ¿y si nos pillan?

—¿Cómo van a pillarnos? Sólo somos niños.

¿Debería decírselo?

—Hay cárceles para niños.

Kenny la miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera pensando, pero en realidad la estaba mirando a ella.

—¿Lo sabes?

Kelsey asintió.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Don tiene un laboratorio en su garaje —le dijo a Kenny. Le sentaba bien poder pronunciar aquellas palabras en voz alta en vez de oírlas constantemente en su cabeza—. Entré sin querer en el garaje el viernes y él y mi madre se asustaron. Don me dijo que no tenía que contarle nada a nadie porque está haciendo experimentos que sólo se pueden hacer en laboratorios de verdad, no en casa...

Pero se interrumpió de pronto al ver que Kenny estaba negando

con la cabeza.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Eres muy pequeña, ¿lo sabes?

—No, no soy pequeña —hacía mucho tiempo que había dejado de serlo. Y podía ir a la cárcel.

—Ese laboratorio no es para hacer experimentos, Kelsey —dijo Kenny—, es un laboratorio de anfetaminas.

Capítulo dieciséis

Kelsey inclinó la cabeza.

—¿Qué es un laboratorio de anfetaminas?

—Bueno, ya sabes, un laboratorio en el que se hacen cristales, meta, crack...

Lo decía como si Kelsey supiera de lo que estaba hablando.

—Hielo, Kelsey, cristal. Todo eso es lo mismo.

—¿Entonces es Don el que hace esos cristales? Yo creía que eran minerales.

—Claro que los hace él —contestó Kenny—. Y yo se los vendo a los niños del colegio.

—No, no es verdad —Kelsey negó con la cabeza—. Tú los usas para tu clase de plástica.

—Eh —Kenny retrocedió un paso—. Yo no los uso para nada. Esas cosas podrían matarte.

—¿Cómo va a matarte un cristal?

—Es una droga, Kelsey. La gente las esnifa, las disuelve en café o la fuma.

—¿Son drogas de verdad? —le preguntó Kelsey estupefacta—. ¿Cómo las que salen en la televisión?

Kenny asintió.

—Pero las drogas son pastillas. O jeringuillas.

—Antes eran así —respondió Kenny, haciéndose el importante—. Pero ahora tienen esa forma. Te ponen muy contento y te dan mucha energía, y puedes hacerlas en tu propia casa.

—Como Don.

—Sí, pero mi padre dice que Don las hace de manera muy

especial. Que utiliza un método diferente y que por eso la policía no nos va a pillar nunca.

— ¿Y los niños las toman?

— Sí, ya lo verás cuando estés en quinto.

— Entonces, ¿he estado trayéndote drogas?

No se lo podía creer. No se podía creer que su madre le hubiera permitido hacer algo así. Eso significaba que a lo mejor su madre no sabía lo que hacía.

— Sí, las hace Don, tú me las traes y yo las vendo para conseguir dinero para un abogado y así poder irme a vivir con mi padre — parecía muy complacido con lo que estaba haciendo.

— ¿Entonces yo soy una vendedora de drogas?

Había visto un programa de televisión sobre eso. Los vendedores de drogas eran personas horribles, gente sucia que mataba a los demás y terminaba muriéndose.

— No, tonta — Kenny le dio un ligero puñetazo en el brazo —. Eres una niña que no sabe nada. Tú estás a salvo, confía en mí.

Pero Kelsey no se sentía a salvo. Se sentía enferma y sucia. Y no podía seguir viviendo con su padre si no quería que su propia suciedad terminara manchándole a él.

— Tengo que irme — dijo.

Se metió entre los arbustos y saltó la verja tan rápidamente que se arañó el brazo. Cuando llegó al otro lado, comenzó a correr a toda velocidad. Y después, demasiado cansada para continuar corriendo, se tumbó en el césped y comenzó a llorar.

La carta del superintendente llegó el miércoles. Mark se la entregó a Meredith en mano al salir del colegio y después la invitó a cenar con él en su casa para diseñar una estrategia. Meredith sospechaba que también lo hacía por compasión, pero decidió ir de todas formas. Si tenía alguna posibilidad de sobrevivir intacta a todo aquel proceso, iba a necesitar su ayuda.

El domingo había hablado con su madre y con Susan. Ambas le

habían asegurado que no estaba loca y le habían dicho que su única opción era seguir confiando en que su intuición y su corazón le dijeran lo que tenía que hacer.

—¿Cómo está Kelsey? —le preguntó Meredith en cuanto salieron al aparcamiento.

—Está rara —a Meredith no la sorprendió aquella respuesta—. Creo que el lunes se peleó con alguien.

—¿Una pelea? —Meredith se detuvo—. ¿Con quién? ¿Y por qué?

—No lo sé, no ha querido decírmelo.

—¿Pero ha admitido al menos que se peleó con alguien?

—No, tampoco lo ha querido admitir. Pero llegó con la ropa sucia, como si hubiera estado rodando por el suelo, tenía un arañazo en el brazo y era evidente que había estado llorando.

Meredith intentó despejarse la cabeza, ver en su propio interior. Si Kelsey tenía problemas, los suyos dejaban de tener importancia. La otra noche había sentido algo y lo había ignorado. Frustrada, le preguntó a Mark:

—¿Qué explicación te ha dado ella?

—Me ha dicho que se cayó jugando con Josie.

—¿Y la madre de Josie no la ayudó a limpiarse?

—Yo le pregunté lo mismo. Pero me dijo que habían estado jugando en el colegio hasta que había llegado la hora de que fuera a buscarla.

Pero Meredith sabía que no era cierto.

Mark no permitió que Meredith lo ayudara a preparar la cena. Estaba haciendo su especialidad, comida precocinada a la que sólo había que añadirle una hamburguesa y agua. Meredith tampoco podía ayudarlo a poner la mesa, porque ese trabajo le correspondía a Kelsey y su padre consideraba saludable que la niña asumiera sus responsabilidades.

Meredith insistió en lavar los platos, pero también para ello encontró Mark una excusa. La situación era demasiado íntima,

demasiado doméstica al no estar Susan allí. Y Meredith podía ser una amiga, pero también era una de las profesoras del colegio.

En cuanto Kelsey se fue a su habitación para hacer los deberes, Mark se centró en el asunto que los ocupaba.

—Faltan veinte días para que se celebre la auditoría —le dijo—. Será el nueve de mayo, martes.

Meredith se secó las manos y colgó el paño de la cocina.

—Pretendo dedicar las próximas dos semanas a ponerme en contacto con cada uno de los padres y de los miembros del consejo escolar. Quiero asegurarme de que todos aquéllos que no te conocen y no conocen tampoco tu trabajo tengan oportunidad de hacerlo. Sería conveniente que me dieras una lista de todos los padres que recuerdes a los que has dado consejo durante todos estos años.

Meredith asintió.

—Susan me comentó algo hace unas semanas sobre tus antecedentes. Quería saber el número de veces que habías dado un consejo a un padre siguiendo los dictados de tu intuición y habías demostrado estar en lo cierto. Y creo que una información de ese tipo podría ser una prueba de tu capacidad para averiguar la verdad en situaciones difíciles.

—Eso te hace sentirte mejor, ¿verdad, Mark? —le preguntó Meredith mientras alargaba la mano hacia su bolso—. La posibilidad de tener pruebas antes de defenderme.

Así que Meredith continuaba dispuesta a convertir su vida en un infierno, se dijo Mark.

—¿Quieres luchar por tu puesto de trabajo o no?

—Por supuesto que quiero —reconoció Meredith.

—¿Y crees que podrías reunir suficiente información como para rebatir a los expertos que llevó Barnett el otro día?

—Sí, estoy segura.

—Veinte días no es demasiado tiempo.

—Tendré toda la información necesaria —respondió con calma.

Mark no era capaz de entender cómo conseguía estar tan serena en medio de aquel torbellino.

—¿Y de verdad te encuentras bien?

—No —Meredith se colocó el bolso en el hombro y le miró sorprendida—. La verdad es que no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a estas tres semanas.

No estaba del todo seguro, pero a Mark le pareció ver que le temblaba el labio.

—Voy a despedirme de Kelsey —le dijo.

Y Mark decidió permanecer en un terreno seguro y la dejó marchar.

El viernes, Susan llamó a Meredith para decirle que tenía una cita con el administrador del hospital. Era un hombre que pilotaba aviones en su tiempo libre e iban a ir a cenar a Dallas.

—Pareces diferente, Suze —le dijo Meredith a su amiga.

Tenía la mirada fija en las ventanas de la clase mientras preparaba el trabajo del siguiente trimestre. Susan también se sentía diferente.

—Yo... Steven lleva casi dos meses detrás de mí, pero yo no le he hecho caso.

—Por Mark.

—Sí, pero también porque Steven y yo tenemos poco en común. Vive completamente al día, Mer, mientras que yo tengo planificadas hasta las vacaciones del año que viene.

—Eso no es verdad —contestó Meredith riendo.

—Llevo una vida bastante rígida.

—Pero antes no eras así.

—Lo sé.

—Con Steven hay química, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

¡Aleluya!

—Ahora, hágame de Kelsey. En tu mensaje decías que estabas preocupada por ella.

—Sé que le ocurre algo —dijo Meredith—, pero estoy tan cansada que no consigo averiguar lo que es.

—¿Y estás segura de que le ocurre algo?

—En un noventa y cinco por ciento.

—De acuerdo —Susan adoptó el tono de efectividad—. Tienes que encontrar una forma de pasar más tiempo con ella. Sabes que en cuanto estés cerca, podrás pasar por encima de todos esos ruidos y averiguar lo que le está ocurriendo.

Meredith lo sabía, sí. Y aun así no había hecho ningún intento de ver a la niña. Ni siquiera en el patio o en el comedor del colegio.

—¿Y qué voy a hacer con esa información? ¿Decirle a Mark que su hija tiene problemas? Nunca me creerá.

—Y ahora no es un buen momento para eso, ¿verdad?

Mark era su única esperanza de vencer a Barnett. Y quizá fuera una esperanza demasiado débil.

—Si creyera que puedo serle útil a Kelsey, lo haría de todas formas —o al menos lo habría hecho la antigua Meredith.

—¿Y cómo sabes que no puedes serle útil si no sabes lo que le pasa? A lo mejor puedes ayudarla sin que nadie lo sepa.

Ésa no era su manea de actuar. Ella siempre hablaba con los padres. Pero hasta que no supiera lo que ocurría...

—Veré lo que puedo hacer —contestó sintiéndose un poco mejor.

—Y hasta entonces, procura pasar algún tiempo con su padre y averiguar lo que está ocurriendo allí.

Meredith miró hacia la puerta de la clase como si temiera que alguien pudiera oír a su amiga.

—No está pasando nada entre Mark y yo —contestó en un precipitado susurro.

—Entonces, debería pasar.

—Susan, que tú hayas encontrado a alguien no significa que todo el mundo tenga que hacerlo.

—Soy médica, Mer, no soy estúpida.

—Entonces deja de decir tonterías.

—Pasaste el sábado con él.

—Porque Kelsey estaba preocupada por mí.

—¿Y por eso renunció Mark a pasar el día a solas con su hija?

—El sábado decidía Kelsey lo que tenían que hacer y fue ella la que decidió pasar el día conmigo.

—¿Y por eso estuviste viendo una película con su padre cuando la niña se durmió?

—Mira Susan, tú no estabas y yo había oído ese horrible programa de radio. Me habría ido con un cocodrilo si me lo hubiera pedido.

—¿Y la cena del miércoles?

—Fue para hablar de mi posible despido.

—¿Qué sientes cuando le miras?

—Me siento atraída por él —se interrumpió al oír su respuesta. Susan siempre había sido mucho mejor que ella en aquella clase de interrogatorios—. Es un hombre atractivo, una mujer tendría que estar muerta para no fijarse en él.

—¿Y qué sientes cuando piensas en él?

—Creo que todavía estoy sintiendo tus sentimientos.

—¿Cómo cuando piensas en besarle? ¿O como cuando intentas no imaginártelo en la cama?

—¿Lo ves? Todo eso es lo que te pasa a ti.

—Yo nunca he pensado en Mark de esa manera, a menos que estuviera viéndolo. Siempre pensaba en Bud. Y, de vez en cuando, en Steven.

—Yo no puedo estar sintiendo esas cosas, Suze. Ese hombre me romperá el corazón.

—No, no es cierto.

Meredith oyó voces en el pasillo. Se recordó entonces que estaba sentada en un aula de tercer grado que en menos de quince minutos estaría llena de niños.

—Uno de nosotros tendría que renunciar a su trabajo.

Susan suspiró.

—Lo sé. Y para eso no tengo respuesta. Ambos estáis encantados con vuestro trabajo y lo hacéis de forma maravillosa. No sé qué podríais hacer.

Además, Meredith no podría soportar una decepción amorosa. Su vida ya era suficientemente desastrosa como para añadirle la posibilidad de un amor no correspondido.

—Porque no hay nada que averiguar —contestó Meredith secamente.

—Tú siempre has intentado ser sincera contigo misma.

Aquello le dolió.

—Tengo clase dentro de diez minutos.

—¿Y no quieres besarle otra vez?

¡No! ¡Absolutamente no! Pero estaba hablando con Susan. Y su amiga demandaba sinceridad.

—Si las cosas fueran diferentes, quizá.

—Eso es lo que me imaginaba. ¿Y sabes qué? Me apuesto un año de salario a que él siente lo mismo. Además, sospecho que ésa es parte de la razón por la que siempre está enfadado contigo. No le irritarías tanto si no se sintiera tan atraído por ti. Tú ya sabes cómo funcionan estas cosas, Mer. Donde hay odio, hay amor. Donde hay alegría, hay tristeza. Los contrarios sirven para definirse el uno al otro.

Lo que Susan decía tenía sentido. Y la asustaba.

—Yo soy demasiado intensa para un hombre como él —le dijo suavemente—. El matrimonio de Mark fue muy tenso precisamente por la intensidad de su esposa. Y, desde luego, Mark no va a volver a entregar su corazón a una mujer tan exaltada.

—Pero tú puedes manejar tus emociones, Meredith. No te dominan completamente, como dominaban a Barbie. Ella tenía muchos problemas.

—Mark no cree en mi don.

Y además, había otro motivo por el que no podía considerar siquiera la posibilidad de iniciar una relación con Mark Shepherd, por mucho que lo deseara su corazón. No podía arriesgarse a que la plantaran ante el altar por segunda vez. Lo que había ocurrido la primera vez había estado a punto de destruirla.

Kelsey estaba preparándose para escaparse el viernes por la tarde cuando oyó que alguien la llamaba.

Josie ya había doblado la esquina, de modo que no podía ser ella. Se volvió lentamente, temiendo ver a la policía, y estuvo a punto de llorar de alivio al ver que era Meredith.

—Hola —la saludó, alegrándose de verla, pero preocupada también porque su madre pudiera pensar que no iba a acudir a su cita.

—¿Qué estás haciendo aquí sola?

—Estoy esperando a Josie, se ha olvidado algo.

—Muy bien —contestó Meredith, mirando a su alrededor.

Kelsey quería asegurarse de que no pudiera ver el coche de su madre a través de los arbustos, pero temía mirar hacia allí por si atraía la atención de Meredith.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, estoy segura —una mentira más.

—He estado pensando en ti...

Kelsey se quedó helada al recordar que Meredith tenía poderes ocultos.

—He visto que te dirigías a la cafetería y te he seguido.

—¿Por qué?

—Estoy preocupada por ti. Pero si me dices que estás bien, tendré que creerte.

—Sí, estoy bien —asintió Kelsey aliviada.

Su madre todavía estaría esperándola. O eso esperaba.

—¿Estás segura de que no hay nada que te inquiete? —Meredith

miró hacia los arbustos y Kelsey comenzó a sudar.

—Claro.

—Porque ya sabes que, suceda lo que suceda, si hablas con mi padre, conmigo o con cualquiera de los profesores de este colegio, podremos ayudarte. Los profesores y los padres a veces son como una especie de Santa Claus. Pueden hacer cosas por los niños que a ellos les parecen imposibles.

Kelsey asintió, tenía que marcharse.

—Y si alguna vez tienes algún problema y no puedes contárselo a tu padre, ven a contármelo a mí. Te prometo que, sea lo que sea, te ayudaré.

Kelsey pensó en la posibilidad de arrojarse a sus brazos y suplicarle que se la llevara de allí. Pero su madre la estaba esperando. Su madre la quería y confiaba en que no le causara problemas.

Y ella se sentiría fatal si por su culpa su madre fuera a la cárcel.

—Lo haré —dijo por fin.

Tras dirigirle una última mirada, Meredith se alejó de allí y Kelsey la observó marcharse con los ojos llenos de lágrimas.

Capítulo diecisiete

—Hola, soy Meredith.

—Ya lo sé—. Mark sostuvo el teléfono en medio de la oscuridad. Estaba en la cama, tapado hasta la cintura y con el pecho desnudo. Tenía un calor infernal—, he reconocido tu voz.

—¿Te llamo en un mal momento?

—No —de hecho, había estado pensando en ella.

—Sólo llamaba por si te apetece tener mañana el día libre. Tengo una película de Doris Day y he comprado galletas, así que he pensado que a lo mejor a Kelsey le apetecía venir a mi casa.

—Qué coincidencia. Ella me ha pedido que te invitara a desayunar. Vamos a intentar hacer *crêpes* y parece pensar que necesitamos a una mujer que nos supervise.

—¿Los habéis hecho alguna vez?

—No, pero soy un experto en hacer tortitas y no creo que esto sea muy diferente.

Meredith empezó a reír a carcajadas.

—Entonces será la primera vez que lo intentemos los tres. ¿Cómo está Kelsey, por cierto?

—Bien, todavía no he visto sus notas, pero está todo el día detrás de mí, hablando sin parar. Hace sus tareas y no gruñe cuando la mando a la ferretería —le gustaba hablar con Meredith, probablemente porque tenía más de diez años—. Bueno, ¿vendrás a desayunar?

—Claro. Me he pasado el día recuperando la información que querías. Te la llevaré —le dijo.

Magnífico. Estaban trabajando. Y ocupándose de Kelsey. Eran

amigos.

El viernes siguiente, Kelsey estaba invitada a dormir en casa de unas amigas. Josie y ella irían desde casa de Josie hasta allí. Mark terminó los últimos asuntos que tenía pendientes, hizo un par de llamadas sobre el caso de Meredith y salió al pasillo a ver si todavía estaba allí.

La encontró en clase, limpiando la pizarra con un trapo húmedo.

—¿Tienes planes para esta noche? —le preguntó directamente.

—¡Oh! —Meredith se volvió—. ¡Mark, me has asustado!

—Lo siento —y lo decía de verdad—, ¿pero tienes planes?

—¿Planes? Sólo éstos —levantó un portafolios—. Terminar de poner notas.

Trabajo. Él también pensaba trabajar; reunir todos los informes que pensaba distribuir entre los miembros del consejo escolar.

—Meredith, me preguntaba si querías que cenáramos juntos.

—Kelsey no va a estar.

—Lo sé, y me gustaría saber cómo la encuentras.

—He estado intentando verla todos los días, aunque sólo fuera para saludarla. Me comentó que iba a quedarse a dormir en casa de una amiga y parecía estar deseándolo.

—Es su segunda fiesta nocturna —pero él no estaba pensando precisamente en fiestas infantiles—. ¿Y por qué has intentado verla todos los días?

—Por ninguna razón en particular. Sencillamente me apetecía verla —se volvió hacia su bolsa.

Pero le había dicho que había intentado verla de manera intencionada. Tenía que haber alguna razón para ello. Mark la observó detenidamente mientras agarraba su bolsa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Meredith alzando la mirada.

—Nada. ¿Estás segura de que no querías verla por alguna razón en particular?

—No, sólo quería vigilarla, asegurarme de que nadie se está

metiendo con ella.

Mark se relajó, y sonrió.

—Gracias.

No estaba acostumbrado a compartir el cuidado de Kelsey, y le gustaba.

—¿Qué me dices de la cena?

—Muy bien, ¿en tu casa o en la mía? Tengo huevos. Y pollo en el congelador.

—He pensado que podíamos salir fuera.

Meredith lo miró de reojo mientras salían.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no? Estamos trabajando, por el amor de Dios. Y no hay nada que nos impida ser amigos.

—No estoy hablando de nosotros, Shepherd. Pero esta noche no me apetece exponerme a miradas y murmullos.

—¿A qué te refieres?

—A las miradas que me dirigen desde que se emitió ese programa de radio. Los padres de mis alumnos saben lo que está pasando y por lo menos ellos me conceden el beneficio de la duda porque me conocen, pero todos los demás parecen pensar que soy una bruja o algo parecido.

Barbie no llevó a Kelsey a su casa después de ir a buscarla. No quería que Don oyera lo que tenía que decirle. Pero no le preocupaba. Don era bueno con ella, el mejor. La comprendería. No podía perderlo.

Pero también quería cuidar a su hija.

—¿Qué te parece si compramos un helado de chocolate? —le sugirió.

—De acuerdo —contestó Kelsey—, pero preferiría que fuera de galleta.

¿De galleta? El resentimiento creció en el pecho de Barbie. No había sido ella la que le había inducido el gusto por aquel sabor. Eso

había sido obra de otra persona. La misma que le había comprado los pantalones que llevaba. Y la camiseta rosa. Y la que le recogía el pelo en una cola de caballo.

Barbie bajó la mano hacia el cigarrillo de anfetamina que tenía debajo del asiento. Pero inmediatamente la apartó. La heladería estaba justo al doblar la esquina y le apetecía un helado.

—Esta semana he visto a mi abogado —le dijo a Kelsey, obligándose a concentrarse—. Me ha enseñado todo el papeleo que tengo que rellenar para pedir la custodia compartida. Comenzará los trámites en cuanto yo tenga el dinero para pagarle.

—¿Qué es la custodia compartida?

—Vivirás en una sola casa, pero tu padre y yo compartiremos las decisiones que haya que tomar sobre tu vida.

—¿Y entonces podré verte?

Dios, cómo quería a aquella niña. ¿Cómo podía haberla abandonado? Barbie estuvo a punto de echarse a llorar al pensar en ello.

—¿Mamá?

—Sí —contestó Barbie, pensando otra vez en el cigarrillo que tenía debajo del asiento—. Sí, claro que sí, cariño.

Tenía que continuar pensando en cosas que la hacían feliz. Eso era lo que le decía Don que hiciera cuando se deprimía. Pero cuando la asaltaban aquellos pensamientos sombríos, nada la consolaba. Excepto, quizá, el helado. Y Kelsey.

—¿Quieres una terrina o un cono? —abrió la puerta del coche.

—Un cono —Kelsey la siguió al interior de la heladería.

Barbie no le había dicho una sola palabra sobre los deportivos azules y rosas que llevaba, pensó.

—Hay otra forma de custodia —le explicó Barbie.

Ya se encontraba mejor, de nuevo en el coche y disfrutando de un helado de chocolate. Tenía que hacerse algo en el pelo, pensó. Quería estar guapa cuando saliera con Kelsey y conociera a las amigas de su

hija. No quería que se avergonzara de ella. Barbie recordaba perfectamente lo que era ser una niña.

—¿Qué clase de custodia? —preguntó.

Barbie tardó un segundo en recordar de qué estaban hablando. Pero se acordó casi inmediatamente.

—La custodia única. En ese caso, estarías todo el tiempo con tu padre y sería él el que tomaría todas las decisiones, pero yo podría ir a verte cuando quisiera —el abogado le había sugerido que era la primera opción para empezar.

—Así que podría verte cuando quisiera.

Barbie reprimió una contestación cortante.

—Sí, pero yo soy tu madre, Kelsey. Deberían consultarme las decisiones que hay que tomar sobre tu vida.

Kelsey lamió el helado. No parecía entenderla, pensó Barbie. Pero bueno, sólo tenía nueve años. Quizá esperaba demasiado de ella. Quizá necesitara más. El helado estaba comenzando a irritarla; si no continuaba lamiendo, comenzaría a gotear. Y a Barbie no le apetecía lamer en aquel momento.

—Si tu padre decide pelear por la custodia, es posible que te hagan algunas preguntas —le advirtió Barbie—. Y tenemos que tener mucho cuidado con lo que contestas —agarró a su hija por la muñeca—. Esto es muy importante, Kelsey. Si no, no podremos seguir viéndonos.

—¿Tengo que seguir mintiendo?

—¡No! —Barbie odiaba toda aquella confusión—. Mentir es malo. Lo único que tenemos que hacer es evitar hablar de lo que hace Don en el garaje.

—De las drogas, quieres decir —contestó Kelsey con una dureza que hasta entonces su madre jamás le había oído.

—Kenny me lo ha contado.

¡Maldito fuera! Iba a matar a ese chico. Le había dicho a Don que no podían confiar en un niño. Pero ganaba mucho dinero. Y ellos

necesitaban ese dinero.

—Yo no diré nada de las drogas —le prometió Kelsey—. Pero tú dejarás de comprarlas en cuanto todo esto termine, ¿de acuerdo?

Oh, Dios santo. La situación se hacía cada vez más difícil.

—De acuerdo.

—Muy bien. Porque yo odio las drogas.

Sí, y Barbie también.

Meredith y Mark estuvieron hablando de la reunión frente a una copa de vino mientras se hacía la carne. Meredith se sentía más tranquila de esa forma. Mientras estuvieran trabajando, no tenía por qué preocuparse por estar allí, a solas con él. Hasta que Mark dejó caer la noticia.

—¿Pero qué quiere el consejo escolar de ti? —se colocó al otro lado de la parrilla, frente a Mark, y de pronto retrocedió y comenzó a caminar—. Es por mí, ¿verdad? Si hablas a mi favor, pondrás tu trabajo en peligro.

—Eso no lo sabes.

—No, no lo sé —tomó un sorbo de vino—. De hecho, no creo que puedan hacerte nada. No está prohibido apoyar a una empleada.

—No, pero pueden considerarlo una negligencia en mis obligaciones, en el caso de que consideren que mi tengo la obligación de apoyar al consejo escolar.

—Entonces van a por ti por mi culpa.

—No tengo la menor idea de lo que quieren. Sólo sé que me han convocado a una reunión, pero no me han dicho de qué quieren hablar conmigo. La semana que viene me reuniré con el superintendente.

Antes de la reunión con Meredith. ¿Sería una pura coincidencia?

—Si tú no vas a la auditoría, estoy perdida.

—Estaré allí.

Lo deseaba con todas sus fuerzas. Probablemente más de lo debería. Pero Meredith no se engañaba pensando que su intención

podiera convertirse en acción. Particularmente estando en juego su trabajo.

—Mark, estoy hablando en serio. No quiero que pierdas tu trabajo por mi culpa. Prefiero despedirme, eres un gran director.

Mark la miró a los ojos.

—Tú también haces muy bien tu trabajo.

—Pero los niños te necesitan.

—¿Y no te necesitan a ti?

—Tú tienes una hija de la que ocuparte.

Mark la miró durante largo rato y Meredith respiró hondo. Sabía que lo tenía de su lado, pero no encontraba ninguna satisfacción en su victoria. La idea de enfrentarse al consejo escolar sin que él estuviera presente le resultaba demasiado sobrecogedora en aquel momento.

Pero Mark volvió a ponerse a cocinar y le aseguró:

—Estaré en esa auditoría.

—Debería marcharme.

¿Cuántas veces le habría repetido aquella frase a Mark?

—Tienes trabajo que hacer y yo también —contestó Mark.

Estaban en la cocina de su casa y acababan de fregar los platos. O, mejor dicho, acababa de fregarlos ella mientras él apagaba la parrilla, retiraba las velas y limpiaba la mesa del porche. Juntos, pero no revueltos.

—Avísame cuando tengas el gráfico preparado —le pidió Meredith echándose el pelo hacia atrás—. Es curioso, pero nunca pensé que todas esas veces que me llamabas a tu oficina podían serme útiles.

Aquellas reuniones, aunque no constaban de manera formal en los documentos del colegio, puesto que nunca había tenido que hacerle advertencias serias, las llevaba apuntadas en su propia agenda. Y le servirían para revisar cada incidente. Cuando hubiera reunido todos los resultados, Meredith podría darse cuenta de que lo

único que había hecho era dejarse llevar por su imaginación.

—Que te diviertas con las notas.

Meredith tenía la puerta tras ella. Lo único que tenía que hacer para irse era volverse. Pero le resultaría más fácil si Mark desviara la mirada.

—Mark, ¿has tenido alguna noticia de Susan?

A ella misma la sorprendió la pregunta. Hasta entonces no había pensado en su amiga.

—No —Mark ni siquiera parpadeó.

Meredith se enredó un mechón de pelo en el dedo.

—¿Y tú cómo te encuentras en ese sentido?

—Pareces una psicóloga.

Meredith lo miró con los ojos entrecerrados, comprendiendo que estaba eludiendo la pregunta.

—¿Cómo te encuentras? —repitió.

—No tan mal como debería y supongo que eso me hace sentir peor —le sonrió.

A Meredith le latía con fuerza el corazón. Y no había ningún motivo para que lo hiciera. Excepto que Mark la asustaba. ¿O quizá tenía miedo de sí misma?

—¿Estabas enamorado de ella?

—Yo creía que sí.

Las mariposas aleteaban en su estómago. Y en su vientre. Acompañaban la energía que fluía siempre en su interior cuando Mark estaba cerca.

—¿Piensas mucho en ella?

—No tanto como en ti.

Meredith dejó de respirar. Lo miró fijamente. Seguro que no lo había entendido bien. Porque si lo había entendido bien, entonces tenían un serio problema.

—Por culpa de esa reunión —añadió Mark suavemente. Dio un paso hacia ella clavando la mirada en sus ojos—. Y de Kelsey.

Meredith asintió. Mark alargó la mano hacia ella y desenredó el mechón que Meredith enroscaba nerviosa en su dedo.

—Siempre me han gustado las mujeres con el pelo corto.

Meredith dejó caer la mano.

—Yo siempre lo he llevado largo.

Los labios de Mark estaban cada vez más cerca de ella y quiso apartarse. Quería moverse, pero temía equivocarse al hacer aquel movimiento. Cuando Mark inclinó la cabeza, comprendió que ya no había tiempo. Entreabrió los labios; quería decirle que se detuviera.

Pero, en cambio, le besó. Y el sentimiento fue tan maravilloso... como el agua en el desierto.

Mark apoyó la mano en su nuca y la besó lentamente, moviendo la boca contra la suya de tal manera que a Meredith le entraron ganas de llorar ante aquella sensación de plenitud. Después, aumentó la presión y Meredith se abrió plenamente a él. Deslizó los brazos por su cintura y se estrechó con fuerza contra Mark, como si quisiera que formara parte de ella.

Mark la besaba una y otra vez sin dejar espacio para las dudas, los miedos o los razonamientos. Presionaba su pelvis contra la suya y Meredith descansaba en su dureza, deseando reír, gritar, desnudarse por completo y formar parte de él para siempre. Su cuerpo entero vibraba de un deseo tan profundo que comprendió que jamás podría recuperarse. Iba a sufrir los efectos de aquel deseo durante el resto de su vida.

Y entonces, sintió el trasero de Mark bajo sus manos. Se había preguntado muchas veces lo que sentiría al acariciar aquella parte de su cuerpo; sentía el trasero fuerte y musculoso de Mark. Y comprendió que aquélla era una caricia demasiado íntima. Estaba acariciando el trasero de Mark Shepherd. Estaba acariciando el trasero de su jefe.

Se apartó bruscamente.

—Lo siento —susurró—. No debería hacer hecho eso.

—He sido yo, tú no has tenido la culpa —susurró Mark con los ojos medio cerrados y la respiración agitada.

Meredith se volvió temblando.

—Ahora lo de menos es quién tiene la culpa. Tenemos serios problemas, Mark. Hemos violado las normas.

Mark se echó a reír, pero no parecía más contento que ella.

—No hemos violado ninguna norma.

—¡Esto va en contra de la política del centro! —Meredith caminó a grandes zancadas hasta la puerta—. ¿Cómo voy a ponerme delante de toda esa gente dentro de once días para intentar convencerlos de que no he hecho nada malo si sé que les estoy mintiendo?

—Eh —Mark la agarró del brazo, manteniendo una cierta distancia entre ellos—. Tranquilízate, Meredith, no pasa nada.

Meredith buscó en sus ojos como si quisiera encontrar en ellos respuestas que ella no tenía.

—Está prohibido que los profesores tengan relaciones sexuales entre ellos. Pero un beso no es una relación sexual —le advirtió Mark.

—Ésta ha sido la segunda vez.

—Una relación sexual implica mucho más que un beso. Además, no volverá a ocurrir.

—Eso dijimos la última vez y...

Mark posó un dedo en sus labios y dijo:

—Meredith, eso no significa nada.

No se sentía atraído hacia ella. ¿Por qué habría pensado que podía ser de otra manera?, se preguntó Meredith. Aquel hombre la estaba volviendo loca.

—Lo que pasa es que sabemos que no podemos hacerlo —continuó Mark—. Eso es algo que forma parte de la naturaleza humana, ¿sabes? Siempre quieres lo que no puedes tener y en el minuto que lo consigues, dejas de desearlo.

No la quería. Estupendo. Era mejor así. Cualquier otra cosa sería

una locura.

—Entonces estamos a salvo... —contestó Meredith—. Y, de esa forma, cuando declare delante de la junta, no mentiré al decir que no he hecho nada que vaya contra las normas del colegio.

—Exacto, no mentirás.

Meredith asintió. Intentó sonreír. Y fracasó.

Capítulo dieciocho

—Kenny, yo no puedo seguir haciendo esto —Kelsey le tendió a Kenny la bolsa de papel y deseó haberla tirado a la basura.

—Tienes que hacerlo. Si no lo haces, alguien se chivará y tendrás problemas.

—¿Quién va a decírselo, Kenny? —él era el único que podía hacerlo—. Además, si tú te chivas, también tendrás problemas.

—No si digo que te he visto a ti aquí.

—¿Y harías una cosa así? —le preguntó Kelsey con lágrimas en los ojos.

—No, no la haría —bajó la mirada—. Pero, ¿no lo entiendes, Kelsey? Tú por lo menos estás viendo a tu madre, pero yo no puedo ver nunca a mi padre. Necesitamos ese dinero. No va a pasar nada, te lo prometo.

Le tomó la mano. Y a Kelsey le gustó aquel contacto. Era una mano algo más grande que la suya, pero no tanto como la de un adulto.

—Mi padre dice que, si nos atrapan, lo único que harán será llevamos a un psicólogo. Que los juicios le cuestan mucho al estado y que tienen cosas más importantes de las que ocuparse. Mi padre no me mentiría. Y tu madre tampoco haría nada que pudiera hacerte daño. Te quiere demasiado.

—¿Tú conoces a mi madre?

—La conocí una vez, con mi padre, antes de que me prohibieran verlo.

—¿Y te gustó?

—Claro que sí. Me gustaría que hubiera sido mi madre.

—Kenny, ¿tú sabes si en la cárcel te pegan? —había estado pensando en ello la semana anterior.

—Qué va. Estuve allí una vez porque mi madre pensaba que había robado un estéreo y se lo dijo a la policía.

—¿Y lo habías robado?

—No, me lo había regalado mi padre. Pero se suponía que yo no tenía que ver a mi padre.

—¿Estuviste en una cárcel para niños?

—No, en un centro de menores. Creo que lo llaman así.

—¿Y cuánto tiempo estuviste?

—Sólo una noche. El juez me creyó porque mi padre fue a verlo, le dijo que me lo había comprado él y le enseñó la factura.

—¿Y cómo es la cárcel? ¿Hay muchos niños malos?

—Tú no te preocupes por eso. No vas a ir allí. Nunca.

Kelsey deseaba crearlo.

—Y si voy, ¿vendrías a verme?

—Si puedo, sí.

Kelsey se alegró. Pero comenzaba a sentirse extraña, allí con él.

—Bueno, tengo que irme —y comenzó a cruzar los arbustos.

Ojalá estuviera otra vez en tercero, pensó. Entonces las cosas eran mucho más sencillas.

Meredith luchaba contra sí misma mientras se dirigía al despacho de Mark. Cuando Mark la había llamado el sábado para decirle que ya tenía el gráfico preparado, ella llevaba más de doce horas castigándose por el beso de la noche anterior. Y doce horas convenciéndose de que no debía volver a verlo fuera del colegio.

Pero ante su propia insistencia, habían quedado en verse el mismo lunes, en cuanto Macy saliera del trabajo. Meredith había estado esperando en su aula la llamada de Mark, intentando relajarse. Pero no lo había conseguido. Kelsey tenía problemas. No podía deshacerse de aquella sensación. Lo había sabido ese mismo día, durante el almuerzo, cuando la niña había justificado su

malhumor diciendo que su padre la había regañado por olvidarse de dar de comer a Gilda aquella mañana.

No le había parecido propio de Mark. Y tampoco algo que pudiera alterar tanto a la niña.

Desde que había terminado el colegio, Meredith estaba experimentando un miedo inexplicable. Un ataque de pánico tras otro. Reconocía aquella sensación y estaba terriblemente preocupada. Necesitaba hablar con Mark. Aunque sabía que no la creería. Y que, seguramente, se negaría a apoyarla en su declaración de la semana siguiente.

Lo encontró detrás del escritorio, tecleando algo en el ordenador.

—¿Estás disponible? —le preguntó desde la puerta.

Mark apenas alzó la mirada.

—Claro, pasa. Mira, te he hecho un par de copias —le tendió un portafolios.

Meredith lo tomó. Y se sentó.

—A lo mejor quieres echarle un vistazo.

La alegría que reflejaba su voz le instó a mirarlo. Le sonreía. Y ella le devolvió la sonrisa. Todavía no había superado su atracción hacia lo prohibido; pero lo superaría, se prometió.

Abrió el portafolios y estudió el gráfico. Leyó las cifras que figuraban al final y el porcentaje de aciertos: un noventa por ciento. Miró de nuevo a Mark. Éste la contemplaba con una mezcla de anticipación, resignación e incomodidad.

—Acerté en un noventa por ciento de las veces.

—Pero esperemos que Tommy Barnett no forme parte del otro diez por ciento.

—Para salvar mi trabajo, sí. Pero sería mucho mejor para Tommy que estuviera equivocada.

Miró a Mark. Un noventa por ciento. Aquella representaba un gran alivio. Era un regalo.

Y, al mismo tiempo, algo terrorífico. Apareció ante sus ojos el

rostro sombrío de Kelsey. La niña sabía que iban a hacerle daño. Estaba confundida, asustada y sola. Pero no era demasiado tarde. Todavía se podía hacer algo para salvarla.

— ¿En qué estás pensando? — quiso saber Mark.

Él mismo había visto las cifras. Y, quizá, tras haber comprendido que tenía razón, le hiciera caso. Y a lo mejor podía ayudar a Kelsey si todavía no era demasiado tarde.

— No estoy segura de si debo decírtelo.

— ¿Por qué no? — preguntó Mark con el ceño fruncido.

— Porque no te va a gustar.

— Dímelo de todas formas — replicó él, inclinándose hacia delante —. Es posible que estés equivocada. De hecho, hay un diez por ciento de posibilidades de que lo estés.

Estaba jugando con ella. Pensaba que iba a hablar de su relación.

— Estoy hablando en serio, Mark.

— Yo también.

— Creo que Kelsey tiene problemas.

Aquellas palabras cayeron como una bomba en medio del silencio del colegio.

— ¿Lo crees? — preguntó Mark con una dura mirada.

— Lo sé.

— Tienes razón, no quiero oírlo.

Meredith tragó saliva, tomó aire e intentó encontrar las palabras adecuadas. Ya había llegado hasta allí, tenía que intentarlo.

— Mark, por favor, no me ignores.

Mark pulsó una tecla del ordenador sin decir nada.

— Llevo tiempo teniendo la sensación de que le ocurre algo. Era una sensación intermitente, pero durante estas últimas dos semanas, se ha hecho más fuerte. Kelsey tiene problemas, Mark. Me jugaría el cuello.

— ¿Y también tu trabajo? ¿Estarías dispuesta a perder tu trabajo?

— Por supuesto. Mark, creo que Kelsey está involucrada en algo

peligroso. En realidad no quiere estarlo, pero no es capaz de hacer nada para impedirlo.

Mark se levantó.

—No pienso seguir oyendo esto —se volvió hacia ella con los brazos en jarras—. Estoy completamente pendiente de mi hija. Ceno con ella todas las noches. La veo en el colegio. Y, cuando sale del colegio, está atendida por la madre de una amiga suya. Déjame repetírtelo, Meredith, sé dónde está mi hija en todo momento.

Meredith también se levantó.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Meredith nunca lo había visto tan enfadado; le temblaba la voz. Y aquello la sobrecogió. Mark tenía miedo. Tenía miedo de que Meredith pudiera tener razón.

—Estás equivocado, Mark.

Y se marchó sin esperar a oír su respuesta.

—Mark, abordaré directamente la cuestión —era miércoles por la tarde y el superintendente estaba sentado frente a Mark en su despacho—. El consejo quiere ofrecerte la dirección del Instituto Harris. Chris Blakely ha decidido jubilarse. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que estuviste allí, pero hemos hecho muchos cambios.

Mark respiró hondo. Aquel instituto estaba a veinte minutos de su casa, a veinticinco del colegio. Y de Kelsey. Pero ser nombrado director de un instituto era un ascenso.

—¿Por qué ahora?

—Ya te lo he dicho, Blakely se jubila.

—En ese caso, lo que debería preguntar es por qué a mí.

—Has hecho un gran trabajo con nosotros —respondió Warren Daniels, cada vez más serio—. Ascenderte a director de instituto me parece el paso más lógico. Y no me dirás que no has pensado nunca en esa posibilidad.

—Claro que he pensado —respondió Mark—, pero pensaba sobre

todo en cuando Kelsey vaya también al instituto.

—¿Y cuándo será eso? ¿Dentro de dos años?

Mark asistió.

—Es posible que para entonces ya no contemos con esa posibilidad.

—Asegúrame que esto no tiene nada que ver con Larry Barnett.

—Pensábamos ofrecértelo de todas formas, pero el otro día, Barnett sugirió que quizá fuera mejor ofrecértelo ahora para que no te salpique el caso de la señorita Foster. Estamos ofreciéndote una salida. Si aceptas la oferta, podrás ser trasladado la semana que viene, para que puedas pasar algún tiempo con Blakely antes de que abandone el instituto.

—Necesitaría un par de días para pensármelo.

Daniels asintió y dejó de presionarlo.

—¿Cómo vas a poder ser feliz conmigo si no utilizas nunca el cuarto de baño de mi casa ni comes la comida que te ofrezco?

A Kelsey le dolía la cabeza. Estaba cansada por culpa de las pesadillas. Le había hablado a Josie de las drogas el día que habían ido a dormir juntas; había tenido una pesadilla y Josie se había despertado porque la había oído llorar en sueños. Al final se lo había contado todo. Josie le había aconsejado que dejara de hacerlo y, desde entonces, Kelsey estaba preocupada porque temía que se lo contara a su madre o, peor aún, que dejara de ser su amiga.

—¿Cómo va a enterarse el juez de que puedo cuidarte si no me das oportunidad de demostrárselo? —su madre continuaba habiéndole de la comida.

—Ya comeré.

—Cada vez que te ofrezco algo, me dices que no quieres.

—Porque siempre estoy a punto de cenar.

Su madre no contestó. Se limitó a encender la televisión y a cambiar continuamente de canal. A Kelsey le habría gustado apoyarse en su hombro y dormir. Pero Don estaba en el garaje y no

creía que pudiera conciliar el sueño estando él allí.

—La próxima vez lo haré, te lo prometo.

—¿Qué harás? —su madre se volvió hacia ella.

No parecía enfadada, pero tampoco contenta.

—Comer, y también iré al baño si tengo que hacerlo.

La preocupación abandonó el rostro de su madre.

—¿Y qué te gustaría comer? Podemos hacer una lista y así, cuando vaya al supermercado, compraré todo lo que quieras —le dirigió una de aquellas sonrisas que tanto reconfortaba a Kelsey—. Me encantaría volver a comprarte comida, y tener los armarios llenos de cosas para ti. Lo he echado mucho de menos.

—Yo también —dijo Kelsey; estaba demasiado cansada para vigilar lo que decía—. Ahora tengo que ir con papá todos los sábados y ayudarlo a decidir. Y es muy difícil, porque sólo soy una niña. Yo no debería decidir lo que quiero comer cada día.

—Tienes razón, no deberías —Barbie la abrazó y le hizo apoyar la cabeza en su hombro—. Pobrecita. Pero pronto nos ocuparemos de eso y podrás ser una niña otra vez.

Y Kelsey pensó que le gustaba mucho que la mimaran.

La auditoría del consejo escolar se iba a celebrar en la sala de reuniones del ayuntamiento. Meredith llegó sola, vestida con un traje chaqueta de color negro y una blusa de seda, y se sentó en uno de los bancos. Los miembros del consejo estaban sobre una tarima.

Mark no tardó en entrar y se sentó en otro de los bancos de delante. Meredith nunca lo había visto con traje y corbata. Estaba impresionante. Y distante. Se volvió, la vio tras él y le hizo un gesto con la cabeza.

No habían vuelto hablar desde la semana anterior y tampoco había vuelto a tener contacto con Kelsey. No sabía si porque así se lo había aconsejado su padre a la niña o porque sus problemas eran cada vez mayores.

Fue entrando más gente. Algunos la miraban. Otros no. Hubo

quien la saludó efusivamente, pero nadie se sentó a su lado.

Deseó no haberle dicho a Susan que no fuera, su amiga estaba de guardia aquella noche, pero se había ofrecido a ir a apoyarla.

—Damas y caballeros, vamos a empezar la auditoría.

Meredith sintió que le crecía el corazón en el pecho. Comenzó a sudar. Las paredes parecían cerrarse a su alrededor. Pero entonces, alguien se sentó a su lado. E, inmediatamente después, alguien lo hizo al otro lado.

—¿Susan? —gracias a Dios, su amiga no le había hecho caso—.
¿Mamá?

Cuando vio a aquel rostro familiar sonriéndole, apenas se lo pudo creer. Su madre, vestida con un traje color verde bosque y unos zapatos a juego, era la viva imagen de la ejecutiva de Phillips Petroleum que en otro tiempo había sido.

—No pensarías que íbamos a dejarte sola, ¿verdad?

Con la barbilla alta y lágrimas en los ojos, Meredith oyó cómo comenzaba aquella auditoría en su contra.

Al principio, los testimonios fueron similares a los que habían transmitido por prensa radio y televisión. Si no hubiera sido por el apoyo de su madre y de Susan, Meredith no habría sido capaz de permanecer allí sentada, siendo centro de tantos testimonios, a favor y en contra. Habría dado cualquier cosa por poder estar en su casa, acurrucada en la cama.

Testificaron los expertos que apoyaban a Barnett, repitiendo lo que habían dicho en la radio. Susan le soltó de pronto la mano y a Meredith no la sorprendió que se marchara.

—Me gustaría hablar.

Oyó las palabras de su amiga a la vez que la veía levantarse y dirigirse hacia el micrófono que habían puesto a disposición del público.

—Me llamo Susan Gardener. Trabajo como especialista en el centro Médico Jane Phillips. He dedicado toda mi vida a la ciencia y

sólo actúo cuando sé qué dirección debo tomar.

Los miembros del consejo asintieron, mirándola con atención.

—Todo va a salir bien —le susurró a Meredith su madre.

—Y puedo decirles —continuó Susan—, que si sólo pudiera apoyarme en mis conocimientos, si mis colegas sólo pudieran apoyarse en eso, ahora mismo muchos de nosotros estaríamos muertos. ¿Saben de lo que he estado hablando hoy mismo con mis compañeros durante el almuerzo? De la presencia de los milagros en nuestro trabajo. De todas aquellas cosas que no podemos predecir, ni controlar, ni ver, y que son capaces de salvar vidas cuando nosotros no podemos. El que un corazón lata o deje de latir no es algo que siempre podamos controlar.

Alguien tosió, rompiendo el profundo silencio que su testimonio había provocado.

—Conozco a Meredith Foster desde hace más de quince años —dijo Susan suavemente—, y confío plenamente en ella. Esa mujer es igual que cualquier que nosotros. Utiliza una habilidad con la que todos contamos. Continuamente se oye hablar de la intuición femenina. Pues bien, los hombres también la tienen. La utilizan cada vez que una vocecilla interna les advierte del peligro, por ejemplo. Y lo único que hace Meredith es prestar atención a esa voz interna. Y, sobre todo, con los niños, en los que esa voz es más alta y clara. Meredith es más consciente que los demás porque procura escuchar. Y no creo que sean capaces de penalizar a nadie por ser menos egoísta que ustedes.

En el momento en el que Susan abandonó el estrado, se oyó un suspiro general en la sala.

Meredith no dijo nada, no podía. Pero jamás olvidaría lo que había hecho Susan por ella. Ni el mensaje que había enviado. Pasara lo que pasara, sabía que había ganado.

Una hora y media después, Mark ya no era capaz de permanecer sentado.

—Tengo que decir algo.

El presidente del consejo escolar lo reconoció y lo miró con el ceño fruncido. Mark todavía no le había dado una respuesta sobre el posible cambio de trabajo. No quería tomar una decisión hasta después de aquella audiencia. Había ido sin saber si hablaría y sin saber qué diría en el caso de que lo hiciera.

Daniels, que parecía más impresionado que desilusionado por su falta de respuesta, le había dado una semana más para que se lo pensara.

Evitando mirar hacia Meredith y hacia Susan, Mark avanzó hacia el micrófono. Había dejado a Kelsey con la adolescente que a veces la cuidaba y estaba ansioso por volver a casa.

—Señoras y caballeros —comenzó a decir—, he trabajado con la señorita Foster durante cuatro años. No siempre estoy de acuerdo con ella, ni tampoco con su supuesto don. No estoy aquí para hablar de filosofía o de ciencia, sólo quiero hablar de una profesora.

No lo había ensayado. En realidad, había decidido no hablar, sospechando que, puesto que la última corazonada de Meredith involucraba a su hija y él sabía que estaba equivocada, podía llegar a hacerle daño. Aun así, comenzó a hablar y las palabras fluyeron libremente.

—Les he entregado a cada uno de ustedes un portafolios que contiene información confidencial sobre el trabajo de la señorita Foster. También hubiera incluido cualquier advertencia disciplinaria en el caso de que la hubiera habido. Si revisan los informes, se darán cuenta de que hay alguna sugerencia sobre posibles formas de mejorar su trabajo. Eso sólo indica que considero parte de mi labor ayudar a los profesores a perfeccionar su trabajo. También lo he intentado en el caso de esta profesora, pero ¿cómo pueden mejorarse unos resultados como los suyos? Cada año mejoran las notas de sus alumnos. Lo que ella crea, el cómo perciba o la intuición que utilice o deje de utilizar, me parece irrelevante. Para nosotros, es una

profesora que, en los cuatro años que lleva en el colegio, ha satisfecho sobradamente su trabajo. Damas y caballeros, tienen delante de ustedes a la mejor profesora que he tenido nunca.

Abandonó el micrófono sin mirar a nadie y media hora después, era Daniels el que hablaba para anunciar la conclusión a la que habían llegado.

—Damas y caballeros. Creo que todos ustedes son conscientes de lo delicado de esta decisión. Son muchos los datos que se deben tener en cuenta y puedo asegurarles que los miembros del consejo escolar han analizado detalladamente toda la información de la que disponen. Por otra parte, creo que lo único que nadie ha mencionado es algo que tenemos todos delante de nosotros; algo horrible que no hemos reconocido, pero que es absolutamente real: el miedo.

Se volvió y Mark tuvo la sensación de que lo miraba directamente a los ojos.

—Enfrentémonos a ello. Nos da miedo que alguien pueda tener acceso a nuestros más íntimos secretos. Tememos que alguien pueda saber lo que nos pasa sin necesidad de decírselo. Tenga o no Meredith Foster esa habilidad, el hecho de que lo crea posible nos hace temerla.

Mark se reconocía en ese miedo; odiaba hacerlo, pero era cierto.

—Todos estamos aquí por el bien de los niños. Los niños ahora están al tanto de las creencias de la señorita Foster. Saben que cuando sospecha que algo va mal, va a hablar con sus padres. Y si nosotros, los adultos, con nuestra capacidad de racionalizarlo todo, la tememos, ¿pueden imaginarse lo que sienten esos niños?

La habitación estaba en completo silencio. Mark se estaba ahogando. Y ardía de ganas de agarrar a Meredith y salir corriendo.

—Ése es el fondo de la cuestión. Nosotros no somos consejeros espirituales, ni científicos, ni médicos. Somos educadores y nuestro objetivo es proporcionar a nuestros alumnos la mejor educación posible. La cuestión es: ¿podrán continuar esos niños confiando en

una mujer a la que también temen?

Un miembro del consejo pidió que se votara para tomar la decisión final. Mark se enderezó en su asiento, sintiendo la tensión que lo rodeaba. Le habría gustado poder mirarla, haberse atrevido a sentarse a su lado.

La decisión final no fue despido. Votaron que no volverían a contratarla, lo que, a todos los efectos era lo mismo.

Daniels no esperó a que se proclamara de manera oficial. Se levantó, necesitaba ver a Meredith inmediatamente.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando miró hacia su banco, Meredith ya se había ido.

—¿Estás segura?

Meredith miraba frenética a su madre y a Susan. Su miedo era tal que apenas se sostenía en pie.

—En un noventa y cinco por ciento.

Le costaba tanto respirar que sus palabras apenas eran un suspiro. Ni siquiera estaba pensando en ella.

—Estaba allí —continuó diciendo—, escuchando el veredicto, cuando de pronto todo esto ha dejado de importarme. Era como si Kelsey estuviera llamándome. Nunca me había pasado nada parecido. Y no estoy loca, de verdad.

—¿Y quién ha dicho que lo estés? Llevo toda una vida conviviendo con esa peculiaridad tuya, Meredith, reconozco los signos.

Meredith ya no necesitó más aliento:

—Vamos a buscar a Mark.

—¿Qué ocurre?

Meredith no sabía cuánto tiempo había pasado desde su salida, pero tenía la convicción de que era demasiado. La gente que salía detrás de Mark se la quedaba mirando fijamente.

—¿Ya ha terminado la auditoría?

—Sí —respondió su madre—, acaba de terminar.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar Mark, aflojándose el nudo de

la corbata.

Meredith lo miró directamente a los ojos.

—Kelsey está en peligro.

—¿Qué? —Mark miró alternativamente a su madre y a Susan—. Estás alterada por lo que ha pasado y lo comprendo, pero apelaremos. Esto todavía no ha terminado.

—Mark, ¡Kelsey está en peligro!

Advirtió que algunas cabezas se volvían en su dirección, pero no le importaba.

Mark la miró a los ojos.

—Kelsey está en casa con una de las chicas que la cuidan. Está perfectamente.

—Por favor, llámala —le pidió Meredith, llevándose la mano al estómago.

Oyó a Mark hablando por teléfono, pidiéndole a la cuidadora de Kelsey que se acercara al dormitorio para asegurarse de que estaba durmiendo allí. Más nervioso, le pidió que fuera al cuarto de baño, puesto que la niña no estaba en la cama. Dos minutos después, colgaba el teléfono con el rostro blanco como el papel.

—No está en casa.

Mark necesitaba salir rápidamente de allí. Atropellar a todo el que se interpusiera en su camino. Gritar. Y llorar. Sintiendo más indefenso de lo que se había sentido en toda su vida, permanecía en medio del pasillo del ayuntamiento mirando a Meredith Foster.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

Quería agarrarla por los hombros y sacudirla hasta la locura. Y quería abrazarla hasta recuperar la cordura. Su hija había desaparecido. Y Meredith le había advertido del peligro; ella era su única salvación.

Meredith le tomó la mano.

—Ayúdame —le suplicó él.

—Tenemos que encontrar a Josie, ¿sabes dónde vive?

—Sí, por supuesto —Mark le indicó la dirección.

—Vamos, conduciré yo —se ofreció Evelyn.

—Y yo iré a casa de Mark, por si se sabe algo allí —propuso Susan—. Y llamaré al a policía.

Para cuando entró Meredith en el coche, su madre ya tenía las llaves en el encendido.

—¿Sabe cómo ir? —le preguntó Mark a Meredith.

—He vivido aquí durante treinta años, jovencito —contestó Evelyn—. Conozco estas carreteras mejor que tú.

—¿Quién es? —le preguntó Mark a Meredith.

—Mi madre.

En otro momento, a Mark lo habría incomodado la situación, pero en aquel instante, agradecía inmensamente tener a dos mujeres Foster de su lado.

—Encantada de conocerla, señora.

—Igualmente, hijo —contestó Evelyn—. Y ahora, relájate. Mi hija pone todo su corazón en situaciones como ésta. Encontrará a Kelsey.

Mark habría dado media vida por tener tanta fe en Meredith. Pero de momento, lo único que podía hacer era continuar en el coche de una mujer que debería odiarlo por no haber creído en su hija, Meredith gimió cuando su madre dobló una esquina. No estaba segura de si iba a vomitar o a desmayarse. Pero habría agradecido cualquiera de las dos cosas con tal de poder evitar el dolor de estómago.

—Está enferma, Mark —susurró.

—¿Enferma? ¿Cómo?

—No lo sé. Es algo relacionado con el alcohol, o con las drogas, quizá. Le da vueltas la cabeza. Y está asustada —Meredith comenzó a llorar—. Está tan asustada que apenas puedo soportarlo.

—Tranquila, pequeña —le dijo Evelyn desde el asiento de delante

—. Mark, pásale el brazo por los hombros, abrázala e intenta consolarla.

Mark obedeció y Meredith consiguió tranquilizarse. Mark parecía capaz de llegar hasta lo más profundo de ella.

Josie ya estaba durmiendo cuando llegaron a su casa. Y la policía llegó justo en el momento en el que aparecía el padre de la niña en la puerta queriendo enterarse de lo que pasaba. En menos de dos minutos, también Josie estaba ante ellos, con un camisón amarillo, los ojos abiertos como platos y aterrada.

—Yo no sé nada —dijo, frotándose los ojos.

—Josephine Mane, si no le dices a todas estas personas lo que sabes en menos de cinco segundos, te pasarás castigada el resto de tu vida —amenazó el padre de Josie nervioso.

Meredith se arrodilló delante de la niña.

—Josie, la lealtad es una de las cosas más importantes de la vida, pero, a veces, para ser leal, tiene que parecer que no lo eres —dijo con voz serena, sin cuestionarse siquiera su repentina tranquilidad—. Es posible que en este momento esté Kelsey esté corriendo un gran peligro. Ella sabe que tú eres la única que puede ayudarnos a encontrarla. Por favor, cariño, no le falles.

—Kelsey... está con su madre.

Capítulo diecinueve

Mark sintió que se le debilitaban las rodillas. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para permanecer en pie.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a Evelyn.

—Ha dicho que está con su madre.

—¿Dónde vive su esposa, señor? —preguntó uno de los dos policías.

—No tengo ni idea. No he vuelto a saber nada de ella desde que nos divorciamos hace tres años. Yo pensaba que había abandonado la ciudad.

—Vino al colegio justo después de Navidad —dijo Josie, sollozando—. Kelsey y yo volvíamos a casa del colegio y una mujer nos llamó desde los arbustos. Las dos queríamos salir corriendo, pero de pronto, Kelsey se paró y comenzó a llorar. Su madre había ido a buscarla.

—¿Esto está ocurriendo desde enero? —gritó Mark.

Quería despertarse de aquella pesadilla y no volver a dormir nunca jamás.

—Su madre decía que quería recuperar a Kelsey. Que la echaba mucho de menos. Tiene un abogado y le dijo a Kelsey que pronto conseguiría su custodia.

—¿Crees que su madre ha podido secuestrarla?— preguntó un segundo policía.

—No —contestó Josie, con la mirada fija en Meredith—. Su madre ha llegado hoy al colegio y le ha dicho a Kelsey que tenía que ir esta noche para llevarle algo especial a Kenny. Seguro que eran drogas —susurró.

Mark ya no era capaz de seguir soportando aquello. Se arrodilló al lado de Meredith y posó la mano en su hombro, como si necesitara que le transmitiera su fuerza.

—¿Qué clase de drogas? —preguntó.

—No lo sé —contestó Josie—. Pero las hacían en un garaje y Kelsey tenía que llevárselas a un chico del instituto que se llama Kenny.

Mark estuvo a punto de vomitar. ¿Su dulce niña vendiendo drogas? Si alguna vez encontraba a Barbie, iba a matarla con sus propias manos.

—Mi ex mujer tenía problemas con las drogas. Era adicta a las anfetaminas.

—¿Sabes dónde vive la madre de Kelsey? —le preguntó a Josie uno de los policías.

—No lo sé, pero es una calle en la que hay una gasolinera con luces verdes en las ventanas. Kelsey tuvo que ir una vez allí al cuarto de baño. Ni siquiera usaba el de casa de su madre. No le gusta Don, el hombre que vive con ella.

—Conozco muy bien ese barrio —dijo el policía—. Sólo hay ocho casas en cada manzana —se volvió hacia Evelyn—. Síganos, señora, pero una vez allí, tendrán que esperamos en el coche. No sabemos con qué vamos a encontramos.

—Kelsey querrá ver a su padre —dijo Meredith.

—Tranquila —la serenó Mark, pasándole el brazo por los hombros—. No estoy dejando la vida de mi hija en manos de unos aficionados. Y no sé qué podría hacer Barbie si me viera.

Meredith estuvo llorando durante la mayor parte del trayecto y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no perder la conciencia.

—Está empeorando —gimió—. Necesita tumbarse.

—Tranquilízate —le pidió Evelyn desde el asiento delantero.

Y Meredith comenzó a llorar otra vez. Quería tanto a su madre...

El coche se detuvo y Meredith apenas podía respirar. No estaba

segura de lo que iba a pasar. Y se preguntaba qué ocurriría si muriera justo en ese instante.

—La policía ya está en la segunda casa —dijo Evelyn con voz queda.

—Ya punto de registrar la tercera. ¿Crees que encontrarán algo? —preguntó Mark inquieto.

—Seguro que sí —tenía que aguantar.

—Están a punto de entrar.

—Por favor —suplicó Meredith—, encontradme rápido —y se desmayó.

Susan se reunió con ellos en el hospital mientras un equipo de Urgencias se ocupaba de Kelsey. Mark, junto a Evelyn y Meredith, no apartaba la mirada del pasillo por el que había desaparecido su hija.

—¿Cómo está? —oyó que le preguntaba Evelyn a Meredith.

—Bien —contestó Meredith, y a Mark le dio un vuelco el corazón al verla sonreír—. Cada vez mejor.

—Me has dado un susto de muerte —le dijo Mark, apretándole la mano.

—Yo también me he asustado mucho.

—¿Te había pasado alguna vez algo parecido?

—Jamás.

—Muchas veces se ha mareado y ha necesitado tumbarse para recobrar la calma, pero nunca había perdido el control de esta manera —comentó Evelyn.

Mark miró a ambas mujeres, las más fuertes que había conocido nunca, y supo que las dos últimas horas, los dos últimos meses de su vida, quizá, lo habían cambiado de manera irrevocable.

—Se va a poner bien, ¿verdad?

—¿Quieres saber lo que siento?

—Quiero saber lo que sabes.

—Sí, se recuperará, por lo menos físicamente.

—¿Estás segura?

—En un noventa por ciento.

—¿Y eso qué significa?

—Cualquier cosa de la que esté segura en más de un sesenta por ciento tiene muchas probabilidades de ser cierta.

—De modo que si está segura en un noventa por ciento, es una buena noticia.

Meredith lo miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, muy buena —le dijo.

Mark sabía que no sólo estaban hablando de su hija, pero que aquella otra conversación tendría que esperar a otra ocasión. Y, por él, estupendo.

En aquel momento, sólo quería estar allí, sentado en la sala de Urgencias de un hospital, esperando a que le hicieran un lavado de estómago a Kelsey y sintiendo una paz como jamás había conocido.

Meredith pidió que la sustituyera una profesora el miércoles por la mañana para poder llevar a su madre al aeropuerto y acercarse después al hospital a ver a Kelsey.

Encontró a Mark en el pasillo, con los pantalones y la camisa arrugada.

—Están ahora con ella —le dijo Mark en cuanto se encontraron—. Es posible que venga a casa esta mañana. Por lo visto, Barbie le dijo a Kelsey que tomara lo que le apeteciera de la nevera. Le dijo que había hecho limonada, pero lo único parecido a la limonada que encontró Kelsey era una botella con un líquido amarillo y bebió. Gracias a Dios, sabía tan mal que sólo bebió un trago.

—¿Cómo se encuentra ahora?

—Está tranquila. Ha dormido durante toda la noche.

—¿Le quedará alguna lesión?

Mark negó con la cabeza y suspiró.

—Tal como tú dijiste, necesitará un psicólogo y mucho amor. Pero esperan que la recuperación física sea completa.

—¿Y por qué la casa estaba vacía cuando llegamos? Sólo quedaba

Kelsey inconsciente en el suelo.

—He hablado con el detective Armes esta mañana. Cree que cuando Barbie se dio cuenta de lo que había pasado, se asustó y huyó. Probablemente pensó que no había manera de salvar a Kelsey y decidió salvarse a sí misma —respondió con amargura—. Al padre de Kenny, James, tampoco lo han encontrado. El chico está con su madre. Y, por cierto, ella está desolada.

—Es una pena que no pidan un certificado para poder ser padre —se lamentó Meredith.

—Kelsey se pondrá bien, y eso es lo más importante —Mark se acercó a ella y le tomó un mechón de su melena entre los dedos—. Eres increíble.

Justo en aquel momento, salió un médico de la habitación de la pequeña, interrumpiéndolos y evitando que Meredith se arrojara a los brazos del que pronto iba a ser su exjefe.

—¿Quieres una copa de vino?

Debería marcharse. Como siempre. Ya habían cenado y Kelsey estaba en la cama con Gilda.

Meredith alargó la mano hacia su bolso y miró a Mark, que permanecía en el arco de la entrada del cuarto de estar con una botella de vino y dos copas en la mano.

—Sí.

Habían sido dos días muy largos. Después de llevar a Kelsey a casa, Meredith había recibido el jueves la solidaridad de sus compañeros de trabajo y de muchos de sus alumnos. Al votar por la no renovación del contrato en vez de por el despido, el consejo había mostrado su acuerdo en que terminara el curso. Pero Meredith no estaba segura de que hubiera sido un buen movimiento para nadie.

—¿Hoy ha sido más fácil que ayer? —preguntó Mark, tendiéndole una copa.

—Más o menos igual —Meredith se sentó a su lado en el sofá, algo que no había hecho nunca—. Pero supongo que el lunes todo irá

mejor.

—Para entonces ya no estaré yo allí.

Le gustaba tenerlo cerca. Le gustaba demasiado, incluso. Aunque, como ya sólo iba a ser su jefe durante un mes o dos, podían coexistir pacíficamente.

—Kelsey todavía no habla mucho sobre su madre —comentó.

—La semana que viene comenzará a ir al psicólogo.

Meredith bebió un sorbo de vino y fijó la mirada en el líquido dorado que llenaba su copa. Después la dejó sobre la mesa.

—Se culpa a sí misma de lo ocurrido.

—Sí, eso me temo.

—Se ha puesto tal carga sobre los hombros que me sorprende que pueda soportarla.

—Sí, se ha convertido en la víctima de una mujer enferma —Mark apretó la barbilla con fuerza.

—Pero es muy pequeña, Mark, y durante la mayor parte de su vida ha disfrutado de una existencia sólida y llena de amor. Estoy convencida de que se recuperará.

Mark bebió un sorbo de vino y después dejó su copa en la mesa con cuidadosa precisión.

—Pero no estoy tan segura de que tú puedas recuperarte —añadió Meredith suavemente, mirándola a los ojos.

Mark le devolvió la mirada y Meredith tomó aire.

El ambiente parecía cambiar cuando conectaban visualmente. Se convertía en peligroso.

—No puedes analizarlo todo, Mark —le dijo—. A veces las cosas ocurren sin que sepamos por qué.

—Yo sé por qué...

—¿Ah sí? —lo interrumpió Meredith con dulzura—. ¿Sabes por qué una persona puede dejarse llevar completamente por los sentimientos y otra tener más control? ¿Lo sabes todo sobre el amor de una madre tan desesperada que se convenció a sí misma de que

todo lo hacía por el bien de su hija? ¿Y qué sabes del amor de una niña? ¿Cómo puedes explicar el calvario al que Kelsey se ha sometido para poder ver a su madre? ¿Cómo explicas la lealtad? La tuya hacia Susan, hacia tu trabajo, hacia ti. La mía hacia mi trabajo, hacia Kelsey. O la lealtad de Kelsey, que lo hacía debatirse entre su madre y su padre...

Mark esbozó una sonrisa que fue haciéndose irónica poco a poco.

—Tienes razón, no sé por qué.

—Y es mejor que así sea.

—¿Sí? —la miró a los ojos.

Meredith se dijo que debía volver la cabeza. Era lo más seguro. Y ella necesitaba ponerse a salvo.

—Sí. Porque es la forma de confianza más profunda —contestó, sorprendida de lo mucho que le estaba gustando mantener con él aquella conversación.

Notó que Mark deslizaba la mano por su muslo para tomar la suya.

—Es como Truman —le explicó, refiriéndose a la película que habían visto juntos—. Lo único que podía hacer era confiar en sus sentimientos porque todo lo demás, hasta el más mínimo signo de estimulación externa, cada cosa, cada persona que conocía, era irreal.

Mark permaneció en silencio durante largo rato. Bebió un sorbo de vino y miró a su alrededor. Y cuanto más tiempo pasaba con Meredith, más cerca se sentía de ella. Era su amiga. Pero los amigos no se daban la mano. Ni fantaseaban con lo que podría hacerse con aquellas manos.

Meredith no podía recordar una época en la que no se hubiera fijado en las manos de Mark. Ni se acordaba tampoco de cuándo había comenzado a imaginarlas acariciando su piel, sopesando sus senos, acariciándole los pezones con los pulgares, haciéndole...

Mark la estaba mirando fijamente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¿Puedes sentir lo que siento yo en este momento? —le preguntó Mark.

Diablos, no, estaba demasiado ocupada tratando con sus propias emociones. Pero, de pronto, comprendió lo que quería decirle.

—¿Tú también?

—Necesito besarte.

Meredith asintió. Era incapaz de pensar.

Mark rozó su boca. Sólo una vez, se dijo Meredith. A modo de despedida.

Cerró los ojos y se sintió a sí misma acercando los labios a los suyos. Se prometió que sería rápido. Estaba cansada. Había pasado dos días reprochándose el no haber sintonizado antes con Kelsey. Y era tan agradable estar con Mark... Le gustaba tanto que la deseara...

—Tienes la boca más bonita que he visto nunca —susurró Mark contra sus labios.

—Habla demasiado —Meredith contuvo la respiración, diciéndose a sí misma que el beso había terminado.

—Cada vez que la miro, me entran ganas de hacer esto...

Gimió y se inclinó hacia ella, empujándola contra el respaldo del sofá de modo que quedó prácticamente tumbado sobre ella mientras le entreabría los labios para explorar las profundidades de su boca.

Meredith exploró la suya, perdiéndose en la magia del momento, y sintió que había encontrado lo que realmente quería encontrar.

—Llevo tanto tiempo deseando hacer esto... —musitó con voz ronca.

Mark se tensó, alzando la pelvis sobre su muslo, y Meredith se arqueó ligeramente, buscando el contacto. Todo su cuerpo ardía de deseo y vibraba sobrecogido por aquella sensación. El deseo era más fuerte que todas las razones que pudiera tener para no ceder a él.

Y cuando Mark deslizó la mano hacia su seno, acariciándolo por encima de la tela de la blusa, gimió y se estrechó contra él.

—Vamos a mi dormitorio —gimió Mark, abrazándola y comenzando a levantarse.

Meredith recordó entonces las palabras de Susan: «Nunca hacemos el amor en su casa. No quiere porque está Kelsey».

—Espera —se irguió en el sofá—, tenemos que pensar.

Mark rió con ironía.

—Me vas a volver loco. ¿No eres tú la que siempre dice que hay que hacer las cosas con el corazón y no pensar?

—Para vivir se necesitan las dos cosas, ésa es la única manera de encontrar la felicidad. Si escuchas a tu corazón, sabes lo que hay ahí y después aplicas la razón de manera que tus decisiones te ayuden a encontrar la paz y la alegría.

—No sé tú, pero yo estaba bastante contento antes de que comenzaras a usar la cabeza.

—Y yo también.

—Entonces, ¿a qué viene esto?

Había vuelto a recuperar la paciencia. Y fue entonces cuando Meredith comprendió que estaba completa e irrevocablemente enamorada de él.

—No puedo ir a tu dormitorio, hacer el amor contigo y luego marcharme corriendo.

Mark le acarició la mejilla.

—¿Y quién te ha pedido que te vayas corriendo?

—Mark, los hechos están ahí. Y no me refiero al trabajo, puesto que lo dejaré dentro de unas semanas, pero todo lo demás...

—Hay algo de lo que tengo que hablar contigo.

—¿Qué es?

—En primer lugar, quiero apelar la decisión del consejo. Tienes derecho a un juicio en el tribunal del distrito ante un jurado imparcial. Allí tendrás más oportunidades de ganar. Y, por otra parte, me han ofrecido ocupar el puesto de Chris Blakely en el Instituto Harris.

—¿Para eso quería verte el superintendente?

Mark asintió.

—¿Y has aceptado ese trabajo?

—Todavía no. En un principio me ofrecieron ese puesto para mantenerme al margen de la auditoría y yo no podía estar de acuerdo con eso, de modo que no prometí nada. Pero hoy he vuelto a tener noticias de Daniels. Continúan ofreciéndome el puesto, pero no quería aceptarlo sin haber hablado antes contigo.

Como si ella tuviera algo que decir. El pulso le palpitaba violentamente. Meredith se recordó a sí misma que se había prometido dejar de saltar precipicios e intentar vivir tranquilamente.

—Soy una persona muy intensa. Y, en general, me gusta ser así. Para mí es un don que me ayuda a hacer lo que hago.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Yo...

—No puedes pasarte toda la vida temiendo que pierda el control como lo perdió Barbie, o temiendo que me sobrepasen los sentimientos, porque es probable que eso ocurra. Mira lo que pasó la otra noche con Kelsey.

—Meredith —Mark posó la mano en su boca—, déjame decir algo, ¿de acuerdo?

Meredith parpadeó y asintió. Ella ya había hablado demasiado.

—Cuando Susan se dio cuenta de que estaba viviendo a medio gas y decidió salir con ese piloto, te alegraste. Te alegraste de que fuera capaz de correr riesgos porque pensabas que ésa era la única manera de ser feliz.

—Sí, es cierto.

—¿Y nunca te has parado a pensar que yo también estoy viviendo a medio gas? Y no quiero pasar el resto de mi vida de ese modo. Yo también quiero encontrar la verdadera felicidad.

—Pero...

—Todavía no he terminado —la interrumpió Mark con delicadeza—. De la misma forma que tú celebraste la capacidad de Susan para correr riesgos, yo celebro tu intensidad.

A Meredith se le llenaron los ojos de lágrimas. Le costaba creer que Mark acabara de decirle eso.

—Éste es tu momento, Meredith. Durante toda tu vida, has estado mirando en el interior de los demás, sintiendo lo que ellos sienten, comprendiéndolos. Ya es hora de que mires dentro de ti.

Le sostuvo la mirada y Meredith asintió.

—¿Qué es lo que sientes? —susurró apenas Mark.

—Te quiero.

Mark cerró los ojos y soltó una bocanada de aire. Meredith esperaba que la abrazara, que la llevara al dormitorio, pero Mark volvió a abrir los ojos y dijo:

—¿Y qué más?

—Siento miedo. Tengo miedo de ti, de Kelsey, de mí. De ser excesiva, de que no sepas cómo tratarme. De que Kelsey se avergüence de mí, de...

—Te quiero, Meredith Foster —dijo Mark—, y con más intensidad de la que nunca habría creído capaz. Y quiero saber si confías lo suficiente en ti misma y en mí como para estar dispuesta a compartir tu corazón conmigo.

Aquellas palabras le causaron a Meredith una emoción tan profunda que no podía continuar resistiéndose.

—Sí, lo sé.

—¿Estás segura?

—En un noventa y nueve por ciento.

—Soy una persona muy racional y no me gusta el margen de error que nos das. Pero me sentiría mucho mejor, incluso con ese uno por ciento, si aceptarás casarte conmigo.

—Oh, Mark —exclamó Meredith riendo y arrojándose a sus brazos—. Sí, me casaré contigo, y si me dejas plantada ante el altar, te

denunciaré y...

—Perdón...

Cuando la voz de la niña penetró su conciencia, Meredith retrocedió bruscamente.

—¿Kelsey? —dijo Mark con delicadeza—. ¿Te ocurre algo?

—No. Me he despertado, os he oído hablar y después he oído llorar a Meredith.

—Oh, cariño —Meredith se levantó de un salto, pero Mark se le adelantó e hizo sentarse a la niña en el sofá.

—¿Qué pasa? —preguntó Kelsey.

—Nada —contestaron al unísono, y Meredith continuó—: Eran lágrimas de alegría, Kelsey. Tu padre me ha pedido que me case con él.

—¿Eso significa que vamos a ser una verdadera familia y que ahora Meredith va a ser mi mamá?

—¿A ti te parecería bien? —le preguntó Kelsey.

Kelsey asintió lentamente.

—Sí, porque cuando me desperté en el hospital y vi a papá en una silla, me di cuenta de una cosa.

—¿De qué? —preguntó Mark, abrazando a su hija.

—De que mi verdadera madre está demasiado enferma para ser una mamá y de que, si de verdad me quisiera, no habría dejado que me ocurriera eso. Yo estaba intentando quererla y estar bien con ella, pero no podía.

Meredith parpadeó para apartar las lágrimas.

—Tienes razón, cariño, pero tu madre te quiere. Jamás pienses lo contrario. Y está bien que tú la quieras a ella. Es normal que los niños quieran a sus padres, aunque ellos cometan errores.

Kelsey asintió, pero no dijo nada.

—Y también sería normal que estuvieras enfadada con ella por haberte defraudado.

Kelsey contestó con un suspiro y a continuación, tras un corto

silencio, alargó los brazos para abrazarlos a los dos.

—Os quiero —dijo, colgándose de su cuello.

—Yo también te quiero, Kelsey —dijo Mark—. Te quiero más que a nada en el mundo.

Kelsey pareció pensar en ello. O quizá estuviera pensando en otra cosa. Alzó la mirada hacia Meredith:

—¿Te parece bien que también te quiera a ti? —le preguntó.

—Oh, pequeña, por supuesto —Meredith apenas podía contener las lágrimas mientras le daba otro abrazo a la niña—, porque yo ya te quiero como si fueras mi propia hija.

—Así que todo ha terminado y ahora vamos a ser normales, ¿verdad? —les preguntó.

—Exacto —contestaron Mark y Meredith al unísono.

Y, tan rápidamente como había aparecido, Kelsey decidió marcharse.

—Creo que me voy a la cama otra vez.

Mark se levantó.

—Voy a arroparte.

—No, no hace falta —Kelsey negó con la cabeza—. Meredith y tú podéis seguir con lo que estabais haciendo —y con una sonrisa irónica, se volvió y se dirigió hacia el pasillo.

Un par de segundos después, Mark y Meredith la oyeron contarle a Gilda que todo iba a salir bien, que por fin iba a tener una mamá.

—Les habla Ángela Liddy, de la cadena KNLD, y esta noche los informaré de una noticia dramática. El fiscal del distrito, Larry Barnett, ha sido arrestado esta tarde después de que su hijo de ocho años llegara al colegio con el cuerpo lleno de cardenales. El niño dijo que se había caído por las escaleras, hasta que su madre llamó a su antigua profesora, la señorita Meredith Foster. En una entrevista con la policía, durante la cual la señorita Foster se limitó a permanecer sentada, diciéndole repetidamente al niño que no ocurriría nada porque dijera la verdad, se puso al descubierto que Barnett había

maltratado a su esposa y a su hijo en numerosas ocasiones.

—Y la señorita Foster —intercaló Mark—, o señora Shepherd para aquéllos que quieren hablar con propiedad, podrá volver a trabajar en la Escuela Elemental Lincoln en cuanto comiencen de nuevo las clases en otoño.

Meredith se estremeció al oír aquella voz grave susurrándole al oído. Mark le pasó el brazo por los hombros.

—¿Qué haces tú viendo esas tonterías? —le preguntó Mark. Acababa de volver al dormitorio después de lavarse los dientes y la había encontrado con la televisión encendida—. Las noticias te deprimen.

—Sí —Meredith se recostó contra él—, pero a veces hace falta oírlas para poder creer por uno mismo lo que dicen.

—A ti no te hace falta, mi amor —contestó Mark, haciéndola volverse hacia él—. Tú siempre estás al tanto de todo...

Fin